



RETRATO DEL GENERAL

Miguel Ángel Sánchez de Armas

RETRATO DEL GENERAL

MIGUEL ÁNGEL SÁNCHEZ DE ARMAS

Ciudad de México

2018

Retrato del General

© Miguel Ángel Sánchez de Armas
Derechos reservados

® INDAUTOR
03-2017-051510-275500-01

Primera edición electrónica
Al cuidado de María del Pilar Ramírez

Diseño de portada:
Alejandro Yépez Moreno

Formación editorial:
Laura Delgado Ávalos

Foto de portada atribuida
a la Secretaría de Guerra y Marina, c.1930

Fotografías: dominio público

Ciudad de México
Marzo de 2018





*En memoria de mis padres,
Graciela y Miguel,
y de mi hermana Norma Patricia*



Contenido

A los lectores	8
Sobre el autor	12
Retrato del General	14
El político	21
El país de Lázaro Cárdenas	26
Escenario político del cardenismo	28
Las políticas del cardenismo	32
Los viejos soldados no mueren	42
Cárdenas de México	
<i>Hubert Clinton Herring</i>	48
II	55
III	61
IV	66
V	72
VI	77

Lázaro Cárdenas

Frank Tannenbaum..... 84

La crisis del cardenismo

Albert L. Michaels 100

La crisis económica. 103

Problemas agrícolas 114

Problemas con el trabajo organizado 124

La desilusión de la clase media 132

El fin del cardenismo. 144

Con Cárdenas en el camino

Waldo Frank.. 152

II 157

III 162

Adiós, mi General, adiós

Daniel Cosío Villegas 172

RETRATO
DEL GENERAL



A los lectores

En la memoria colectiva mexicana, mientras que algunas figuras políticas se diluyen y la obra de sus gobiernos se olvida, el recuerdo del general Lázaro Cárdenas crece en el afecto y la admiración populares. Se le percibe como el presidente que recuperó el rumbo que la Revolución extraviara en el tumulto político posterior a la etapa armada. El legado de su mandato, particularmente la expropiación del petróleo, quedó grabado en el ADN nacional.

Igual que otras grandes figuras de la historia, Cárdenas tuvo y tiene adeptos y detractores. Hubo quienes lo aclamaron hasta colocarlo en un nivel casi mítico, mientras que otros juzgaron su gobierno y su liderazgo un fracaso completo. Veo en Cárdenas a un hombre genial y primigenio cuya vida pública estuvo montada, como agudamente observó Cosío Villegas, “en el macizo pilote del instinto”. En su trayectoria ascendió desde los orígenes más humildes hasta el pináculo del poder político y después de dejar la Presidencia su prestigio fue en ascenso como conciencia de la Revolución.

Retrato del General es mi homenaje personal a esta figura tutelar, quizá la más historiada en el México contemporáneo. Al estudiar su trayectoria, me asalta la sensación de que el General fue fundido en bronce y transmutado en reliquia para el museo de la Revolución, deslavándose la sustancia de un modelo de gobierno y una conducta política que, con todas las críticas que se le puedan o quieran hacer, tuvo siempre como principios el bien común y no el provecho personal; el interés de la nación y su defensa y no el entre-guismo; la justicia para las mayorías y no el favor a los pocos. ¿De cuántos gobiernos desde 1940 se puede decir lo mismo?



Me parece que en este entumecimiento ceremonial se diluyó una vertiente del General, la del hombre que tuvo una auténtica compasión por su pueblo, que respetaba a los demás tanto como a sí mismo, que fue de una asombrosa perspicacia política, que supo granjearse la confianza de la nación y que, a la manera de Thoreau, cumplió con su deber por la sencilla razón de que ese y no otro era su camino.

Se ha dicho de la personalidad del General que era seca como pergamino y refractaria a todo lo que no fuera público o político, pero yo creo que más bien era como el tezontle: resistente y porosa. Con poco que se hurgue aparecen destellos de la dimensión íntima de su temperamento. De niño escribe en su diario: “Siento que para algo he nacido” y le aflige no tener certeza de cuál será su camino. En uno de sus discursos detecto una paráfrasis de Shelley. Se sabe del exhorto de Múgica para que pusiera orden en su “anarquía amorosa” y está el enternecedor episodio cuando después del anuncio de la expropiación llega a su casa ya muy tarde y pide despertar a su hijo Cuauhtémoc para fotografiarse con él. ¿Se reconoce en estos episodios a *La esfinge de Jiquilpan*? Quizá no, pero lo humanizan. Durante su presidencia y después, su carácter hierático y circunspecto se decantó en una suerte de oráculo en el imaginario político. Y como a otros del Panteón mexicano, las nuevas generaciones lo conocen más como estatua que como ese apasionado luchador que fue capaz, en palabras del embajador Josephus Daniels, de hacer sentir al pueblo que había llegado “el día de la liberación”.

Que sigue estando entre nosotros lo confirma el que cada poco tiempo aparezcan estudios sobre la vida y la obra del General. Recientemente su hijo Cuauhtémoc puso en circulación *Cárdenas por Cárdenas* y Ricardo Pérez Montfort dio a imprenta

Lázaro Cárdenas: un mexicano del Siglo XX. Yo mismo publiqué *El peligro mexicano* y ahora este *Retrato del General*, y a no dudar que otras páginas se alían ahora mismo en el fogón de los historiadores.

Pero siento que el protagonista del episodio que Luis González y González declarara el más estudiado de nuestra historia, peregrina en busca de un biógrafo que desvele esta personalidad compleja, contradictoria y ciertamente criticable, que tomó decisiones que hoy podemos juzgar ancladas en el autoritarismo, pero que, como su contemporáneo Churchill, no vaciló en jugarse el todo por el todo para consolidar a su país. Un político comprometido con su tiempo, con sus ideales y con las exigencias del puesto que le fue conferido, que pensaba en los otros antes que en sí mismo, que sin duda cometió errores y tuvo limitaciones, pero cuya obra, en conjunto, arroja más luminosidades que miserias. ¿A cuántos conocemos hoy así?

Una de las razones de la permanencia de Cárdenas en la memoria y el imaginario colectivo mexicano la reseña Waldo Frank en un pasaje de un artículo de 1936 que rescaté para este libro: “En estos tiempos sólo dos dirigentes políticos parecen dignos de compararse con la sustancia, el origen y esperanzas de su pueblo: uno es Gandhi en la India; el otro el mucho menos comprendido Lázaro Cárdenas de México. Ambos han adaptado por primera vez a los problemas específicos de sus pueblos métodos inherentes a sus propias culturas. Ambos diseñan la independencia para naciones aún muy lejos de ella. Ambos son políticos pragmáticos cuyo trabajo, siendo profundo, está pobremente reflejado en la superficie y debe ser examinado en términos de la ética y de la cultura”.

* * *



Mientras llega la pluma que a la manera de William Manchester, Gore Vidal o Martín Luis Guzmán, desvele y nos invite a compartir lo más íntimo de la vida y las circunstancias de uno de los forjadores del México moderno, en *Retrato del General*, además de instantáneas de su trayectoria, recupero textos hoy olvidados que tienen, salvo en el caso de Michaels, el mérito de haber sido escritos por contemporáneos que caminaron a su lado y que nos dan una aproximación al Cárdenas cotidiano, al hombre que a mano limpia se entregó a la construcción de un nuevo país, al *general misionero*, como quiso explicarlo Krauze.

Este libro es una asamblea. Recuperé y traduje del inglés textos brillantes de autores que en los años treinta del siglo pasado fueron referencia de primera fila pero que hoy para efectos prácticos han sido olvidados, en un ejercicio de gambusinaje que aprendí al lado de Edmundo Valadés. A excepción del artículo de Waldo Frank, todas las piezas, incluyendo el texto introductorio —que compendí a partir de mi tesis doctoral—, fueron publicadas en la *Revista Mexicana de Cultura Política* que fundé y dirigí hasta septiembre de 2017.

Dejo testimonio de gratitud para mi amiga Pilar Ramírez Morales, quien estuvo a cargo del cuidado de la edición.

Miguel Ángel Sánchez de Armas

Ciudad de México. Marzo de 2018

Sobre el autor



Miguel Ángel Sánchez de Armas (México, D.F., 1949), doctor en comunicación y cultura por la Universidad de Sevilla, se ha desempeñado en la academia, en la docencia, en el periodismo y en la comunicación institucional. Fue discípulo de Manuel Buendía, en cuya memoria estableció la fundación que lleva el nombre del periodista asesinado en 1984. Fundó las revistas *Mexicana de Comunicación*, *Mexicana de Cultura Política* y *Mexican Journal of Communication*. Tiene membresía en organizaciones de comunicadores de México y de América Latina. Ha participado en congresos nacionales e internacionales. Es autor de *El peligro mexicano: comunicación y propaganda en la expropiación petrolera de 1938*; *Apuntes para una historia*



de la televisión mexicana (coord.); *En estado de gracia: conversaciones con Edmundo Valadés*; *El enjambre y las abejas: ensayos de comunicación y democracia*; *Medio pan y un libro*, entre otros textos. Fue becario Ashoka, jurado del Premio Nacional de Periodismo, consejero electoral propietario en el D.F. y beneficiario del “Micrófono de oro” de la Federación de Asociaciones de Radio y Televisión de España. De 1998 a 2004 dirigió *Radiotelevisión de Veracruz* durante la gobernatura de Miguel Alemán Velasco. Su ficha curricular está incluida en el *Diccionario biográfico mexicano*. En la fotografía, desde la izquierda, el caricaturista Pedro Sol, el autor, el periodista de *The Washington Post* Bob Woodward y Rossana Fuentes Beráin.

Retrato del General

Lázaro Cárdenas del Río nació en 1895 en Jiquilpan, Michoacán. Vio la aurora del maderismo y el ocaso estrepitoso del Porfiriato. En la historia de México, su vida se extiende desde la muerte de Salvador de Iturbide y Marzán, a lo largo de la guerra civil, los regímenes posrevolucionarios y la consolidación del moderno Estado mexicano. Pertenece a una extraordinaria época de la historia de México, que tiene en su nómina nombres como los de Calles, Obregón, Zapata, Villa, Alvarado, Ángeles, Vasconcelos, Caso, Siqueiros y muchos más que habrían sido gigantes en cualquier circunstancia. Una época de grandes cambios y de grandes hombres, cuyo sendero lleva del México semifeudal hacia el México moderno.

Fue el tercero de los ocho hijos de Felicitas del Río Amezcua y Dámaso Cárdenas Pinedo, un comerciante de talante bohemio conocido por sus tertulias y su carácter generoso. El niño Lázaro estudió hasta el cuarto año de primaria en la escuela local con un maestro que le inculcó el amor al campo y a la patria, y el respeto por los demás sin distinción de credo o raza. A los 13 años se colocó como merritorio en la oficina de Rentas del pueblo y simultáneamente como aprendiz en una imprenta.

Si infancia es destino, Jiquilpan fue el molde de la conducta que lo distinguiría como militar y como político. En caserío misérrimo como la mayoría de los pueblos de ese México rural, tuvo su aprendizaje de vida y nunca olvidó sus orígenes: las calles de tierra, las casas de adobe, la falta de agua, la ausencia de escuelas y de servicios médicos. Ya presidente recordó en una entrevista que su



padre, “a diferencia del 97.3 por ciento de los hombres sin tierra bajo Díaz”, poseía una minúscula y rocosa parcela de maíz y un caballo.

¿Está aquí la raíz de su cercanía con los desposeídos, su fe en el ejido, su respeto por la vida? Sin duda.

Cárdenas fue un hombre genial y primigenio cuya vida pública estuvo montada, según la aguda observación de Cosío Villegas, “no sobre el diamante de la inteligencia, sino en el macizo pilote del instinto”. Supo convertirse, “por instinto, por convicción, pero asimismo por habilidad política”, en la “conciencia de la Revolución Mexicana” y durante los 30 años posteriores a su salida del poder su prestigio fue en ascenso (Cosío, 1970). “Desde cualquier ángulo que se le vea, Cárdenas es una criatura de la Revolución Mexicana, ideológica y políticamente” (Córdova, 1974).

Dos décadas después de dejar la Presidencia de la República, en 1961, Cárdenas (García Cantú, 1991) rememoraría:

Yo no estuve en ninguna universidad. Cursé hasta el cuarto año de la escuela primaria en Jiquilpan. Pero mi aprendizaje lo realicé en la universidad del campo mexicano. Mi espíritu se templó en las enseñanzas que recibí del pueblo.

Desde joven llamaba la atención por su carácter reservado y meditativo* bajo el cual albergaba grandes esperanzas. En un diario iniciado a mediados de 1911 consignó: “Creo que para algo nací [...] Vivo

* Era, según observó un diplomático inglés en 1934, “un hombre de una imponente presencia, con un rostro alargado cual máscara y los inescrutables ojos de obsidiana del indio”. Por su parte el periodista Bruce Rae lo describió “de estatura mediana, de constitución fuerte; de cara amplia y viva; de ojos claros magnéticos e inquisitivos”, cuya actitud era de calma: “A pesar de todo el ambiente de controversia que le rodea, tiene el aspecto de un hombre sin preocupaciones”.

siempre fijo en la idea de que he de conquistar fama. ¿De qué modo? No lo sé” (Krauze, 1984). En 1913 inicia su vida militar al lado del general Guillermo García Aragón como escribiente de su estado mayor. Como soldado, es de convicciones firmes, leal a sí mismo, generoso y compasivo y no sigue la práctica común de fusilar sin mayor trámite a todo prisionero. Abundan los testimonios de que se mantuvo ajeno a los excesos sanguinarios comunes entre las fracciones en lucha, algo que habría de diferenciarlo de la clase militar y política de la época.

En marzo de 1915 conoce a Plutarco Elías Calles y entre ambos militares nace una corriente de simpatía. El antiguo profesor de primaria, siempre a la búsqueda de discípulos, apoda “Chamaco” al teniente coronel necesitado de un reemplazo para su padre muerto. Calles habría de formar políticamente a Cárdenas y eventualmente le allanaría el camino a la Presidencia de la República*. El futuro consolidador del Estado mexicano tenía 20 años de edad. Terminada la etapa armada de la Revolución, a mediados de los veinte, regresa a Michoacán como jefe de operaciones militares y durante unos días es gobernador sustituto. Entre fines de 1921 y principios de 1925 ocupa las jefaturas militares del Istmo de Tehuantepec, del Bajío, de nuevo en Michoacán y finalmente en Las Huastecas, en donde conocerá de primera mano el *modus operandi* de las empresas petroleras. A lo largo de estos años vio diversas acciones militares y fue herido de gravedad. A la distancia llegó a la conclusión de que si bien fue un hábil y capaz militar, también sobrevivió al conflicto gracias a su buena estrella.

* Incluso en los momentos más comprometidos y dolorosos de su distanciamiento, dos décadas después, cuando firma la orden de exilio de Calles, Cárdenas no dejaría de reconocer una deuda de gratitud con el maestro por quien siempre sintió un respeto apenas superado por el que le inspiraba la institución presidencial (Krauze, 1984).



Su patriotismo tenía raíces profundas fortalecidas en la ausencia de apetitos de poder y dinero. ¿Un Cincinato? Así se antoja. Al estudiar su vida aparecen todas las virtudes atribuidas a Lucio Quincio Cincinato: rectitud, honradez, integridad, frugalidad y ausencia de ambición personal*. Fue un luchador eficaz e implacable. Y un sobreviviente. En la historia posrevolucionaria de México la figura de Lázaro Cárdenas tiene proporciones casi míticas: Cárdenas el revolucionario; Cárdenas el organizador de las instituciones del Estado corporativo mexicano; Cárdenas el perfeccionador de uno de los más exitosos sistemas políticos contemporáneos; Cárdenas el expropiador del petróleo; Cárdenas el centinela de la Revolución; *Tata Lázaro*, amparo de los marginados y los desprotegidos cuyo aniversario luctuoso es, hoy en día, una fiesta religiosa en pueblos de Michoacán; Cárdenas el ciudadano que comparte ciudadanía (Fuentes, 2012).

Cárdenas: figura y memoria que polariza la visión y el juicio de biógrafos y estudiosos de todo el espectro político e ideológico. “General misionero”, lo santifica uno (Krauze, 1984) mientras que otro lo critica por el juicio que demostró con la mediocridad de su gabinete (Cosío, 1976), y alguno más lo ensalza como encarnación de una nueva categoría de fraternidad en el campo mexicano (Krauze, 1994). Hay quien sostiene que Cárdenas es el verdadero autor del presidencialismo que caracterizará al sistema mexicano y

* Pocos días después de dejar la Presidencia, en diciembre de 1940, los diarios publicaron que Cárdenas se retiraba por completo de la política mexicana, sería agricultor en las costas del Pacífico [y] no volvería a hacer declaración alguna, así se le elogiara o se le atacara, cfr. Montes de Oca (1999). Años después Fernando Benítez le preguntó por qué no se había quedado en la Presidencia para continuar con su tarea revolucionaria. El General respondió: “Porque yo no soy un Trujillo” cfr Fuentes (2012, p. 252)

cuyo poder está anclado en la homogeneidad ideológica y partidaria. (Hernández, 2007)

Más allá de las acciones particulares de su gobierno, Cárdenas se distingue por haber destruido los poderes extralegales y fortalecido las instituciones, en particular, la misma Presidencia. Cárdenas enfrentará a Calles con el poder de las organizaciones y del propio Estado y al eliminarlo de la política nacional anulará también todos los poderes que Calles había impulsado y sobre los que asentaba su influencia. Además de expulsarlo del país, Cárdenas destituyó a gobernadores, diputados y senadores y acabó con los poderes locales que aún sobrevivían, como fueron los de Garrido Canabal y Saturnino Cedillo. Con estas medidas, Cárdenas establecerá el presidencialismo que caracterizaría al sistema mexicano hasta comenzar el siglo XXI.

Alejandro Gómez Arias (1990), autonomista universitario y respetado analista que nació políticamente durante el vasconcelismo, nos da otra visión de la personalidad del General:

Al principio, la presencia de Cárdenas no se distingue por un genio político deslumbrante o sobrenatural [...] sino por el cambio que proponía, el cual tenía orígenes muy diversos y donde el cardenismo era uno más de sus elementos, quizá el más importante. [...] El cardenismo, que utilizó el término como imagen de afiliación, tenía razón en cuanto a que sus fines eran justos y convenientes para el país. [...] Lo extraordinario de los últimos años del cardenismo es su notoria contradicción: Cárdenas, siendo una figura tan importante y con tanta claridad política, estaba rodeado por un grupo de hombres ciertamente improvisado y, en algún caso, oportunista [...].



Gonzalo N. Santos, el cacique potosino que fuera prototipo de los políticos “a la mexicana”:

Los cardenistas profesionales pintan a Cárdenas como un San Francisco de Asís. Pero eso es lo que menos tenía; no he conocido ningún político que sepa disimular mejor sus intenciones y sentimientos como el general Cárdenas; [...] era un zorro (Krauze, 1984).

El periodista y político Vicente Fuentes Díaz (1977):

Cárdenas parecía un hombre quieto y frío, imperturbable, a veces hasta inexpresivo y de poca actividad, pero era de sagacidad extraordinaria que sabía mover sus piezas y moverlas bien, en el momento oportuno, sutil, silenciosa, inteligentemente. Le dijeron *La Esfinge*. Es la única esfinge de la historia que ha sabido cambiarla [la historia] con un dinamismo endemoniado.

Francisco Martínez de la Vega (1986), también periodista y político:

Si no se ha visto a Lázaro Cárdenas charlar con los campesinos, escuchar con paciencia sobrehumana sus lentas, repetidas y torpes exposiciones, no se ha conocido a este hombre excepcional. Tiene la grandeza de preocuparse por lo pequeño, por lo individual, con la misma ternura, la misma generosidad y decisión que por lo grande y colectivo.

El historiador estadounidense Hubert Herring (1938), estudioso del cardenismo:

En materia educativa el régimen de Cárdenas arroja resultados decepcionantes. Por razones que nunca se explicaron satisfactoriamente, nombró ministro de educación a un inepto político veracruzano y como subsecretario (el puesto edu-

cativo más importante en México) a un hombre cuyo principal entusiasmo parecían ser las fórmulas estalinistas.

No es fácil recuperar la esencia telúrica de un hombre que ha adquirido dimensiones epónimas. En el caso del general Cárdenas la dificultad se acrecienta por lo polifacético de su vida pública –y lo hermético de la privada– ya como militar, ya como gobernador de Michoacán, ya como presidente de la República y a lo largo de los años como figura siempre presente en el México moderno. De esta presencia, uno de sus biógrafos tiene la siguiente estampa:

En la casa de mis abuelos, el nombre de Lázaro Cárdenas tuvo siempre un prestigio mayor que el de cualquier otro presidente. [...] En su vejez, todos recordaban los episodios culminantes de aquel periodo —la expulsión de Calles, el reparto agrario, las movilizaciones obreras, la solidaridad con la República española, el estallido de la segunda guerra—, pero había uno que volvía repetidamente a las conversaciones de sobremesa: la expropiación petrolera. El discurso presidencial en la radio, las marchas de apoyo, el aporte que todos los estratos sociales hicieron en Bellas Artes para el pago de la deuda, quedaron en la memoria familiar como un acto de iniciación o, más precisamente, como una ceremonia de filiación: un bautizo mexicano. (Krauze, 1999)

Cierto que Cárdenas se formó en la universidad de la vida, pero era un hombre de una clara y abierta inteligencia que reconoció y se cobijó en la influencia intelectual de otros, como su amigo, correligionario y mentor, Francisco Mújica, quien lo introdujo la lectura de Marx, Le Bon y Mirabeau (Krauze, 1984). Y si debió abandonar las aulas tan joven —pues como se ha dicho, la escuela en Jiquilpan llegaba sólo hasta el cuarto grado—, durante el resto de su vida fue un lector voraz que fatigó las bibliotecas y bebió desde poesía hasta geografía



y particularmente historia de México y de la Revolución francesa. A mediados de los sesenta, al analizar su personalidad, Ramón Beteta externó lo que seguramente era un juicio extendido: “Cárdenas está muy lejos de ser un ideólogo; ha llegado a ser un hombre culto a través de su autoeducación, pero no es un hombre de escuela” (Wilkie y Monzón, 1969).

Quizá su rasgo sobresaliente, aquello que lo diferenció y le permitió avanzar en la cosa pública, fue una descomunal intuición política y una formidable capacidad para entrar en sintonía con la masa. Sin embargo, y quizá por razones parecidas pero en sentido inverso, el cardenismo trascendió como lema de la revolución mas no como doctrina para la construcción del país que soñaron los constituyentes de 1917.

Las organizaciones obreras y campesinas que concibió para superar el caudillismo y promover la democracia, se quedaron en ideal frustrado, como él mismo lo reconoció en 1961, cuando confesó a Carlos Fuentes (2012) que no había sido su intención “que esos propósitos se frustraran y las organizaciones fuesen manipuladas y corrompidas”. Su lucha fue más inmediata: someter a la ley a los caciques locales y desterrar el crimen como telón final de las vidas políticas (Fuentes, 2012).

El político

Al iniciarse la década de los treinta, Cárdenas era un prominente miembro del ala progresista de la élite militar en que se apoyaba el general Plutarco Elías Calles, quien después de ocupar la Presidencia de 1924 a 1928 se había erigido como el *Jefe Máximo de la Revolución*, cuya mano y humor guiaban y ordenaban la vida política e institucio-

nal del país. Al aproximarse la sucesión presidencial de 1934, México transitaba por una situación delicada. Las aguas bravas de la guerra civil no terminaban de amainar; la relación con Estados Unidos, nunca fácil, marchaba entre notas belicosas; la anémica economía parecía hundirse y el asesinato del presidente electo Álvaro Obregón en julio de 1928* había sumido a México en la incertidumbre.

Cárdenas era entonces Secretario de Guerra y Marina, ex gobernador de Michoacán y discípulo predilecto de Calles. Tanto por su edad—35 años— como por su brillante y eficaz carrera militar y lealtad indiscutible a la Revolución —y según algunas conjeturas porque sería un incondicional del *Jefe Máximo*—, Calles impulsó la candidatura presidencial del joven michoacano, para quien ordenó preparar un programa de gobierno llamado *Plan Sexenal*, a cuyos lineamientos se tendría que sujetar el candidato del Partido Nacional Revolucionario (PNR) (Meyer, 1978).

El presentimiento de que sería un peón en el tablero callista fue tan generalizado que no escapó a los observadores extranjeros. Herring (1938) escribió que en 1934 a Cárdenas se le consideraba débil y bien intencionado, “el hombre más ingenuo de México”, opinión que seis meses después del *destape* había cambiado a “loco” y luego a “enfermo, con rumores sombríos de una fiebre que pronto daría cuenta de él”. Pero poco después Herring rectifica su juicio: “Sus enemigos difícilmente pueden encontrarle un calificativo” (1938). El historiador llega a la conclusión de que Cárdenas se había puesto a la altura de los mejores.

* Cuya consecuencia fue un periodo de inestabilidad durante el cual hubo tres presidentes: Emilio Portes Gil, interino; Pascual Ortiz Rubio, electo y renunciante, y Abelardo L. Rodríguez, sustituto.



El 8 de diciembre de 1933, una vez oficializada su candidatura, Cárdenas emprendió una vigorosa y extendida campaña que se desarrolló sin incidentes y con una oposición de bajo perfil*. Arrancó en Querétaro y llegó a los lugares más apartados, nunca antes visitados por un candidato a la Presidencia: “*Yo soy quien debe ir a ellos, ya que ellos no pueden venir a mí*”. Casi sin dormir recorrió 27,000 kilómetros escuchando a la gente para entender sus problemas y obtener apoyo para las reformas que se proponía realizar. Usó todos los medios de transporte disponibles en la época y muchos trechos fueron a pie. Utilizó todo tipo de propaganda para hacer llegar su mensaje, desde la radio y el cine, hasta los botones, carteles y banderines. Su lema de campaña fue “*Trabajadores de México, uníos*”.

En las elecciones del 4 de julio de 1934, Cárdenas obtuvo 2,225,000 votos (98.19%). Los candidatos derrotados denunciaron fraudes e irregularidades cometidos por el PNR, pero su protesta no tuvo mayor trascendencia (Carmona, 2017).

Una vez electo, asumió la Presidencia tan acotado como sus antecesores, con callistas en posiciones clave y cardenistas en minoría y neutralizados. Rodolfo Calles, hijo del *Jefe Máximo*, se acomodó en la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas; las secretarías de Guerra, de Hacienda y de Gobernación y el Departamento del Distrito Federal fueron entregadas a Pablo Quiroga Escamilla, Narciso Bassols, Juan de Dios Bojórquez y Aarón Sáenz, incondicionales de Calles.

* Sus contrincantes fueron: Adalberto Tejeda, exgobernador de Veracruz y exsecretario de Gobernación y de Comunicaciones, apoyado por el Partido Socialista; Antonio I. Villarreal, apoyado por la Confederación Revolucionaria de Partidos Independientes, y el líder ferrocarrilero Hernán Laborde, apoyado por el Partido Comunista Mexicano.

Pero Cárdenas bien pronto dio muestras de no estar dispuesto a prolongar esta situación. Para desembarazarse de la influencia de Calles, se apoyó no solamente en ciertos sectores leales del ejército –base fundamental del poder de todos los gobiernos anteriores-, sino de manera muy particular en los obreros y campesinos, en cuyo nombre habría de gobernar. Para 1935, Cárdenas pudo enfrentarse con buen éxito al caudillo sonorenses [...]; las fuerzas adictas al presidente en el ejército, el gobierno y las organizaciones de masas fueron empleadas en tal forma que rápidamente dieron al traste con los esfuerzos de Calles por recuperar el poder (Meyer, 1968).

Uno de los mayores méritos del cardenismo fue recuperar la autoridad política y administrativa de la Presidencia, casi desaparecida en las dos décadas anteriores por la guerra civil que dividió tanto a las fuerzas políticas como a los sectores económicos en ascenso.

Caudillos, civiles y militares, así como la burguesía debilitada, giraban en torno al poder presionando por sus intereses; el poder político estaba diseminado por todo el país en grupos divergentes o antagónicos (Ianni, 1991). Las consecuencias adversas no sólo eran de origen interno, sino también resultado de la crisis mundial del final de los años veinte.

A lo largo de su carrera militar y política, Cárdenas no vaciló en tomar medidas radicales cuando fueron necesarias y las circunstancias le eran favorables, aunque también podía mantener una estoica paciencia en la adversidad. Para el estudioso de hoy –y sin duda para los observadores de su época– sobresale su inclinación a seguir sus propios instintos e ir en contra del “sentido común” político prevaleciente –lo que hoy llamaríamos lo “políticamente correcto”– cuando lo juzgaba necesario. La legalización del Partido Comunista y el asilo a Trotsky pese a la oposición de grupos empre-



sariales y conservadores, la reforma agraria que no hizo excepción de las tierras en manos de extranjeros y de prominentes “revolucionarios”, el impulso a la educación socialista, el apoyo al uso de la huelga como herramienta de negociación frente a los empresarios, la expropiación de las empresas petroleras extranjeras y –particularmente simbólico– el exilio del *Jefe Máximo* Plutarco Elías Calles y el desensamblaje y reconfiguración del partido político de Estado fundado por este caudillo, son ejemplos de ello.

Desde la Presidencia, Cárdenas llevó a cabo una intensa labor corporativista y promovió la organización popular en sus actividades políticas, económicas y culturales. En cinco rubros estratégicos su acción tiene particular relevancia: 1) relaciones obrero–patronales; 2) economía nacional; 3) reforma agraria, 4) educación y 5) relaciones internacionales.

En México, la de Cárdenas es la memoria política más viva después de la muerte, reencarnada en obras públicas, en escuelas, en poblados, en corrientes electorales y como sinónimo de tiempos políticos mejores. Parafraseando a Pericles, de Cárdenas podría decirse que “tuvo como tumba el territorio nacional y que su recuerdo pervive grabado no sólo en un monumento, sino, en el espíritu” de muchos mexicanos. Una gesta política del cardenismo cuya luz permanece sin perder intensidad hasta nuestros días es la expropiación petrolera de 1938.

A la distancia es posible decir que el General fue fiel a sí mismo. “Cárdenas no dejó de ser Cárdenas”, dirá con admiración Carlos Fuentes (2012) más de siete décadas después de aquel marzo fundacional, aun cuando reconocerá que “éste ya no es el México de Lázaro Cárdenas. Pero el México de hoy no existiría sin Lázaro Cárdenas” (Fuentes, 2012).

El país de Lázaro Cárdenas

El 6 de diciembre de 1933, cuando Cárdenas fue declarado candidato a la Presidencia de la República durante la convención del Partido Nacional Revolucionario en Querétaro, México era un país semi-feudal en donde 13 mil 444 terratenientes monopolizaban el 83.4% del total de la tierra en manos privadas y las clases populares vivían en condiciones de pobreza y desesperanza, con 668 mil ejidatarios en posesión de tierras que representaban apenas un décimo de la que estaba en manos de los hacendados, y junto a ellos dos millones 332 mil campesinos sin tierras (Córdova, 1974). El analfabetismo, la marginación y la miseria eran brutales.

En una superficie de 2 millones de kilómetros cuadrados habitaban 18 millones de personas, los más en el centro y en lo alto del país. En la mitad del territorio, en el gran noroeste (Baja California, Sonora, Sinaloa, Nayarit, Chihuahua, Coahuila, Durango y Zacatecas), únicamente vivía la séptima parte del total de la población. En cambio, en la franja de en medio, en la del eje volcánico, en la séptima parte del conjunto del territorio, residía la mitad de la población. [Otra porción vivía] en pequeñas congregaciones, en miles y miles de ranchos, rancherías y pueblecitos inconexos; en 80 mil localidades, a razón de 225 por localidad en promedio. En realidad, 48 mil caseríos no llegaban a 100 habitantes, y 10 mil apenas hospedaban de 101 a 200. El número de congregaciones con más de 2,500 vecinos era de 606 (González, 2002).

Una élite de *revolucionarios* había sustituido a la antigua clase política porfirista y se había aliado a la burguesía tradicional. La riqueza se concentraba en unas pocas manos. La clase media representaba el 15% de la población, los menesterosos alcanzaban el 84% y



uno por ciento de privilegiados acaparaba las riquezas de la nación (González, 2002). La producción industrial era precaria. El petróleo y las minas eran propiedad de extranjeros. La economía era débil y el crecimiento insuficiente. Entre 1920 y 1934 nada había cambiado en México. Permanecían incólumes los privilegios del inversionista extranjero, del latifundista y del alto clero, la miseria y marginación del campesinado, la sojuzgación de los obreros y sus incipientes organizaciones. Y a lo largo del sexenio se agudizaría el problema de los alimentos. La producción de maíz, que había promediado un millón 827 mil toneladas en el periodo 1930-34, declinó a un millón 622 toneladas anuales durante 1934-40; en el mismo periodo la producción de frijol descendió de un promedio de 132 mil toneladas a 113.6 mil toneladas; en 1937 México se vio obligado a importar maíz argentino (Michaels, 1970). García Cantú (1991):

Entre el proletariado, el promedio de ingresos diarios era de 40 a 45 centavos. Sólo en once de las 30 entidades de la Federación ganaban los campesinos un jornal de más de un peso. Los 318,763 obreros sindicalizados devengaban un salario menor a 4 pesos. El capital norteamericano en el país ascendía a 1,255 millones de dólares; el de Inglaterra, a mil millones [...] lo que suponía una inversión extranjera de 2,100 pesos por cabeza de familia o sea 200 veces más que el promedio anual de lo que ganaban, por jornadas mayores de ocho horas diarias, los trabajadores mexicanos. Por la crisis capitalista de 1929, las exportaciones habían descendido de 757 millones en 1929 a 304 millones en 1933. El autoconsumo y la monoproducción era la economía de la mayor parte de los mexicanos. Las tierras ejidales regadas eran el 15%: de diez millones de hectáreas, sólo dos millones podían rendir cosechas. El crédito era insuficiente y el gobierno aplicaba impuestos que empobrecían más a los campesinos. González y González (2002) dejó una estampa dramática de la situación en aquellos años:

Además de joven, mal repartida y mal agrupada, la población era además achacosa por ser su país uno de los más insalubres, desnudos, desnutridos y desabrigados del mundo, donde morían veinticinco de cada mil al año, donde la guadaña de las enfermedades infecciosas y parasitarias mochaba mucha vida, donde una criatura de cada cuatro se convertía en *angelito* antes de vivir doce meses, donde los más de los niños sobrevivientes crecían esmirriados, estomagudos y con zancas de popote.

Escenario político del cardenismo

Desde el inicio de su campaña electoral Cárdenas comenzó a establecer su propio programa: fomento al sindicalismo y a la organización de los trabajadores; impulso a la reforma agraria y a la educación; rescate de los postulados de la Revolución; ensanchamiento del nacionalismo revolucionario; recuperación de las riquezas naturales en manos extranjeras. Ya como presidente dejó en claro que no había sido retórica el contenido de sus pronunciamientos electorales y desde el primer día trabajó para restablecer la autoridad del cargo usurpada por el *Maximato* y para construir las instituciones jurídicas, políticas y sociales en las que habría de cimentar su programa de gobierno. Esto lo llevó a un temprano enfrentamiento con el expresidente Calles (Calles, 1991)*. Su ascenso a la Presidencia no dejó lugar a dudas respecto al “rompimiento de la alianza entre el gobierno y

* En una carta a su esposa desde su exilio en San Diego, Calles da rienda suelta a sus sentimientos: “La situación del país cada día me parece más confusa e inquietante, y para colmo de desaciertos, está en puerta la invasión de rojos españoles, con lo que se provocará la consumación de un estado anárquico que ya está en incubación. Ese material humano que se trae no tiene más finalidad que repetir, en México, la tragedia española, que Cárdenas no quiere dar por terminada.



la clase dominante surgida de las filas revolucionarias, la cual había sido auspiciada y beneficiada por el propio Estado” (Paz, 1983).

Cárdenas creía en México como San Agustín creía en Dios, guardaba una devoción talmúdica a la Constitución y a las leyes del país y dio a la Presidencia un aura eclesial, pero al mismo tiempo era un populista que asoció a las masas trabajadoras en la tarea política de transformar al país -dejándolas de ver como dóciles y manipulables rebaños- y las puso al frente de la lucha por sus intereses de clase y la edificación del nuevo Estado, sin colocar en la mesa de debates decisiones políticas clave. La expropiación o el desmantelamiento del *Maximato* nacieron de una singular capacidad para leer las circunstancias económicas, políticas y sociales del momento, y fueron decisiones personalísimas. El gobierno cardenista, en palabras de Knight (1994), es el ejemplo por excelencia “de un proceso vertical de centralización, de imposición cultural y de empoderamiento del Estado más que del pueblo”.

Apenas llegado al poder presidencial, emitió un decreto Legislativo por el cual encargó al partido oficial, el Partido Nacional Revolucionario (PNR), que tomara en sus manos la organización de los trabajadores del campo. Con los obreros estableció una alianza firme; con Lombardo, personalmente, pero por separado. En ese aislamiento de cada sector de masas, Cárdenas fue implacable. Las primeras ocupaciones de tierras las llevaban a cabo trabajadores del campo afiliados a la Confederación de Trabajadores de México, la central obrera fundada en febrero de 1936, y fueron ellos los que mayor impulso dieron a la reforma agraria hasta entonces postergada. A un cierto punto, Cárdenas obligó a Lombardo y a la CTM que dejaran el trabajo a la organización campesina del PNR. A cambio, les otorgó otras prebendas, por ejemplo, hacer diputados a sus dirigentes y alimentar las ambiciones

de cada uno de ellos en lo particular. Y en ello Cárdenas fue fiel hasta el final. Lombardo protestó por la medida, pero al final quedó contento. Así, Cárdenas obtuvo el apoyo incondicional de las masas trabajadoras en la realización de su programa político y de reformas sociales, tan necesario para sacar a México del atraso. Es probable que ningún otro populista en América Latina haya tenido la visión que tuvo Cárdenas para asociar a las masas trabajadoras en la tarea política de transformar al país (Córdova, 1974).

Poco después de que Cárdenas ocupara la Presidencia de la República, Calles descubrió que su “chamaco” tenía una agenda política propia. Pese a que se le pretendió acotar con el Plan Sexenal* y un gabinete callista, Cárdenas comenzó a manejarse con autonomía en los espacios propios del titular del Poder Ejecutivo. Calles reaccionó con críticas públicas, pero sobreestimó su propio peso político. En diciembre de 1935 declaró al *International News Service*: “No estoy de acuerdo con los procedimientos del gobierno, con la ideología que está sustentando. No estoy de acuerdo ni puedo estarlo, porque creo que son caminos equivocados; porque lo único que está consiguiendo es producir en el país un estado de anarquía en todas partes, en todos los sectores, y de indisciplina. El error más grave que está cometiendo es llevar al país al comunismo” (Fuentes Díaz, 1977).

El presidente respondió: disolvió el gabinete, desaforó a senadores y diputados, destituyó a gobernadores, sustituyó a la dirigencia del partido oficial, pasó a retiro a generales y jefes de zonas

* Unos autores sostienen que el Plan sexenal fue un corsé político para Cárdenas, en tanto que otros expresan que el General lo avaló y lo utilizó como un importante instrumento de gobierno. Decidí mantener el término “acotar” en el sentido de un instrumento que delimitó un programa.



militares y los reemplazó con mandos leales y obligó a Calles a salir del país. El nuevo gabinete presidencial estuvo formado en un 90 por ciento por cardenistas. Así, de manera calculada y eficaz, se expulsó al callismo de las estructuras de poder. Desde su exilio en Estados Unidos, Calles declaró que había sido exiliado por oponerse a la política “francamente comunista” de Cárdenas. El Divisionario de Jiquilpan extinguió el *Maximato* sin derramar sangre y hasta el sábado 30 de noviembre de 1940 ejerció el poder de manera absoluta y unipersonal, pero en esas horas tensas, cargadas de oscuros presagios [...] se suponía que a la menor resistencia de Cárdenas el callismo respondería con el golpe armado (Fuentes Díaz, 1977). El 30 de marzo de 1938, dos semanas después del episodio de la expropiación petrolera, el Partido Nacional Revolucionario –fundado por Calles en 1929– dejó de existir y en su lugar nació el Partido de la Revolución Mexicana (PRM) con lo que efectivamente se dio la puntilla al *Maximato*.

Con la transformación del partido oficial, la política individualista pasó a un segundo plano, y el PRM apareció como un *administrador de corporaciones*, más que como un administrador de masas, manteniéndolas aisladas entre sí, pero bajo la dirección del Estado. El nuevo partido no significó únicamente un cambio de nombre del anterior PNR, sino una fuerza política que no sólo representaba a los trabajadores, sino que ahora estaba integrada por ellos (Montes de Oca, 1999).

Pero si la ruptura con Calles fue uno de los episodios de mayor peligro para el joven régimen y pudo desembocar en un derramamiento de sangre, hay coincidencia entre los estudiosos de que Cárdenas tenía y mantuvo “un afecto y una devoción por Calles de verdad infinitos. A él le debía todo. Lo consideraba su maestro. Cuando rompió con él

en 1935, lo lamentó con auténtico dolor” (Córdova, 1974). Pero Cárdenas, el populista que lo mismo entregaba armas a los campesinos para defender el ejido que compartía los alimentos de los pobres a la sombra de un árbol, también era capaz de acercarse a sus enemigos de una manera “directa y a veces peligrosa” (Fuentes, 2012).

Las políticas del cardenismo

Si bien el gobierno de Cárdenas amplió y consolidó su intervención en la economía nacional a través de la inversión pública, también dio apoyo importante al capital privado. Aunque la burguesía veía una tendencia “comunista” en el uso del recurso de huelga, Cárdenas lo fomentó como una forma de negociación de los derechos de obreros y campesinos; buscaba un acomodo de las relaciones de producción, un nuevo patrón que abarcara la interdependencia de las clases sociales, la expansión del mercado interno y nuevos criterios de previsión y actuación empresarial. Para consolidar el proyecto económico del *Plan Sexenal*, Cárdenas quiso que tanto obreros y campesinos como burgueses, tuvieran sus derechos garantizados (Ianni, 1991).

El proyecto estaba concebido para “mantener el equilibrio entre los factores de la producción que son el trabajo y el capital. Para que ese equilibrio sea estable es necesario que repose en una ancha base de justicia social y en un elevado espíritu de equidad que presida estas relaciones” (Cárdenas, 1978). Los sindicatos dejaron de ser meros espectadores y se convirtieron en protagonistas de la vida política, “aunque fuera a través de un sistema corporativo autoritario vertical” (Montes de Oca, 1999). El propio Cárdenas explicó este mecanismo: “Para contribuir al desarrollo de la organización obrera, se procuró la formación y crecimiento de grandes sindicatos, representativos del interés profesional en las distintas ramas indus-



triales” (Cárdenas, 1940). La importancia que el General dio a la organización de la clase trabajadora* queda demostrada con la formación del “sector obrero” del partido, la Confederación de Trabajadores de México (CTM), comprometida desde su concepción con el plan de gobierno de Cárdenas, aunque los obreros estaban en el entendido de que sus demandas no debían rebasar los límites del régimen establecido. Ambas partes, gobierno y obreros, fueron lo suficientemente claros “como para que el pacto subsistiera aun sobre los malentendidos que por fuerza tenía que despertar en sus propios seguidores” (Córdova, 1973).

El gran movimiento obrero entre 1935 y 1940 fue el principal pilar del régimen. En este contexto, Cárdenas tuvo muy presente la tutela del derecho de huelga y su relación con los derechos patronales y la propiedad privada, pero esto, dicen Córdova y otros autores, nunca significó que viera con malos ojos al capital, nacional o extranjero. En su proyecto estaba la idea de crear un Estado estratégico que promoviera la industrialización del país, que garantizara el bienestar colectivo sin modificar la “matriz capitalista de la producción”, es decir, respetando los derechos del capital y la propiedad privada, pero mejorando de manera “justa” la situación laboral de los obreros (Córdova, 1973). A la pregunta de si su gobierno era socialista, Cárdenas respondió: “Ni capitalismo salvaje ni comunismo al estilo estalinista”.

No escapaba al gobierno la necesidad urgente de revitalizar la economía nacional, maltrecha después de más de tres décadas de conflictos e inestabilidad. En 1935 el país conta-

* No fue una política nueva de Cárdenas en la Presidencia. En 1928, al frente del gobierno de Michoacán, había organizado la Confederación Michoacana del Trabajo, combatido a los sindicatos blancos y defendido la figura del contrato colectivo de trabajo.

ba con 7,619 establecimientos fabriles y los créditos bancarios para el apoyo a la industria alcanzaban 39,754 millones de pesos. Pese a opiniones en contrario, el fortalecimiento sindical no aminoró el desarrollo. Las mejores condiciones de los trabajadores aumentaron el consumo e impulsaron la circulación de capital. En 1940 los establecimientos fabriles habían aumentado a 13,510 y los créditos bancarios llegaron a 245,680 millones en el mismo año. El gobierno emprendió importantes obras de infraestructura que favorecieron el desarrollo industrial y aplicó medidas fiscales para favorecer la creación y ampliación industrial (García Cantú, 1991).

El 30 de diciembre de 1939 Cárdenas expidió un decreto que dio ventajas fiscales a los inversionistas tanto nacionales como extranjeros (Montes de Oca, 1999). Sin embargo, pese a que la inversión pública y privada pasó de 216 millones de pesos en 1930 a 773 millones en 1940 (Ianni, 1991), estas medidas no paliaron del todo la gravedad de la situación económica, complicada por las crecientes tensiones políticas, conflictos entre capital y trabajo, inflación creciente y devaluación de la moneda. El costo de la vida para los trabajadores se disparó entre 1934 y 1940 (Montes de Oca, 1999). Una razón fue la guerra que los combativos empresarios regiomontanos declararon a Cárdenas, alarmados por el avance organizativo de los trabajadores y por la legalización del Partido Comunista al inicio del régimen.

En febrero de 1936 hubo un paro empresarial en Monterrey para derrocar al gobernador del estado, a quien se acusaba de “protector de los obreros rojos”. Cárdenas viajó a la capital de Nuevo León y pronunció un discurso en el que, en 14 puntos, definió y defendió la política laboral de su gobierno. Ahí, en un clima de gran tensión, dijo a los paristas: “Los empresarios que se sientan fatiga-



dos por la lucha social, pueden entregar sus industrias a los obreros o al gobierno. Eso será patriótico; el paro no” (Cárdenas, 1978).

A la distancia es evidente que no hubo en el cardenismo una estrategia para instalar un sistema económico socialista. Al contrario, como ha observado Knight (1994), la década de los treinta marca la adopción definitiva del sistema capitalista de desarrollo que benefició al empresariado. En los hechos, el PNR fue el pilar para la consolidación de una burguesía nacional.

La prensa fue vehículo para una constante crítica a la política económica del cardenismo, facilitado esto por el respeto que, en términos generales, el régimen tuvo para la libertad de expresión. Y desde las troneras de la clase política el fuego era graneado. Emilio Portes Gil, expresidente y antiguo colaborador de Cárdenas, expresó que el actuar del General era más propio de un líder que de un primer mandatario, quien “dejará mucho que desear como administrador; pero el agitador seguirá teniendo entre las masas un gran prestigio” (Portes Gil, 1941).

Habiendo fracasado Calles en su intento de hacer rectificar a Cárdenas o de hacerlo dimitir, el camino se presentaba aún escabroso. Había contradicciones en el gobierno. Así se explica que varios callistas hubiesen seguido dentro del aparato oficial; que algunos de ellos hubiesen fundado un periódico, *El Instante*, para calumniar a Cárdenas y llamar a la lucha abierta contra su régimen; que Cedillo hiciera franca campaña reaccionaria dentro del gobierno (Fuentes Díaz, 1977).

En materia agraria, el cardenismo hizo realidad una de las banderas principales de la Revolución: el desmembramiento de los latifundios y su entrega a campesinos sin tierra, principio que había sido, estima Córdova (1973), “convenientemente olvidado durante las dos décadas siguientes al movimiento armado por los revolucionarios

convertidos en administradores públicos. Los gobiernos revolucionarios no sólo echaron al olvido este principio, sino que intentaron por todos los medios a su alcance conservar a la vieja clase dominante y asimilarla a la nueva que se iba organizando”.

Cárdenas llevó adelante una reforma integral que no contempló únicamente la entrega de tierras sino la organización de los campesinos y la creación de instituciones que apoyaran el desarrollo del sector. Desde su campaña electoral había anunciado que para resolver el problema agrario no bastaba “la simple entrega de las tierras a los campesinos. El poder público está obligado a prestar a los ejidatarios toda ayuda moral y material para que prosperen económicamente y para que liberen su espíritu de la ignorancia y los prejuicios” (Córdova, 1973).

Durante su régimen se impulsó la organización de los ejidatarios en sociedades de crédito y cooperativas de producción, consumo y venta; nació la Confederación Nacional Campesina (CNC); el Banco Nacional de Crédito Agrícola se reorientó hacia los pequeños y medianos propietarios; se crearon el Banco Nacional de Crédito Ejidal y los Almacenes Nacionales de Depósito. La meta era modernizar la producción agropecuaria y pasar de una agricultura básicamente extensiva a una intensiva y tecnificada.

La reforma agraria despertó no sólo una oposición ideológica, sino también armada. Varios dirigentes campesinos y maestros socialistas fueron asesinados por encabezar movimientos agrarios, lo que provocó que Cárdenas amenazara con entregar a los campesinos “el máuser con el que hicieron la Revolución, para que la defiendan, para que defiendan el ejido y la escuela” (Córdova, 1973). Cárdenas no se proponía terminar con la propiedad privada de la tierra, sino limitarla, evitar que enormes extensiones se mantuvieran en muy pocas manos mientras millones de campesinos arran-



caban una existencia miserable en pequeñas parcelas. Buscaba la convivencia de tres sistemas de tenencia distintos: la pequeña propiedad privada, el ejido y las tierras comunales. Tampoco se propuso implantar un sistema comunista de producción. En este contexto, pensaba que los indígenas debían ser los principales beneficiados de la reforma agraria. No se trataba de conservar al indio –decía– tampoco de indigenizar a México, sino de mexicanizar al indio (Montes de Oca, 1999).

Otro importante escenario del cardenismo fue el de la educación, tanto en sus aspectos formales como ideológicos. Para Cárdenas, la construcción de la nueva sociedad a la que había aspirado la Revolución pasaba por las aulas. Pero no en abstracto, sino como el instrumento con el que se forjaría una sociedad más igualitaria. Además, “dentro de un sentido de solidaridad y acción combativa, se encauzaría a las masas para desterrar la idolatría y los prejuicios individualistas dominantes” (Montes de Oca, 1999).

Cárdenas ascendió a la Presidencia en medio de un enfrentamiento del régimen con la iglesia católica, azuzado por “el grupo clerical del país que, unido a fuerzas conservadoras, aprovechaba los menores intentos de acción ideológica promovidos por grupos revolucionarios para transformarlos en choques sangrientos y en motivos de escándalo” (González, 2002). El cierre de templos en la mitad de los estados, la marginación del clero de la vida política, los choques frecuentes de ateos y creyentes, la prohibición de utilizar el correo para el envío de literatura religiosa, el acentuado anticlericalismo entre la clase política –cuyo principal representante era Tomás Garrido Canabal, secretario de Agricultura, quien gustaba de exhibir en público un enorme toro semental y un descomunal burro llamados respectivamente *Papa* y *Obispo* (González, 2002)– y en

particular el Artículo 3° constitucional que daba un carácter socialista a la educación (Knight, 1944)*, polarizaban el ambiente.

Desde los púlpitos se decía que la educación socialista atentaba contra la familia y contra los valores del pueblo católico. La prensa y los intelectuales de oposición la censuraban. Una severa crítica fue la de Samuel Ramos aparecida en la revista *Hoy* en 1939 con el título: “Veinte años de educación en México”, en donde el respetado intelectual juzga que los lineamientos correctos para la educación en México estaban aún por encontrarse y aplicarse. Su cuestionamiento principal era que el sistema de educación del cardenismo estaba sustentado por una teoría importada, propia de realidades que no eran la mexicana y que incluso ya estaba en decadencia. ¿Cómo se quería aplicar en México una educación socialista cuando el resto de la estructura social, especialmente la economía, no lo era? Ramos (1939) escribió: “Mientras vivamos del plagio de teorías ajenas, estamos perdidos”. respondió a sus críticos:

No es atributo del gobierno, ni está dentro de sus propósitos combatir las creencias ni el credo de cualquier religión. Se ha

* En la terminología política mexicana de la época, “educación socialista” no tenía el mismo significado que en la URSS y de hecho Britton, citado por Knight, encontró 33 interpretaciones del término. Para los revolucionarios era una “educación racionalista”, pero es comprensible que el término levantara sospechas y hostilidades entre los sectores más conservadores. En su redacción definitiva, propuesta por la segunda convención ordinaria del PNR en diciembre de 1933 —mismo evento en que se oficializó la candidatura de Cárdenas— y aprobada por el Senado el 11 de octubre de 1934, el primer párrafo del Artículo Tercero dice: “La educación que imparta el Estado será socialista y, además de excluir toda doctrina religiosa, combatirá el fanatismo y los prejuicios, para lo cual la escuela organizará sus enseñanzas y actividades en forma que permita crear en la juventud un concepto racional y exacto del universo y de la vida social”. “No se trataba de soviétizar al país, de establecer o de organizar los *soviets* de obreros, campesinos y soldados sino de armar una alianza popular para defender los intereses de la Revolución Mexicana”. Cfr. Córdova (1974).



dicho que la educación socialista combate la religión y arranca a los hijos del amor de sus padres. Esto es mentira. La educación socialista combate el fanatismo, capacita a los niños para una mejor concepción de sus deberes para con la colectividad y los prepara para la lucha social en la que habrán de participar cuando alcancen la edad suficiente para intervenir como factores en la producción económica. (Cárdenas (1990).

Si bien el General fue claro en su postura contra el fanatismo religioso y pugó por un modelo educativo que fomentara la solidaridad, el trabajo en común, el nacionalismo y el pensamiento científico, no incurrió en una postura beligerante frente al clero como la que tuvo Calles. Asignó el 16.4% del presupuesto total de la Federación a la educación, monto sólo inferior al de la Secretaría de Guerra. Se construyeron mil 949 escuelas rurales en los primeros dos años de la administración. Se establecieron organismos especializados como el Consejo Nacional de Educación Superior y de la Investigación Científica, el Consejo Técnico de Educación Agrícola, el Instituto Nacional de Antropología e Historia, escuelas especiales bilingües para indígenas y el Instituto Politécnico Nacional. Al finalizar el sexenio había poco más de 16 mil 500 escuelas primarias con un millón 800 mil alumnos.

En el proyecto cardenista la educación debía ser la base y el motor para el progreso y el cambio en la sociedad. La nueva visión del mundo sería transmitida por las instituciones educativas y los medios de comunicación como la prensa, la radio y el cine bajo lineamientos y directrices establecidos por el plan de gobierno. En el proyecto cultural de Cárdenas la prioridad era elevar el nivel de educación de la mayoría y sobre todo de las regiones de los campesinos y los indígenas, hasta entonces marginadas (Aguilar, 2008).

En este modelo, además de los alumnos, los maestros ocupaban un lugar estratégico. Siguiendo los pasos de José Vasconcelos, serían ellos los *amorosos apóstoles* que llevarían sobre los hombros el peso real de la transformación del país a través de la formación de las nuevas generaciones. Debían enseñar, combatir el fanatismo religioso, transformar el monolingüismo indígena con la enseñanza bilingüe y proteger, no destruir, la organización y cultura indígenas. Serían líderes activos en la transformación social de México y harían realidad la aspiración de una distribución más equitativa de los productos y las utilidades del trabajo. Esto en términos generales, pero con mayor énfasis en el enorme México rural.

Los opositores al cardenismo veían en los maestros socialistas a personeros de un proyecto que juzgaban comunista. Fueron frecuentes la persecución e incluso el asesinato de los docentes, a quienes Cárdenas confió la sensibilización de los niños, jóvenes y padres de familia sobre las bondades de la reforma agraria y, en su momento, junto con los obreros, de la importancia de la expropiación petrolera y la necesidad de apoyar incondicionalmente esa medida (Aguilar, 2008). En este sentido, el magisterio fue una parte integral de la política de comunicación y propaganda del régimen.

En materia de medios, el cardenismo tuvo como uno de los motores de su política de masas una eficaz estrategia de comunicación. Bajo el gobierno de Cárdenas la mayor parte de los mensajes ideológicos y culturales recibidos por la población eran originados en diversas instancias del aparato estatal. Al mismo tiempo, el Estado aparece en la práctica y pensamiento de las personas, grupos y clases sociales como núcleo principal de todas las relaciones (Aguilar, 2008). “Por un lado, se presenta como heredero y continuador de la revolución. Por otro, la alianza entre el aparato estatal, el partido de la revolución y el sistema sindical garantizan al gobier-



no amplias posibilidades de control y manipulación de la opinión pública” (Ianni, 1991).

Para Cárdenas los medios fueron de manera fundamental vehículos propagandísticos que desde la visión de su programa de gobierno tendrían como tarea central apuntalar los objetivos del plan de gobierno, difundiendo su ideología e informando puntualmente acerca de sus actividades y los resultados de sus decisiones. Esto fue cierto para prensa, radio, cine, teatro, carteles y arte oficial. También se consideró a la naciente tecnología de la televisión. La estrategia fue que en los medios masivos tuviera espacio privilegiado todo aquello que en la óptica nacionalista reforzara la unidad, la tradición cultural, el patriotismo y la participación de todos los sectores sociales en el proyecto político del cardenismo (Aguilar, 2008).

Mejía Barquera (1991) considera incontestable que el cardenismo tuvo un sonado éxito en su estrategia de propaganda para movilizar a las masas. La política de comunicación del régimen hizo de la figura del General un ícono. “Sin embargo, no se puede pasar por alto que, al igual que en otros regímenes populistas, tuvo en el trasfondo algo de debilidad estructural. Es probable que si bien la enorme disponibilidad de medios otorgó al cardenismo un poder político y simbólico no visto antes, al mismo tiempo, en la medida en que no se pudo ejercer un control total sobre ellos, lo hizo vulnerable de maneras que también eran inéditas” (Mejía, 1989), pues como señala el sociólogo John B. Thompson (2007), “al empatarse estructuras que operan cada cual con su propia lógica, se crean zonas comunes: los políticos utilizan el medio para hacerse escuchar pero el medio escapa a su control y un resultado puede ser la distorsión de ese mensaje”.

El aparato de comunicación cardenista fue una propuesta ideológica comprendida en una política de Estado montada en un aparato legal que incluyó la expedición de reglamentos, la modificación de leyes y la creación de instituciones y organismos, así como un mecanismo de subsidios para aquellos sectores considerados clave para articular el proceso corporativista del Estado. En la medida en que el cardenismo dependía para su cabal aplicación de una política de masas que las organizara y movilizara en apoyo de los actos del Estado, nada tiene de extraño que durante este régimen los medios de difusión, especialmente la radio, fueran empleados por el gobierno de manera muy amplia (Thompson, 2007).

Los viejos soldados no mueren

Lázaro Cárdenas murió el lunes 19 de octubre de 1970. Ironías de la historia: misma fecha del fallecimiento en 1945 de su mentor distanciado Plutarco Elías Calles y misma fecha en que *El Chamaco* y el *Jefe Máximose* encontraron en Sonora en 1915 el día en que el gobierno de Estados Unidos reconoció al gobierno de Venustiano Carranza. Con sus diferencias y afinidades, estos caudillos fueron de la misma semilla de la que germinó el México que hoy conocemos. Plutarco Elías Calles condujo con mano de hierro el camino de un país salido de la guerra civil y Lázaro Cárdenas condujo con mano de hierro el camino de un país hacia la institucionalización. Uno no se explica sin el otro.

Se conoce como *cardenismo* al periodo presidencial, durante el cual se desarrolló una política social y económica peculiar que resultó un hito en el México contemporáneo. Fue un despliegue de voluntad política que buscó “la transformación del país y modificar estructuras seculares sin desatar la guerra interior” (García Cantú,



1991), una suerte de conciencia crítica de la Revolución que “con gran rapidez se convirtió en el elemento director de la política nacional” (Córdova, 1974) . En este contexto, cardenismo es sinónimo de una manera particular de ejercer el poder, de una visión del mundo y de una ideología, además de un periodo histórico. Hay que apuntar, sin embargo, que cardenismo es un término que si bien surgió durante los años mencionados y posteriormente se hizo moneda de curso entre políticos y académicos, Cárdenas mismo, populista como fue, no lo utilizó como lema durante su estancia en el poder y no lo encarnó como movimiento político durante los años posteriores, pese a que su estatura nacional se lo hubiese permitido. Ello describe la personalidad del General:

“Posteriormente al término del periodo constitucional no puede llamársele *cardenismo*, supuesto que he sido participante en la consolidación de las instituciones y no ha habido de mi parte personalismo alguno. Ni mis amigos tienen una doctrina que se llame *cardenismo*” (como se citó en García Cantú, 1991).

Su rasgo sobresaliente, aquello que lo diferenció y le permitió llegar a la cumbre del poder, fue una descomunal intuición política y una formidable capacidad para entrar en sintonía con las masas. Cárdenas pudo mantenerse a flote sobre el escurridizo y pantanoso suelo político de México porque tuvo las cualidades del tezontle: porosidad y dureza. Por ello la permanencia, al día de hoy, de la figura de *Tata Lázaro*.

Referencias

- Aguilar Plata, Blanca (2008). *La revista Hoy: un ensayo de periodismo independiente en el régimen cardenista (1937-1940)*. (Tesis de Maestría). UNAM, México.
- Cárdenas, Lázaro (1940). *Seis años de gobierno al servicio de México. 1934-1940*. México: Secretaría de Gobernación.
- , (1972). *Apuntes*. México: UNAM.
- , (1974). *Epistolario 1*. México: Siglo XXI Editores.
- , (1978). *Palabras y documentos públicos de Lázaro Cárdenas. Mensajes, discursos, declaraciones, entrevistas y otros documentos. 1928 / 1940*. Vol. 1. México: Siglo XXI Editores.
- , (1990). *Ideario político*. México: Era.
- Carmona Dávila, Doralicia (2017). Lázaro Cárdenas del Río. *Memoria política de México*. México: Instituto Nacional de Estudios Políticos A.C. Recuperado de <http://www.memoriapoliticademexico.org/Biografias/CRL95.html>
- , (1974). *La política de masas del cardenismo*. México: Era.
- Cosío Villegas, Daniel (23 de octubre de 1970). “Adiós, mi general, adiós”. *Excelsior*.
- , (1976). *Memorias*. México: Joaquín Mortiz.
- Elías Calles, Plutarco (1991). *Correspondencia personal (1919-1945)*. México: Fondo de Cultura Económica/ Gobierno del Estado de Sonora.
- Fuentes, Carlos (2012). *Personas*. México: Alfaguara.
- Fuentes Díaz, Vicente (1977). *Ascenso y descenso revolucionarios bajo Cárdenas*. México: Altiplano.
- García Cantú, Gastón (1991). El país de Lázaro Cárdenas. *Idea de México IV. Ensayos 2*. México: El Colegio Nacional.
- González y González, Luis (2002). *El cardenismo. Los artífices del cardenismo. Los días del presidente Cárdenas*. México: El Colegio Nacional.
- Hernández Rodríguez, Rogelio (2007). *Del liderazgo a la administración. La decadencia de la élite priista*.



- Herring, Hubert Clinton (junio de 1937). *The Unconquerable Mexican*. *Harper's Monthly Magazine*, 175, 46–56.
- , (octubre de 1938). *Cardenas of Mexico*. *Harper's Monthly Magazine*, 177, 489–503.
- Ianni, Octavio (1991). *El Estado capitalista en la época de Cárdenas*. México: Era.
- Knight, Allan (febrero de 1994). *Cardenismo: Juggernaut or Jalopy?*, *Journal of Latin American Studies*, Vol. 26, 1, Cambridge University Press.
- Krauze, Enrique (1984). *Lázaro Cárdenas. General misionero*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Martínez de la Vega, Francisco (1986). *Personajes*. México: Océano/Fundación Manuel Buendía.
- Mejía Barquera, Fernando (1991). *La industria de la radio y la televisión y la política del Estado mexicano (1920–1960)*. México: Fundación Manuel Buendía.
- Meyer, Lorenzo (1968). *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero, 1917–1942*. México: El Colegio de México.
- Montes de Oca Navas, Elvia (1999). *Presidente Lázaro Cárdenas del Río, 1934-1940. Pensamiento y acción*. Documentos de Investigación. Zinacantepec: El Colegio Mexiquense.
- Paz Salinas, María Emilia (abril-junio de 1983). *Crisis y expropiación, un análisis comparativo: 1938-1982*.
- Portes Gil, Emilio (1941). *Quince años de política mexicana*. México: Botas.
- Ramos, Samuel (17 de junio de 1939). “Veinte años de educación en México”. *Hoy*.
- Thompson, John B. (12 de septiembre de 2007). Entrevista con Miguel Ángel Sánchez de Armas. Xalapa.
- Wilkie, James W., Monzón de Wilkie, Edna (1969). *México visto en el siglo XX. Entrevistas de historia oral*. México: Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas.





Cárdenas de México*

Hubert Clinton Herring†

En este artículo el autor describe la relación que Lázaro Cárdenas estableció con sus gobernados, sobre todo con la gente más necesitada, retratando su genuina preocupación por la gente pobre, lo cual explica por la memoria siempre presente de sus orígenes, para después describir cómo este hombre apacible y compasivo se deshizo de sus principales enemigos políticos con gran destreza y frialdad al momento de tomar decisiones, aunque sin la crueldad que caracterizó mucho tiempo la lucha por el poder. Uno de los aspectos sobresalientes, en lo interno, fue el combate a las prácticas corruptas de políticos y funcionarios, lo que produjo que la administración de Cárdenas diera cumplimiento a ciertos postulados de la Revolución –aunque con resultados diferenciados– y en lo externo, la siempre compleja relación con Estados Unidos, especialmente después de la expropiación petrolera.

* Herring había estado en México unos meses antes, por lo cual utiliza el tiempo presente. El artículo apareció en junio de 1939 en la revista *Harper's Monthly Magazine* y se reimprimió, por primera vez en español, en traducción mía en la *Revista Mexicana de Cultura Política*, no. 11, segundo semestre de 2017, respetando lo dispuesto en la sección 107 del Copyright Act de los E.U.

† Herring (1889 - 1967) fue uno de los latinoamericanistas y *mexicanólogos* más reconocidos de su tiempo y tiene una vasta obra, en la que destaca *Historia de América Latina desde los principios y hasta el presente*. Fundó y presidió el Comité de Relaciones Culturales con América Latina. Fue profesor de civilización latinoamericana en el Pomona College y en la escuela de graduados Claremont. Durante años organizó visitas de estudiantes y profesores a México para estudiar la situación social. Se relacionó con la clase política y académica mexicana y escribió artículos con sus experiencias de primera mano en el país en el *Harper's Magazine*.



Entre las principales tareas tanto del Ministro de Relaciones Exteriores de Su Majestad Británica como del Secretario de Estado del presidente Roosevelt está* saber más sobre el presidente de México para averiguar a dónde se propone ir el señor Cárdenas y cómo se propone llegar. No queda claro ahora qué tan exitosos han sido estos caballeros. Podría haber abonado a su comprensión, y por lo tanto a la causa de la concordia, si hubieran podido ir a México, hablar con el general Cárdenas, con la gente que lo conoce y lo admira, con quienes lo conocen y desconfían de él, con los peones en los campos y con los habitantes de las ciudades. Yo he hecho esto en semanas recientes y ahora informo.

La principal dificultad de Lázaro Cárdenas es su memoria. Aunque ahora vive en una casa citadina y devenga un salario de veinte mil dólares al año, no puede olvidar su pueblo, Jiquilpan, en el semitropical Michoacán, donde nació hace cuarenta y dos años. Jiquilpan fue y es México. Sus casas de adobe tienen techos de paja y pisos de tierra. No había escuela regular allí hace cuarenta y dos años, ni médico, ni suministro de agua decente, ni alcantarillado. Pocos llevaban zapatos en Jiquilpan.

Recuerda que su padre tenía tierra. No estaba entre el 97.3 por ciento de quienes carecían de una parcela. Cárdenas recuerda aquella pizca de tierra con una sonrisa: “un montón de piedras”. Y tenía un caballo, un pequeño maizal, una esposa y ocho hijos.

El padre murió cuando Lázaro tenía doce años y tuvo que mantener a la familia. Lázaro ganaba un tostón diario (25 centavos de dólar) en una imprenta. Esa fue su escuela. Y recuerda qué tan pesada es el agua cuando hay que acarrearla desde el pozo en la plaza central. Recuerda qué tan poco profundo es el surco de un

arado de madera. Recuerda a su madre moliendo el maíz en el metate en el piso.

Lázaro Cárdenas se fue de Jiquilpan cuando tenía quince años y se alistó en el ejército de Francisco Madero, quien prometió desterrar al dictador Díaz y dar escuelas a todos los pueblos de México. El ejército se convirtió en su escuela y ascendió a general y luego gobernador de su estado. Pero a diferencia de muchos generales, gobernadores y presidentes, Cárdenas no ha olvidado qué tan difícil es llenar nueve bocas con un tostón al día.

Así, su memoria le juega bromas cuando trata con el mundo tal cual es: el mundo del capital, el Departamento de Estado y Downing Street.

Se necesita ser un buen hombre para ganar y abrirse paso a la presidencia de México. El camino a Chapultepec pasa por los cuarteles y los campos de batalla. Dos veces en un siglo ha habido presidentes fuertes que no fueron crueles, soldados que preferían no matar, administradores que ejercieron su oficio sin sospecha de ganancia personal. El primero fue el indio zapoteco Benito Juárez. El segundo es Lázaro Cárdenas.

Cárdenas mira francamente al entrevistador extranjero. Está realmente perplejo por las preguntas sobre la tierra que incauta, las petroleras que expropia. Cuando se le pregunta si continuará con su programa agrario, responde: “Hemos otorgado tierras a ocho mil pueblos, pero hay otros quince mil en espera. No podemos parar. La gente debe tener su tierra.” Cuando se le pregunta: “Pero si no tiene dinero para pagar, ¿aun así continuará su programa social?” él responde: “Hay miles de pueblos y aldeas mexicanas que todavía no tienen un suministro de agua decente.



¿Podemos detener nuestro programa ahora?” Y cuando su interrogador sondea más y pregunta qué hará México si los británicos y estadounidenses presionan por sus reclamos, si los propietarios de tierras y petroleros buscan resistirse a la acción de las leyes mexicanas, él responde, “Esto es México, una nación soberana. Quienes respeten las leyes no serán molestados en sus vidas y propiedades. Quienes desafían las leyes deben aceptar las consecuencias.”

Cárdenas debe ser comprendido en el contexto de Jiquilpan. Su gobierno refleja su identidad con la gran mayoría que ha sido despojada en su propia casa. Nunca ha perdido ese sentido de identidad. Sigue siendo lo más real de él y explica la devoción de sus amigos y el respeto a regañadientes de sus oponentes.

Cárdenas conoce México como ningún otro presidente lo ha conocido. Conoce el México que está más allá del último ferrocarril y carretera, más allá del último camino de arrieros. Como soldado –soldado raso, oficial y general- ha acampado en las altas sierras, en los exuberantes trópicos. Como gobernador de su estado conoció hasta el último de los más pequeños pueblos en sus montañas. Y desde el día en que fue nominado para la presidencia en el verano de 1934 hasta el presente, ha viajado de un extremo a otro de la República por tren, en automóvil, en avión o a caballo.

El registro de sus cuatro años en el cargo debe ser escrito en términos de sus viajes de estado a estado, de pueblo en pueblo hasta los rincones más remotos del país –y en México todo es lejos–, tan agotadores que los ayudantes y secretarías se desgastan al cabo de una semana, pero el presidente está fresco después de un mes o dos meses de viaje. Es el registro de nuevos pueblos cada día, de audiencias que duran horas, de multitudes que llegan después de muchos días de viaje desde el interior del país, con delegaciones de obreros,

campesinos, madres, maestros, soldados que se aglomeran a su alrededor, de pequeños entusiasmados con tocar su ropa, de protestas contra los salarios que se reciben, contra las injusticias de la ley; de peticiones de tierra, construcción de escuelas y envío de maestros; de solicitudes de crédito para comprar ganado, semillas y maquinaria; de ayuda para asegurar un suministro de agua seguro y abundante.

Un amigo comparte sus apuntes sobre la visita del presidente al campo petrolero de Nanchital, en la zona tropical de Tehuantepec. Describen la gran multitud reunida de los alrededores. Se agolpan sobre el presidente, todos lo tocan, algunos lo abrazan, los niños le dan flores. Y para todos un saludo, un apretón de manos, una palabra de afecto. Las frases que devuelve nunca son mecánicas. Emplea los familiares *túy te*, como lo hacen los hombres con los amigos. El orgullo exaltado, la alegría animada de la gente tiene una naturaleza religiosa.

Aquel día en Nanchital se inauguraba la sección local del sindicato petrolero. Finalmente serían parte de un movimiento nacional y había éxtasis en el ambiente. Una mujer del pueblo habló a nombre del Comité de Redención Nacional, una organización formada para recaudar fondos con qué pagar a aquellos lejanos ingleses y estadounidenses que eran dueños de sus pozos. Esta mujer leyó de una hoja con correcciones, escrita con mucho esfuerzo. Pero sus ideas eran claras, estaban bien formuladas y leía con dignidad. Ella, hablando por las mujeres de la aldea, dijo al presidente sobre la escuela del pueblo, “Más de doscientos niños están condenados a quedarse sin clases. No hay espacio para todos”. Pidió ayuda a los trabajadores petroleros para mantener al maestro, para mejores aulas. Habló de las malas condiciones de salud en el pueblo, el agua insalubre, el



suministro inadecuado de alimentos, la inequidad entre los salarios y el alto costo de la vida. Habló de los delitos morales de la comunidad, de las cantinas, de mujeres que esperan que los hombres traigan a casa su paga. “Señor presidente, se deben cerrar las cantinas.” Y a continuación Cárdenas habló de “nuestro mejor futuro. . . de las terribles necesidades de todo México, porque en todas partes hay miseria” y pidió al pueblo de Nanchital “exigir escuelas... exigir el cierre de las cantinas... trabajar para la mejora de la comunidad “.

Aquella tarde, como tantas otras después de largos días en un pueblo, el presidente se sentó y dictó órdenes a los departamentos en la capital. . . más libros. . . otro maestro. . . la visita de un ingeniero sanitario. . . suministros médicos, contra los recursos de un tesoro nacional que está casi vacío.

Mi amigo me dice de una visita a Tuxpam, ciudad de veinticinco mil habitantes en el estado de Veracruz. Ahí, el presidente pasó un día en el hospital (hay pocos hospitales en México y con pocas excepciones, están sucios y mal equipados) y me cuenta de las conversaciones de Cárdenas con los pacientes mientras pasaba de una sala a otra, deteniéndose en cada cama, preguntando nombres, dónde vivían, brindando una palabra de aliento... Aquí está un muchacho, increíblemente delgado y débil, cuya pierna ha sido amputada por encima de la rodilla. El señor Cárdenas le prometió que cuando esté lo suficientemente fuerte será llevado a la capital y equipado con una pierna artificial. Aquí un hombre joven. “¿Cómo te llamas? ¿Dónde vives?” “Vengo de muy lejos, mi jefe; soy de Las Palmas.” “Sí,” dijo el presidente, “he estado allí, conozco bien.” Y después es un hombre de treinta y cinco años cuyo rostro es de un anciano. “¿Cuánto tiempo llevas aquí?” preguntó Cárdenas. “Sólo desde ayer.” “Pero,” dijo el presidente, “te vi cruzando la plaza esta

tarde.” “Sí,” dijo el hombre, “fui a casa a cuidar mis cabras.” “Mañana,” dijo el presidente, “hablaré con los funcionarios y veré qué se puede hacer por ti.” Mi amigo le preguntó al presidente, cuando habían salido de la sala. “*Mi general**, ¿cómo pudo recordar a ese hombre?” “Durante la recepción en la plaza lo vi pasar, tan miserable y débil que quería detenerlo, pero no quise interrumpir la recepción, así que decidí buscarlo más tarde. Ese es el hombre. Debemos hacer algo por él.”

En otra sala hay un tipo de cincuenta y tantos años, muy enfermo. El presidente se entera de que es un prisionero, condenado a muerte por asesinato. Había sido mayor en el ejército y luego vendedor ambulante. Está desesperadamente enfermo. “¿Qué puedo hacer para ayudarte?” preguntó el presidente. La cara de aquel hombre se contrajo como la de un niño a punto de llorar. “¿Por mí?, nada *Señor***. No se preocupe por mí. Yo maté. Pero *Seño,r* mi hija, tiene catorce años, ella no ha hecho nada. ¿Se la llevaría, la educaría, para que no se pierda?” “Sí”, dijo el presidente, “enviaré a tu hija a la escuela. No te preocupes. Escribe una carta que autorice al jefe de educación sacarla de su casa.” Sólo un movimiento de la cabeza del hombre expresó asentimiento, no podía hablar.

Aquella noche, como otras noches, Cárdenas dictó sus órdenes. De memoria dictó los nombres de aquellos a quienes había prometido ayuda: una pierna artificial para un niño; una orden para la escolarización de una niña y luego una orden para la construcción de una nueva ala de maternidad en el hospital; otra para instrumentos quirúrgicos, para medicinas, todas a cargo de una tesorería agotada.

* En español en el original.

** *Ibíd.*



Estas no son las cosas que refiere Cárdenas, pero que dicen quienes lo conocen. Añaden que Lázaro Cárdenas no parece percatarse de que su forma de ser con el pueblo es inusual y que puede enojarse cuando se hace alharaca de las pequeñas cosas que dispensa mientras va de pueblo en pueblo.

Cuando Lázaro Cárdenas fue electo presidente en 1934, la apreciación común era que se trataba de un hombre débil y bien intencionado, “el hombre más ingenuo de México.” Cuando, seis meses después, sacó de la jugada al expresidente Calles y a sus poderosos partidarios, la denominación fue cambiada a “loco”. Luego lo llamaron “enfermo” y hablaron sombríamente de una fiebre larvada que pronto acabaría con él. Hoy para sus enemigos es difícil encontrar una palabra que lo defina.

II

Ejercida generosamente, la política es un arte en México. La política mexicana tiene un parentesco congénito con aquella de Vermont y Alabama. Obtener el voto es de poca importancia en un caso u otro. La batalla se decide antes de la votación. Es el triunfo de los políticos lo que cuenta. Pero hay un elemento en la política mexicana de la que carece felizmente la política estadounidense. El aspirante estadounidense a cargos altos puede ignorar a los generales. El mexicano no. La política mexicana, como la estadounidense, es el gentil arte de la eliminación. Los opositores son enviados en misión diplomática a tierras lejanas, nombrados a la Suprema Corte, elegidos al Congreso, nombrados en puestos lucrativos. México agrega refinamientos propios: concesiones bien remuneradas, exilio y muerte. Todos los exitosos presidentes mexicanos han sido expertos eliminadores. Santa Anna mantuvo ocupados a sus pelotones de fusilamiento. Díaz

compró al acomodaticio y exilió o mató al opositor. Desde 1910 una larga nómina de rivales ambiciosos ha encontrado su camino a la gloria eterna gracias a la *ley de fuga** (sic) o mediante el asesinato directo y honesto. Incluso Calles, uno de los más hábiles, consideró aconsejable (o *conveniente**, como se dijo en español) reorganizar la escena política con ejecuciones ligeramente extracurriculares y sus críticos más severos admiten que algunos de estos golpes de gracia mantuvieron el orden y la felicidad. Por desgracia, la moda se extendió entre los políticos menores. Luis Morones, jefe de trabajo en los días de Calles, tenía su equipo de tiradores de primera. Cedillo en San Luis Potosí, Zuno en Jalisco, Garrido Canabal en Tabasco y otros gobernadores han tenido ejércitos privados. Tal ha sido la maquinaria de eliminación.

Cárdenas se ha probado a la altura de los mejores. Su diferencia radica en el hecho de que sus víctimas están todas muy vivas, fuera de prisión, disfrutando la salud que la edad les conceda y con toda libertad para expresarse en palabras de su propia elección. Esto establece un récord en la política mexicana.

Era obvio para todos los observadores en 1934 que Lázaro Cárdenas, si realmente iba a gobernar, debía expulsar a ciertos hombres del escenario. Y lo ha hecho. El primero en irse fue Plutarco Elías Calles, presidente de 1924 a 1928 y virtual dictador de 1928 a 1934. Por la fuerza y por la seducción dio a México algún sentido de unidad nacional, obligó al ejército a obedecer y durante un breve período le dio al pueblo una sensación de destino nacional. Pero Calles envejeció, se enriqueció, engordó y olvidó. Su autoridad permaneció. Nombró a cuatro presidentes, Portes Gil, Ortiz Rubio,

* *Ibíd.*



Abelardo Rodríguez y Lázaro Cárdenas. Eran sus hombres. Le obedecerían. Todos entendieron menos Cárdenas.

Cuando Cárdenas asumió el cargo a fines de 1934, Calles nombró a gran parte del gabinete. Pero bastaron unas semanas para que Cárdenas alentara a los sindicatos a la huelga por mejores condiciones: Calles y sus cofrades eran parte de la cúpula empresarial y no precisamente amigos de los paros. Aceleró la repartición de la tierra: Calles y sus camaradas eran propietarios de grandes haciendas y alejados del disparate de la generosidad. Desde la tranquila Cuernavaca donde Calles vivía bajo el sol se escucharon retumbos. Para la primavera de 1935 el Congreso se dividía. Algunos se declaraban callistas; otros cardenistas. A principios de junio los *Cardenistas** (sic) publicaron un manifiesto de tono izquierdista. Luego una delegación de *Callistas** (sic) cruzó a paso veloz las montañas en dirección a Cuernavaca y a Calles, donde el caudillo les recordó lo sucedido al presidente Ortiz Rubio cuando aquel caballero retó su autoridad (se retiró por motivos de salud) y explícitamente instruyó que todo mundo se aplacara, pues podían suceder cosas no agradables. Fue una declaración de guerra y el país así lo entendió. Los desconcertados senadores volvieron de prisa a la capital, visitaron al presidente y Cárdenas explicó que ciertos elementos estaban “resentidos porque no tenían posiciones,” reflexionó sobre su “ira” y sus “intenciones perversas,” reafirmó su postura sobre el movimiento laboral y exhortó a “todos los revolucionarios” a permanecer a su lado. Durante veinticuatro horas los senadores, diputados, gobernadores, generales y funcionarios consultaron los astros y luego, con rara unanimidad, descubrieron por dónde saldría el sol y despacharon telegramas de lealtad a Cárdenas. Un ayudante llegó a

* *Ibíd.*

la casa del expresidente Calles a última hora de la tarde con un mensaje: “General, tiene un vuelo mañana a las seis de mañana” y al día siguiente Calles iba camino a San Diego, en donde, salvo por un breve interludio, ha permanecido desde entonces. Cárdenas le ha dado permiso para regresar, en la forma de una ley especial de amnistía, mas Calles prefiere el aire más sereno de California. Su enorme casa en Cuernavaca se renta a un vacacionista estadounidense, su espaciosa residencia en la ciudad de México es una casa de descanso y su hacienda Santa Bárbara* va a ser usada como estación de experimentación agrícola. Cárdenas ha sido presidente de hecho y no sólo de nombre, desde junio de 1935.

El siguiente en caer fue Garrido Canabal. Por mucho tiempo gobernador del estado tropical de Tabasco, Garrido dirigió su reino de madera-café-plátano con un gran desprecio por la ley. Fue un anticatólico violento y resolvió el asunto de la iglesia cerrando los templos. Apuntaló su mandato con su ejército privado de Camisas Rojas. Habló a los cuatro vientos sobre su programa social, pero protegió a los grandes hacendados, entre los que destacaba. Era el fascista más puro del lote. Era corrupto, arrogante, traidor, asesino y vehemente amigo del gran jefe, el general Calles. Calles colocó a Garrido en el gabinete de Cárdenas como ministro de Agricultura. Sus pocos meses en la capital, a donde llegó con su tropa de Camisas Rojas, fue un intermedio obscuro. (Los Camisas Rojas desfilaban los domingos en la mañana, derribando santuarios, destruyendo imágenes sagradas de Nuestra Señora de Guadalupe y de paso cometiendo algunos asesinatos). Finalmente, Cárdenas decretó la terminación del ejército privado de Garrido y los Camisas Rojas regresaron a Tabasco. Cuando Cárdenas rompió con Calles, Garrido

* N. del Ed. En Ixtapaluca, Estado de México.



se retiró a su estado natal. Pocos días después, una delegación de estudiantes universitarios tabasqueños voló a Tabasco para apoyar a su candidato en las elecciones estatales. Se toparon con el fuego de los Camisas Rojas y varios fueron asesinados. Garrido Canabal, al parecer, había decidido separarse de la unión y prescindir de Cárdenas. Después de algunos rípidos enfrentamientos, el presidente amablemente lo puso a la cabeza de una misión agrícola a Puerto Rico. Garrido salió por Guatemala, en donde se encontró con un telegrama del presidente Cárdenas, anunciándole que la comisión había sido disuelta y que sería más prudente que no regresara. Garrido no ha vuelto.

El siguiente liquidado fue Emilio Portes Gil. Calles lo había hecho presidente provisional en 1928. En 1934 fue nombrado jefe del Partido Nacional Revolucionario. Cuando Cárdenas rompió con Calles, Portes Gil fue con Cárdenas. Pero Cárdenas, al parecer, no lo apreciaba. Lo cercó colocándole a uno de sus colaboradores de más confianza como jefe de ayudantes. En 1936 Portes Gil descubrió que no estaba avanzando mucho y se retiró a su lucrativa práctica legal. Él y Cárdenas son muy buenos amigos ahora.

La más reciente eliminación fue la del general Saturnino Cedillo, gobernador del estado de San Luis Potosí. Cárdenas le debía mucho. Cuando la liquidación del maximato Cedillo no simpatizaba con Cárdenas, pero menos con Calles. Con su decisión empujó a muchos generales indecisos al lado de Cárdenas. Cárdenas pagó su deuda haciendo a Cedillo ministro de Agricultura, a pesar de que Cedillo se había burlado de la ley con altanería. Con un ejército privado bien entrenado y bien pertrechado conducía los asuntos de su estado a su capricho. Se había negado a cumplir la ley agraria y distribuyó poca tierra. Ignoró la ley sobre la iglesia e hizo del estado un santuario para sacerdotes y monjas. Pero Cárdenas llevó a

Cedillo a la capital y lo colmó de honores al mismo tiempo que le quitó poder. Mientras, rotó las tropas federales, de tal manera que los hombres que habían servido durante mucho tiempo a las órdenes del general Cedillo estuvieran bajo el mando de otros generales en estados distantes. Cuando todo estaba preparado, el presidente Cárdenas despidió al general Cedillo del gabinete. El general regresó a su capital norteña con la intención de rebelarse. Antes de que pudiera causar problemas, el presidente y su personal se trasladaron a San Luis Potosí y exigieron que Cedillo entregara las armas. Cedillo intentó alzarse, pero sus seguidores desertaron. Hubo un breve tiroteo. Cedillo salió a las montañas con unos pocos seguidores y lo último que se supo de él fue que estaba en fuga y sin lugar a dónde ir*. Cárdenas no hizo prisioneros políticos ni sentenció a nadie al paredón. En los anales mexicanos fue lo más parecido a una rebelión no sangrienta.

En México se escucha que otros están programados para ser eliminados. El nombre más frecuentemente mencionado es el de Vicente Lombardo Toledano, el poderoso dirigente obrero descrito algunas veces (con poco tino) como el John L. Lewis mexicano**. Algunos sostienen que Lombardo domina a Cárdenas y que está en el centro de una gran trama marxista. Otros sugieren que Cárdenas se está preparando para enviar a Lombardo río abajo con los señores Garrido Canabal, Calles y Cedillo. Señalan como evidencia del rumbo de las cosas que el presidente no permitiera que la

* N. del Ed. Cedillo murió en la sierra potosina en enero de 1939 en circunstancias no aclaradas; hubo versiones de que fue asesinado y por otra parte se aseguró que falleció en combate.

** N. del Ed. Lewis fue un legendario líder obrero estadounidense, presidente de los mineros y uno de los principales promotores de la federación del trabajo de EUA. Siguió de cerca el conflicto petrolero



Confederación de Trabajadores de México de Lombardo (la CTM) agrupara a los campesinos y que el Congreso cardenista no le confiara la tarea de organizar a los burócratas federales. Destacan que Lombardo viajó a Europa justo antes del primero de mayo, el día del gran desfile del trabajo, cuando habría brillado más. Algunos incluso sugieren que quizá Cárdenas piense que los intereses de México estarían mejor servidos si Lombardo se instala tras bambalinas. Además, otros dicen que si es esto lo que Cárdenas piensa, muchos en México estarán totalmente de acuerdo con él. Por supuesto, pueden estar equivocados. En cualquier caso, Lombardo es un hombre muy poderoso.

III

Lázaro Cárdenas llegó a su madurez cuando los jilgueros de la corriente Obregón-Calles daban encendidos discursos que comenzaban y terminaban con un *¡Viva la Revolución!*, la frase que hace milagros en oídos mexicanos leales. Los discursos no interferían con los placeres o las ganancias de los oradores. No había mejor amigo del peón sin tierra que Luis León**, pero se hizo de dinero para construir una mansión de mármol y ébano con muchas habitaciones y baños. El trabajo no tenía vocero más devoto que Luis Morones y ninguno que disfrutara más la vida. Y había muchos otros, una fantástica y resplandeciente colección de quienes blandían la espada del cambio sobre los malvados capitalistas, el Papa, los imperialistas

* En español en el original.

** Destacado callista, seguidor también de Álvaro Obregón. Fue gobernador de Chihuahua, diputado federal y secretario de Agricultura, y de Industria, Comercio y Trabajo. N del t.

y demás demonios contemporáneos. Pero la fiesta se agrió cuando Cárdenas llegó al poder. Quienes lanzaron proclamas revolucionarias estaban gordos y corruptos.

En 1934, Lázaro Cárdenas tuvo que enfrentarse al sombrío hecho de que la Revolución mexicana no había despegado del todo. Y en aquel mismo año, gracias al primer censo estadístico apropiado de la economía mexicana, tenía las cifras para medir los resultados.

La Revolución había prometido la liberación a los jornaleros asalariados. Sin embargo, a pesar de excelentes leyes que garantizan salarios mínimos de un peso o un peso con cincuenta centavos al día, los campesinos de Querétaro estaban recibiendo en 1934 un promedio de 38 centavos (alrededor de 10 centavos de dólar) y eso era, más o menos, el promedio para la nación. En términos de salarios reales, los campesinos de México estaban ganando solamente 50% más que en 1903, cuando la servidumbre negra de Díaz, y sólo 20% más que en 1891, cuando la prosperidad porfirista alcanzó su apogeo. Además, el ingreso promedio anual del agricultor individual –tanto si trabajaba a sueldo como por su cuenta– se quedó en 1934 en alrededor de 157 pesos (aproximadamente \$42.00 dólares) por año de trabajo.

La Revolución había prometido romper los grandes latifundios. Se había comenzado. Entre 1916 y 1954, unas 10,125 hectáreas (25,000,000 acres) habían sido tomadas de las haciendas y distribuidas a los pueblos comunales, los ejidos. A fines de 1934, un veinte por ciento de la población de México estaba viviendo en estas aldeas comunales, dueña de su propia tierra. Pero un 50 por ciento de la población de México era todavía asalariada agrícola. Esto, dijo Cárdenas, no está en consonancia con los propósitos de la Revolución. Los grandes terratenientes todavía florecían y su autoridad era sólo un poco menos feudal que en los días dorados de Porfirio Díaz. Las



mejores cifras disponibles, las de 1930, no cambiaron mucho para 1934; revelan que 101,250,000 hectáreas (250,000,000 acres) eran todavía de empresas privadas, de las cuales el 28 por ciento se encontraban en unidades de 1,012 hectáreas (2,500 acres) a 10,125 hectáreas (25,000 acres), mientras que el 55 por ciento de este territorio privado estaba en unidades de 10,125 hectáreas (25,000 acres) y más.

La Revolución había prometido seguridad a los trabajadores industriales, de los que hay aproximadamente medio millón en México. Sin embargo, el costo de la vida había mantenido el paso con el incremento nominal en niveles de salarios para todos excepto unos pocos favorecidos. Un estudio del costo de la vida en la ciudad de México hecho en 1934 reveló que el trabajador industrial promedio estaba gastando el 56 por ciento de sus ingresos en alimentos – comparado con el 33 por ciento en Estados Unidos en aquel año– un elocuente índice de miseria. La Revolución había prometido salud al pueblo. Pero el programa de salud pública, pobremente financiado y a menudo malogrado por una deficiente administración burocrática, con todas sus pretensiones sólo alcanzó la ciudad capital y algunas de las comunidades más importantes y estas de manera bastante inadecuada. Miles de comunidades estaban sin atención médica apropiada, saneamiento fundamental, un suministro de agua decente. La tasa de mortalidad era alta.

La Revolución había prometido escuelas para la gente. Se hicieron brillantes progresos durante los primeros años de Calles. Pero el programa de educación se retrasó; detrás de una desconcertante fachada de consignas marxistas, la educación había decaído constantemente. A pesar de las 12,000 nuevas escuelas rurales, todavía había cientos de miles de niños de la población que no podían encontrar un lugar en las aulas.

El presidente Cárdenas se propuso redimir las promesas de la Revolución quebrantadas y cumplidas imperfectamente. Los resultados de sus cuatro años en el cargo no pueden ser catalogados satisfactoriamente. No están todas las cifras. Pero algunos hechos se muestran.

En educación, la administración de Cárdenas ofrece resultados decepcionantes. Por alguna razón nunca explicada satisfactoriamente, nombró como ministro de Educación a un político inepto de Veracruz y como subsecretario (la posición educativa más importante en México) a un hombre cuyo principal interés parecen ser las proclamas estalinistas. Hay poca evidencia de que el sistema escolar mexicano hubiera avanzado en los años recientes.

En el programa de salud los resultados han sido más gratificantes. Las asignaciones para salud pública han aumentado considerablemente y se ha hecho un esfuerzo vigoroso para llevar el programa sanitario a las comunidades más remotas. Pero la tarea es grande, los líderes entrenados son pocos y el presupuesto es lamentablemente bajo.

La situación de los trabajadores industriales era la preocupación de Cárdenas. Hay cerca de medio millón de ellos: 250,000 en la manufactura, 90,000 en minería, 17,000 en petróleo, 80,000 en ferrocarriles y transporte. Cárdenas alentó la sindicalización y respaldó a las organizaciones en repetidos emplazamientos a huelga. Los trabajadores ganaron veredicto tras veredicto. Los salarios de minería, petróleo y textiles aumentaron un promedio de 60 por ciento en cuatro años. El salario mínimo diario para el Distrito Federal fue incrementado. Sin embargo, a pesar de todas estas mejoras, el trabajo industrial en 1938 se sitúa donde estaba en 1934. El aumento de los salarios ha sido anulado por el aumento del costo de vida. El incremento promedio en el costo de la canasta básica del



mexicano ha sido del 61.75%. Los trabajadores mejor organizados han obtenido ganancias salariales que en promedio son del 60%. Los trabajadores escasamente organizados, no experimentados, han tenido ganancias menores y consecuentemente mayores pérdidas en el poder adquisitivo. El verano de 1938 vio a Cárdenas revisar sus esfuerzos para mejorar la suerte del trabajador industrial.

Volviendo al campesino, Cárdenas pensó resolver el problema al hacer que cada campesino mexicano contara con su propia tierra, para acelerar la reconstitución de los pueblos comunales, los *ejidos**, para dar a los campesinos la oportunidad de trabajar en su propia salvación económica. Cuando tomó el cargo, se habían asignado 10,125,000 hectáreas (25 millones de acres) a los *ejidos* y el 30 por ciento de la gente era dueña de la tierra que trabajaba. Cuatro años más tarde, en la primavera de 1938, esta área se había más que duplicado. Más de 20,250,000 hectáreas (cincuenta millones de acres) fueron ocupadas por las aldeas comunales y aproximadamente cuarenta por ciento de la gente de México era dueña de la tierra que trabajaba. A pesar de estas mejoras, el cuarenta por ciento del pueblo mexicano aún recibe salarios de hambre y trabaja la tierra de otros. A medida que dice lo que queda por hacer, es claro que Cárdenas no ofrece ninguna tregua a los dueños de grandes haciendas –mexicanos o estadounidenses– hasta que cada campesino en México tenga los pies en una parcela propia para mantenerse y trabajar. Sus posibilidades de éxito dependen, al interior, de los generales y políticos, y en el exterior de las oficinas extranjeras.

El programa agrario de Lázaro Cárdenas un gesto valiente contemporáneo, pero el modelo económico de seis millones de personas no puede ser modificado en un día. Ha habido obstáculos. Los

* En español en el original.

nuevos campesinos ejidales eran poco experimentados e impreparados para la responsabilidad. El intento de dar crédito gubernamental para comprar maquinaria, equipo, ganado y semilla ha estado más allá del alcance del exiguo tesoro de la nación. La burocracia apresuradamente improvisada para operar el sistema ejidal ha sido un cuerpo torpe, aunque en general bien intencionado. La corrupción ha prevalecido en el manejo del trabajo agrario. El veredicto sobre el proyecto agrario de Cárdenas debe esperar. En este momento es “la sustancia de las cosas esperadas, la evidencia de cosas no vistas”.

IV

El proceso del presidente Cárdenas con el agrarismo y los obreros lo llevó a una conclusión precipitada que tarde o temprano chocaría con las compañías petroleras británicas y estadounidenses que controlaban la mayor parte de la producción de petróleo en México. El petróleo ha sido durante mucho tiempo un tema candente en México. Las disputas entre el gobierno mexicano y las compañías petroleras estadounidenses casi condujeron a la intervención armada estadounidense en 1927, una calamidad evitada por los oficios diplomáticos del señor Dwight Morrow. La controversia actual llegó al clímax el 18 de marzo de 1938, cuando el presidente Cárdenas firmó la ley mediante la cual las propiedades de diecisiete empresas estadounidenses y británicas fueron expropiadas por la nación mexicana. Por este acto Cárdenas es elogiado como el salvador del pueblo mexicano y condenado por una actuación prepotente e irresponsable.

La explicación se debe buscar en tres direcciones. Primero, existe la convicción obstinada en las mentes mexicanas de que todo bajo la tierra pertenece a la nación. Esta convicción tiene fuertes raíces. Se remonta al rey Carlos III de España, quien en 1783 ordenó



“Las Minas son propiedad de mi Corona Real” incluyendo “todos los bituminosos jugos de la tierra.” Este principio fue escrito en la primera constitución mexicana. Benito Juárez lo reescribió en la Constitución de 1857. Carranza lo incorporó a la Constitución de 1917. De cierto, Porfirio Díaz buscó nulificar la Constitución con sus tres leyes de minería de 1884, 1892 y 1910 en virtud de las cuales el derecho al subsuelo quedaba adherido al poseedor de la superficie; pero ningún mexicano patriota concederá validez a aquellas leyes del dictador.

En segundo lugar, existe el cuerpo creciente de leyes para la protección de los trabajadores industriales. Esto se deriva del artículo 123 de la Constitución de 1917 y confiere derechos fundamentales en el trabajo organizado. Bajo su funcionamiento, el Departamento del Trabajo mexicano puede aumentar los salarios e imponer normas para la gestión que asustarían aun a la Confederación de Organizaciones Industriales*.

En tercer lugar, está el largo antecedente de la teoría mexicana de la expropiación. Esta, a su vez, tiene sus raíces en la historia. Refleja la diferencia fundamental de concepción entre la ley latina y la anglosajona en cuanto a lo absoluto de los derechos de propiedad. Esta concepción mexicana se hizo más explícita en la ley de expropiación de 1936 que faculta al ejecutivo mexicano a requisar cualquier propiedad necesaria por causa de *utilidad social*** . La ley incluye “elementos susceptibles de ser explotados, la distribución equitativa de la riqueza acaparada o monopolizada para el beneficio exclusivo de una o varias personas, la creación de, estímulo a, o conservación de una empresa para el beneficio de la comunidad.” Esta

* La organización de John L. Lewis, CIO por sus siglas en inglés. N del t.

** En español en el original.

ley establece que la propiedad así tomada será pagada con base en la valoración estimada y en un plazo de diez años.

Cárdenas y sus amigos sostienen que México se ha conducido correctamente dentro de los límites de la Constitución, del Código del Trabajo y la Ley de Expropiación y citan las etapas que los llevaron a aplicar esta última.

La primera fue la huelga de los 17,000 trabajadores petroleros en mayo de 1937. La industria fue paralizada. En el mes siguiente las bases dieron su consentimiento para reanudar el trabajo con la condición de que la Junta del Trabajo (la Comisión de Conciliación y Arbitraje) llevara a cabo una “investigación económica” de las empresas, para determinar su capacidad de pago y determinar si las demandas de los trabajadores eran exorbitantes. Este era el procedimiento prescrito por la ley.

La Junta del Trabajo rindió su informe en agosto de 1937. Se afirma que por unidad de producción las empresas tenían costos mucho más bajos en México que en los Estados Unidos, que la inversión requerida fue más baja, lo mismo que los impuestos, rentas y regalías. Se consigna que los salarios nominales de los trabajadores del petróleo en México eran apenas el 30.8 por ciento de los pagados en Estados Unidos y que si bien los salarios reales de los trabajadores del petróleo en Estados Unidos se habían incrementado 8.75 por ciento entre 1934 y 1937, los salarios mexicanos correspondientes habían disminuido casi el 23 por ciento. Además, el informe afirma que las compañías petroleras en Estados Unidos habían promediado una ganancia de 1.44 por ciento en 1935, mientras que las compañías petroleras en México habían alcanzado ese año el 17.82 por ciento. Con base en estos hallazgos, la Junta del Trabajo otorgó a los trabajadores aumentos salariales y prestaciones sociales por un total de 26 millones 329 mil 593 pesos.



Las empresas denunciaron el informe como “claramente predispuesto y desproporcionado.” Negaron la exactitud de las cifras y aportaron datos propios que mostraban un beneficio para 1935 del 7.5 por ciento en lugar del 17.82 por ciento manifestado por la Junta. Argumentaron que los apartados administrativos del laudo daban a los sindicatos un espacio indebido en la gestión gerencial. Afirmaron que costaría a las empresas no 26 millones, sino por lo menos 41 millones de pesos. Acordaron un aumento de 21,000,000 de pesos y se mantuvieron firmes. Llevaron las pruebas a los tribunales de distrito y a la Suprema Corte y perdieron en cada juicio. La Junta del Trabajo estableció el 8 de marzo como la fecha final para su cumplimiento. La fecha llegó y las empresas no cedieron. Cárdenas dio a los funcionarios petroleros diez días para cumplir. Gradualmente elevaron su oferta de compromiso, pero con la condición de que se aligeraran las onerosas características administrativas de la sentencia.

El 18 de marzo se redactó y firmó la ley de expropiación. En el último minuto las empresas decidieron cumplir con los términos de la sentencia, pero Cárdenas declaró que era demasiado tarde. Al día siguiente fueron despojadas de sus fábricas y oficinas, y México fue propietario de su industria petrolera.

Todavía es imposible decir con seguridad si las cifras de la Junta de Trabajo eran justas y adecuadas o si las cifras de las empresas eran más exactas. Cada parte defendía su causa y no hay arbitraje que haya verificado los hechos. Tampoco nadie puede decir lo que las propiedades incautadas valen: las estimaciones varían desde unos cientos de millones de dólares a mil quinientos millones, con el interés británico aproximadamente del 60 por ciento y el estadounidense del 40 por ciento. Tampoco nadie puede decir si México puede y pagará. Cárdenas quiere pagar, estoy convencido, pero no

será así a menos que reciba la cooperación de los británicos y estadounidenses. Ha propuesto que las empresas acepten el 60 por ciento del petróleo exportado como abono a la deuda, mas parece que no hay disposición de aceptar esa propuesta. La situación está en un punto muerto.

Hay imponderables en la situación mexicana del petróleo que son factibles de considerarse y pueden ser tan necesarios para el entendimiento de la acción de México como lo son las cifras en los libros de contabilidad.

En primer lugar, se debe asentar la naturaleza de la relación de los empresarios petroleros con la dirigencia laboral mexicana. Los trabajadores organizados de México presentan todas las peculiaridades comunes a los movimientos obreros de todo el mundo, particularmente las nuevas corrientes de lucha. Los líderes obreros mexicanos han cobrado fuertes cuotas no sólo a los patrones sino a los trabajadores. La industria ha sido sabotada. Los trabajadores se han unido para limitar su producción con el fin de forzar más contrataciones. Enumérense todos los pecados de los sindicatos de construcción en Chicago y Nueva York, tal vez multiplíquense, y se tendrá una idea de las dificultades a las que se enfrentan los petroleros.

En segundo lugar, está la experiencia acumulada del trabajador petrolero mexicano. La industria comenzó a desarrollarse en 1900 bajo el gobierno de Díaz. Las reservas en Tampico, Veracruz y Tehuantepec fueron campamentos armados. Los trabajadores eran reclutados como esclavos y se pagaban salarios de esclavos. Las condiciones de vida eran abominables. La vida valía poco. Los seres humanos fueron explotados y desechados. En esos campos no había otra ley que la de la empresa. Cuando los gerentes eran humanos e inteligentes hubo algún progreso. Cuando eran estúpidos y arrogan-



tes, el trabajador no tuvo más opción que aceptar su difícil condición. Cuando enfermaba recibía poca o ninguna atención médica. Si moría, su familia tenía que pedir limosna. Si se enfrentaba al capataz podía ser expulsado del campo o ser asesinado.

Todo esto subyace en los antecedentes de la situación actual. Luego vinieron los sindicatos y los líderes sindicales. Muchos eran deshonestos, muchos se vendían, pero gradualmente los trabajadores petroleros se dieron cuenta de su poder. Han usado ese poder y abusado de él. Han estado cobrando una cuenta pendiente durante muchos años.

En tercer lugar, Cárdenas enfrentaba intereses corporativos que intentaron desafiar la ley mexicana. Este es el hecho y él lo sostiene. Pero atrás había otros factores. Entre los más importantes está la actitud de británicos y estadounidenses hacia todo lo mexicano. La colonia estadounidense en la Ciudad de México es un lindo y pequeño pueblo de unos pocos miles en el corazón de una ciudad mexicana de más de un millón de habitantes. Está habitado por personas muy agradables que juegan golf y bridge, que tienen clubes para sus mujeres, liga Junior, club de golf, club estadounidense, escuela estadounidense, iglesia estadounidense. Este pequeño pueblo estadounidense está tan aislado de México como si estuviera envuelto en celofán. El último lugar en el mundo para saber algo acerca de México es la colonia estadounidense.

La actitud de estos residentes estadounidenses en México es clara: piensan que los mexicanos son gente inferior. Los mexicanos les son muy simpáticos cuando son sirvientes o peones, pero si se trata de tomar en serio a México, ese es otro asunto.

En sus tratos con México los negocios estadounidenses tienen su propia fórmula: la justicia mexicana se puede comprar. Siempre

hay una manera de darle la vuelta a la justicia mexicana. La fórmula ha funcionado a menudo. Sin embargo, los estadounidenses que generalizan sobre México han estado tanto tiempo tan lejos de Chicago y la ciudad de Jersey que han olvidado cómo se hacen las cosas algunas veces en casa*.

Cuando surgió otra vez el problema del petróleo en 1937, estos estadounidenses dijeron: “una fanfarronada mexicana más. Como siempre, nos vamos a zafar mediante sobornos.” Pero Lázaro Cárdenas no estaba a la venta. Ellos lo saben ahora. Uno no se puede sentar y hablar con Cárdenas por un par de horas sin darse cuenta de que es un hombre que ha tratado con hombres. Él sabe exactamente lo que los estadounidenses en México piensan acerca de él y de su gente. Este conocimiento debió haber influido en su decisión el 18 de marzo de 1938. Enfrentó el desprecio y la burla con la acción. Sea que su proceder fuera sabio o justo o que actuara pensando en el bienestar económico de México, será comprobado por el tiempo. Pero estaba contraatacando a un mundo que ha ofendido el sentido de la dignidad de México. Y el pueblo de México aplaudió a Lázaro Cárdenas porque devolvió el golpe. Los aplausos no le proporcionan atenuantes a Cárdenas, si los necesitara, pero explican muchas cosas acerca de México y Cárdenas.

V

Cárdenas debe tratar con un mundo exterior que no conoce. Nunca ha cruzado la frontera de México. Sólo habla español. Tiene pocos amigos además de los mexicanos. No ha tenido ninguna escolaridad, salvo su propia lectura. Su conocimiento de otros pueblos la ha

* Herring se refiere a las mafias, al crimen organizado y a los casinos. Cuando publicó su artículo, el lector medio hubiera entendido de inmediato la alusión. N del t.



obtenido de la observación de la manera de ser de los estadounidenses, ingleses y alemanes en México. El conocimiento así adquirido no siempre se ha conjuntado para aumentar su respeto por el extranjero. Cuando tenía veintidós años guerrea en la zona petrolera contra las tropas de Peláez, un rebelde financiado con dinero del petróleo estadounidense y británico. Si desconfía de otras naciones, si está preocupado por los asuntos nacionales, puede ser explicado por su formación y experiencia.

Después de que Cárdenas firmó la ley de expropiación del petróleo el 18 de marzo de 1938, las compañías petroleras británicas y estadounidenses se apresuraron a conseguir el apoyo de sus respectivos ministerios del exterior. Washington formuló una protesta débil. Los funcionarios del Departamento de Estado estaban paralizados por los compromisos benignos del régimen. Durante seis años habían sido evangelizados por la prédica de la *políticadel buenvecino*. No podían dirigirse a México con aspereza por temor a lo que los veinte buenos vecinos al sur del Río Bravo pudieran decir y pensar. Pero cuando una nación vecina se lleva cien o doscientos millones de dólares de propiedad estadounidense, nuestro ministerio de relaciones exteriores debe hablar. Así que el Departamento de Estado, después de sesiones de oración y ayuno, endilgó varios sermones morales a Cárdenas. Dejó perfectamente claro a Cárdenas que Estados Unidos reconocía el derecho de México a expropiar cualquier cosa dentro de sus fronteras, a condición de que se hiciera un pago justo y pronto.

La respuesta de Cárdenas tuvo el tono diplomático preciso. Dio las gracias a Roosevelt por su “ratificación de la soberanía de los pueblos de este continente” y aseguró a Washington que “por esta actitud... su pueblo se ha ganado la estima de la gente de México.” Prometió “ que México sabrá honrar sus obligaciones de hoy y sus

obligaciones de ayer.” Cordell Hull* se declaró “gratificado” por la respuesta de Cárdenas.

El intercambio de cortesías continuó. León García, líder del bloque mayoritario en el Congreso mexicano, telegrafió al presidente Roosevelt que “la democracia mundial ha encontrado en nuestro presidente Cárdenas y en usted mismo a sus dos representantes más vigorosos.” ¿Que menos podía hacer Roosevelt que devolver un mensaje de cálido agradecimiento? Y si se recuerda que García ocupa una posición en el Congreso mexicano más o menos comparable a la del “Querido Alben” Barkley en el Congreso [en Washington]**, se podría suponer que el presidente Cárdenas no podía dejar de estar al tanto del gesto espontáneo de su congresista. Tales cosas suceden, incluso en Washington.

En una atmósfera de tan maravillosa amistad habría sido impensable que alguien sacara una pistola. Así que Washington no sacó las armas, aunque quizás a Hull le habría gustado apuntar alguna, moral o económica, contra una nación que ha transgredido el “orden internacional.” El señor Hull fue disuadido por el argumento de en qué exactamente beneficiará a Estados Unidos la destitución de Cárdenas. Ese fue el predicamento de Hull. No había absolutamente nada que hacer al respecto, excepto lanzar sermones morales. Así que Cárdenas ganó la primera vuelta.

No hubo tan felices amabilidades con Gran Bretaña. El intercambio de notas entre Londres y México fue ácido. Los británicos, quizá aliviados por el escape momentáneo del “realismo” y del “apa-

* Secretario de Estado de los Estados Unidos. N del t.

** Herring se mofa sutilmente de Barkley por su fama de legislador obsequioso con el presidente Roosevelt. N del t.



ciguamento” en otras latitudes*, notificó a México que se reservaba “plenos derechos” con respecto a los intereses británicos en la compañía El Águila. A lo que Cárdenas respondió que la Compañía El Águila (Royal Dutch Shell), no importa quienes fueran sus accionistas, “es una empresa mexicana y consecuentemente la protección de sus intereses no concierne –sea en el ámbito de las actividades nacionales del Estado mexicano o en el plano de acción internacional– a ningún otro Estado.” Los británicos insistieron en que el derecho internacional limita el derecho de expropiación. Los mexicanos respondieron que el derecho internacional le da poder a un Estado soberano para requisar lo que sea necesario para el interés público mediante el pago de una indemnización adecuada, pero que la decisión en cuanto a qué “constituye el interés público es un asunto discrecional de cada Estado, con un alcance tan amplio como las circunstancias sociales y otras puedan requerir en cada caso.” Entonces México planteó la pregunta de por qué la compañía de propiedad inglesa El Águila no había presentado sus demandas como estipula la legislación mexicana. Entonces Gran Bretaña intentó un ataque lateral y envió una nota perentoria exigiendo el pago inmediato de un abono vencido de ochenta mil dólares de una antigua deuda. México pagó el dinero y regresó otra nota que cerraba con el infausto recordatorio de que “incluso algunos estados poderosos, poseedores de abundantes recursos, no se pueden enorgullecer del pago puntual de sus obligaciones financieras.” Se rumora que Cárdenas disfrutó la frase y Gran Bretaña no. El 13 de mayo, Cárdenas, enfadado por la acusación británica de que la acción

* Nuevamente la ironía que en aquel año habría provocado sonrisas a los lectores: se refiere a los esfuerzos de Chamberlain para apaciguar a Hitler entregándole los Sudetes primero y todo Checoslovaquia después. N del t.

mexicana había sido trazada “bajo un velo de legalidad construido con base en cuestiones laborales” y por lo que consideraba un ataque a la soberanía mexicana que entrañaba actitudes “tan poco amigables,” retiró al ministro mexicano de Londres. El 14 de mayo el ministro británico en México fue retirado.

Mientras tanto, Washington estaba cada vez más incómodo con México. Los estadounidenses cuyos intereses habían sido afectados asediaban al Departamento de Estado. El 21 de julio Hull llevó a cabo un ataque lateral no muy diferente al de Gran Bretaña. Su nota a México no dijo ni una palabra acerca del petróleo, pero sugirió que el asunto del pago a varios cientos de propietarios estadounidenses de pequeñas propiedades agrícolas expropiadas desde 1915, se debía presentar en el arbitraje internacional.

El secretario Hull asentó el dictado de que “la requisición de propiedad sin compensación no es expropiación. Es confiscación.” Concedió el derecho de un Estado soberano a requisar propiedades para uso social; hizo notar que Estados Unidos, empeñado en un amplio programa de mejoramiento social, está constantemente expropiando propiedades de extranjeros y nacionales, pero “en cada caso, el gobierno de Estados Unidos ha observado escrupulosamente el principio universalmente reconocido de la indemnización para reembolsar prontamente en efectivo a los dueños de las propiedades expropiadas.”

La nota de Hull fue recibida con consternación en México. La opinión pública resumió así el argumento de Washington: “nosotros podemos pagar, por consiguiente, podemos tener un programa social. México no puede pagar, por consiguiente, México no puede tener tal programa.” Algunos temían que la respuesta de Cárdenas sería de tal tenor que enredaría aún más las relaciones entre los dos países. Sin embargo, la respuesta de México del 3 de agosto eliminó



estos temores. No reveló el resentimiento que había en general en México y que, se puede concluir, era compartido Cárdenas. Planteó el asunto como uno “entre la consecución de la justicia y la edificación de un pueblo y... los intereses puramente pecuniarios de ciertos individuos.” Sugirió que si Estados Unidos hubiera sido incapaz de satisfacer los gastos de su programa social prontamente, no por ello lo habría proseguido con menos entusiasmo. En esta nota México admitía la responsabilidad del pago de todas las tierras expropiadas, pero sostuvo que “el tiempo y la manera de tal pago deben ser determinados por sus propias leyes.” Señaló las dificultades bajo las cuales México trabajaba para llegar a una decisión justa en cuanto a la validez y valor de tales títulos, insistió en que Estados Unidos no tenía derecho a exigir el pago de reclamaciones por nacionales estadounidenses en tanto que estadounidenses y mexicanos reciben trato igualitario. Argumentó que ningún sometimiento a arbitraje era necesario, ya que México admitió libremente su responsabilidad e insistió en que la única cuestión era la de llegar a una valoración justa de las tierras expropiadas, ya que el método de pago debe ser resuelto en el marco de la ley mexicana. Con el fin de demostrar la buena fe de México, Cárdenas propuso que México y Estados Unidos nombrara cada uno un representante, quienes determinarían conjuntamente la valuación de tales tierras y formularían un plan para cumplir los pagos acordados.

VI

Estados Unidos tiene más que un interés pasajero en Cárdenas de México. Nos importa mucho en qué dirección van México y las otras diecinueve naciones de América Latina. Informes inquietantes, ta-

les como los presentados recientemente en *Harper's* por Carleton Beals nos recuerdan que América del Sur está siendo pretendida por los poderes fascistas. Los alemanes y los italianos están haciendo su juego en Brasil, en Perú y en diversas naciones. Las dictaduras prosperan. El hemisferio occidental puede estar dividido en cuanto al rumbo de las actuales herejías europeas. En tiempos marcados por tales apostasías, Lázaro Cárdenas es un hombre que debe ser apreciado por un Estados Unidos que espera sensatamente un triunfo de la democracia en este continente.

Pero es un equilibrio delicado que Cárdenas debe conservar. Los gobiernos de México pueden ser fácilmente derrocados; la situación financiera es desesperada. El presupuesto actual normal de alrededor de \$80 millones es insuficiente. La política petrolera va a cortar una rebanada del mismo. La cuenta del gobierno en el Banco de México está sobregirada por más de ciento cincuenta millones de pesos. Se oye la amenaza de dinero fiduciario. El comercio está inactivo y puede bajar más. Las exportaciones se han reducido. Si continúa esta tendencia, si los precios suben más, si los salarios no se incrementan, habría una situación que alentaría el descontento y precipitaría la revolución.

Estados Unidos es la principal amenaza a la estabilidad del régimen de Cárdenas. Y Estados Unidos —oficialmente por lo menos— está sumamente disgustado con Cárdenas. Estados Unidos podría desbancar a Cárdenas según el camino que tomen las cosas, que podría ser de revueltas, acorralar a México con los pagos por el petróleo y la tierra, seguido por medidas coercitivas, boicots económicos, ahuyentar el turismo (que ya están haciendo algunas compañías petroleras), la cancelación de la franquicia de cien dólares para viajeros que regresan (a EUA), la revocación de nuestra política de



(compra de) plata*. Es posible romper relaciones diplomáticas. Esa medida sería una clara invitación para que en México un nuevo actor o grupo desbarrancara a Lázaro Cárdenas.

Y entonces, ¿qué obtendría México? Y ¿qué obtendría Estados Unidos? Aquí hay tres suposiciones:

Hay fascismo en México, no arraigado principalmente en alemanes e italianos, sino en la alianza potencial entre la industria reaccionaria y camarillas militares ambiciosas. Ellos podrían tejer un patrón fascista propio. A algunos de ellos, se rumora, les gustaría intentarlo.

En segundo lugar, hay una masa sustancial de izquierdismo doctrinario en México, con un bastión en el movimiento obrero. Tiene unos cuantos dirigentes poderosos a quienes les gusta el discurso de Stalin y podrían buscar mayor oportunidad de aplicarlo en México.

En tercer lugar, hay una amplia variedad de envidias y celos entre grupos. Hay aspirantes a caudillos en los distintos estados. Ellos incrementan el desorden. Dejar que el gobierno central fracase y México podría ser condenado a años de conflicto interno. Sucedió después de 1910; podría suceder otra vez.

Y entonces ¿qué obtendríamos? ¿Nuestras tierras? ¿Nuestros pozos de petróleo? ¿El feliz sueño de un México sereno y respetuo-

* El Departamento del Tesoro compraba la plata mexicana a precio por encima del mercado como una manera de contribuir a la estabilidad del país, cuyas arcas estaban prácticamente agotadas. Al interior del gobierno de Washington, Hull encabezaba la idea de suspender esas compras como represalia por la expropiación mientras que Morgenthau, secretario del Tesoro, sostenía que un alzamiento al sur de la frontera sería infinitamente más costoso. N del t.

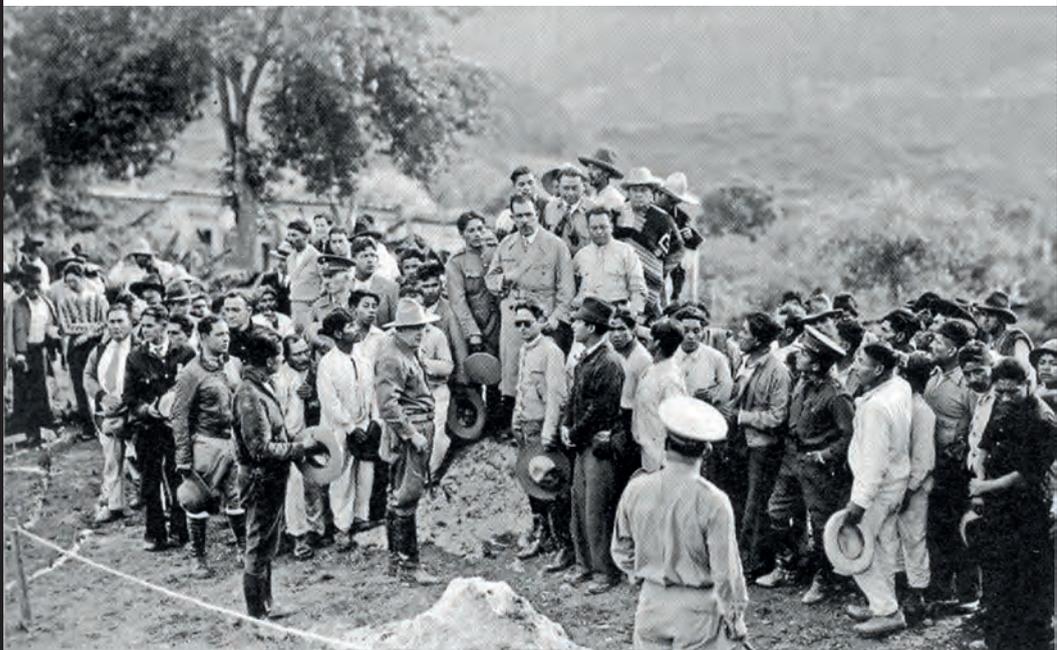
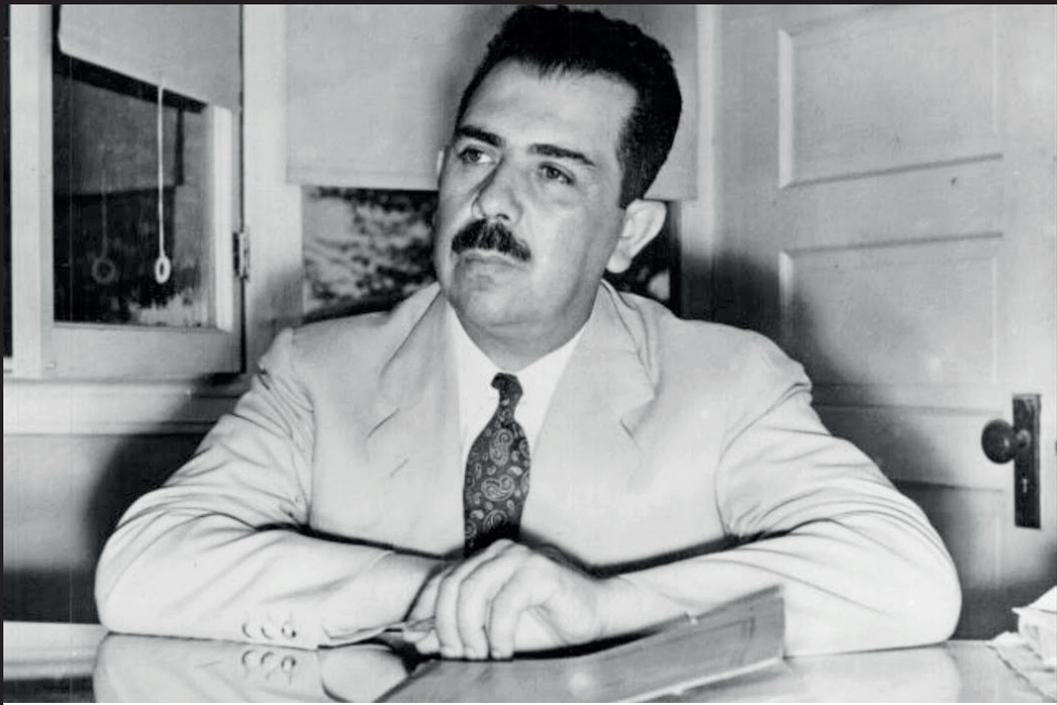
so de la ley en donde se sabe que cada dólar estadounidense es sagrado? Quienes conocen México no tienen duda en cuanto a la respuesta.

Un México fascista, un México comunista, un México desgarrado por la guerra no producirá ninguna de estas imágenes bendecidas. No importa quién gane en México, será la victoria del nacionalismo creciente y el nacionalismo no paga facturas.

Así que Cárdenas ofrece una opción difícil a Roosevelt y Hull. Lo pueden aceptar, lo pueden querer y cooperar con él de tal manera que su régimen pueda florecer. Entonces podríamos tener un vecino democrático.

O lo pueden regañar, lo pueden acosar y tal vez acabar con él. Y entonces quizás México tendrá otra clase de presidente, no tan democrático.

En cualquier caso, Estados Unidos no cosechará. Así que quizá el mejor camino es aceptar al presidente Cárdenas, a pesar de sus ideas informales en economía. Podría ser incluso que el secretario Hull aceptara suspender los sermones morales. No consiguen nada y son agotadores, ya sea en inglés o en español.



Nº 0011705

NIN *Francisco Silla*.....

contribuyó con la cantidad de \$0.05 (CINCO CENTAVOS) al pago de la deuda del Petróleo para consolidar la Independencia económica de México.

Todo sacrificio por la Patria es pequeño.

Toluca, Méx., a 25 de *Abril*..... de 1938.

El Gobernador Constitucional del Estado de México,
WENCESLAO LABRA

NOTA:—Este comprobante será canjeado, oportunamente, por bonos de la Redención Nacional.

EL BLOQUE DE DIPUTADOS RESPALDA AL EJECUTIVO



El bloque de diputados respalda al ejecutivo. En la foto superior se ven a los señores Labra y Silla. En la inferior se ven a los señores Labra y Silla. En la inferior se ven a los señores Labra y Silla.

CENTENARIO DE LA IMPRENTA

CONTINGENTE DE LA C.R.O.M.

REALIZACION COORDINADA DE LA CAMPAÑA CONTRA EL RUIDO QUE TANTAS MOLESTIAS CAUSA

REUNION DE LOS CONSTITUYENTES

EL IMPUESTO Y CREDITOS

Organización de la Imprenta...
El Centenario de la Imprenta...

Participación del Contingente de la C.R.O.M. en la Formación del Nuevo Organismo...
DECLARACIONES

Importantes Resoluciones Adoptadas en su Sesión de ayer el Comité Directivo de ella.—Se Expedieron Resoluciones y se Tendrá a Efecto la Reorganización...
REGLAMENTO INTERNO

La Reunión de los Constituyentes...
El programa de la Reunión...

El Impuesto y Creditos...
El programa de la Reunión...

MONUMENTO A LA MEMORIA DE LA REVOLUCION



EL UNIVERSAL

EL GRAN DIARIO DE MEXICO



AÑO XXXII-TOMO LXXXV

México, D. F., sábado 19 de marzo de 1954

LIC. MIGUEL LANZ DURÉ

MEXICO, D. F., SABADO 19 DE MARZO DE 1954

JOSE GÓMEZ UGARTE

NUMERO 1

EXPROPIACION DE LA INDUSTRIA PETROLERA

Se Dieron Ayer por Terminados los Contratos de Trabajo

Ordenes Para que a las Cero Horas un Minuto se Suspendieran las Actividades en Todos los Campos Petroleros

RESOLUCION DE LA JUNTA

Lo que debieron pagar las Compañías beneficiarias, a través de los que fue el monto de sus responsabilidades.

LO QUE OFRECIERON LAS COMPANIAS

La Comisión Ejecutiva de Expropiación de la Industria Petrolera, en la sesión que se celebró ayer, resolvió que las Compañías beneficiarias de la expropiación, a saber: Standard Oil of Mexico, Gulf Oil, Esso, Shell, Texaco, y otras, pagaran a los trabajadores petroleros el monto de sus responsabilidades, a través de los que fue el monto de sus responsabilidades.

MENSAJE AL GRAL. CARDENAS

Dicen los Obreros que hacen responsables a las empresas de los perjuicios que ocasiona la paralización. La manifestación del día 23.

Ante la nueva situación que sobreviene, el Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana, a través de sus representantes, ha expresado su solidaridad con los trabajadores petroleros que se encuentran paralizados por la expropiación de la industria petrolera.

EL BANCO DE MEXICO

Del Banco de México, S. A. recibimos el siguiente informe: "El Banco de México, S. A., ha determinado mantener por un breve periodo un impuesto de reserva y reserva de una, dígase, y divina categoría, material, sin que esto, en absoluto, signifique un aumento de la paralización de los cambios, habiendo que manifestar que no se promete como la programación oportuna."

EL GENERAL CARDENAS HABLA A LA NACION

Situación que por Decoro de México Podía Prolongarse por más Tiempo La rebeldía de las Compañías

Demanda el Ejecutivo el apoyo moral y material de toda la República al fin de afrontar las consecuencias de una determinación que no hubiera desdado ni buscado

Independencia Económica

El señor Generalísimo, Sr. Emilio Carrón, dijo ayer en un discurso que la independencia económica es el fundamento de la soberanía de un país y que México debe luchar por ella.

A ULTIMA HORA

Decreto de expropiación de las Cia. Petroleras

El presidente de México, Sr. Miguel Alemán Valdés, promulgó ayer el decreto de expropiación de las compañías petroleras.

Respaldo al Gobierno y a la Clase Trabajadora

La expropiación de la industria petrolera es un acto de justicia y de independencia económica que cuenta con el respaldo de la clase trabajadora.

Disminución de Carros por Falta de Energía

Se planea tener un día a la semana sin tráfico por falta de energía eléctrica.

Creación del Parque Nacional de Piedra

Se declara zona de reserva natural el área que rodea a la ciudad de Piedra.

MENSAJE DEL PRESIDENTE

México, D. F., 19 de marzo de 1954. Señores: El día de hoy, 19 de marzo de 1954, he firmado el decreto de expropiación de la industria petrolera. Este acto es un hito en la historia de México, ya que nos permite tomar el control de nuestra propia energía y asegurar nuestra independencia económica.

Creación del Parque Nacional de Piedra

Se declara zona de reserva natural el área que rodea a la ciudad de Piedra.

Respaldo al Gobierno y a la Clase Trabajadora

La expropiación de la industria petrolera es un acto de justicia y de independencia económica que cuenta con el respaldo de la clase trabajadora.

Disminución de Carros por Falta de Energía

Se planea tener un día a la semana sin tráfico por falta de energía eléctrica.

Creación del Parque Nacional de Piedra

Se declara zona de reserva natural el área que rodea a la ciudad de Piedra.

Respaldo al Gobierno y a la Clase Trabajadora

La expropiación de la industria petrolera es un acto de justicia y de independencia económica que cuenta con el respaldo de la clase trabajadora.

Disminución de Carros por Falta de Energía

Se planea tener un día a la semana sin tráfico por falta de energía eléctrica.

Respaldo al Gobierno y a la Clase Trabajadora

La expropiación de la industria petrolera es un acto de justicia y de independencia económica que cuenta con el respaldo de la clase trabajadora.

Disminución de Carros por Falta de Energía

Se planea tener un día a la semana sin tráfico por falta de energía eléctrica.

Respaldo al Gobierno y a la Clase Trabajadora

La expropiación de la industria petrolera es un acto de justicia y de independencia económica que cuenta con el respaldo de la clase trabajadora.

Lázaro Cárdenas*

Frank Tannenbaum†

En este artículo el autor describe inicialmente algunas anécdotas que retratan la relación de respeto y atención que Lázaro Cárdenas le prodigaba a la gente del pueblo, de tal autenticidad que escenas como las que narra, en las que el Presidente daba ayuda a las personas más necesitadas, se repitieron una y otra vez durante su mandato. Las cuenta porque son infaltables en una descripción del gobierno de Cárdenas. Se ocupa, también, de otros tres temas relevantes del cardenismo: la reforma agraria, la expropiación petrolera y su gran esfuerzo por enseñar al pueblo de México que el presidente puede, y debe, retirarse. Esta última faceta, dejar la vida pública, es sumamente importante en la actuación política de Lázaro Cárdenas porque su popularidad no disminuyó al concluir su mandato, pero sabía que no recurrir a ella para hacer política era una forma de contribuir a la paz y estabilidad de México.

* Este artículo fue publicado originalmente por El Colegio de México, en la revista *Historia Mexicana*, vol. 10, No. 2, en el Cincuentenario de la Revolución, octubre-diciembre de 1960, pp. 332-341 y se reimprimió, con autorización del editor, en el no. 11 de la *Revista Mexicana de Cultura Política*, de donde lo recuperé.

† Tannenbaum nació en Austria en 1893 y emigró a Estados Unidos en 1905. Murió en Nueva York en 1969. Fue un activista por las causas obreras desde la organización “Trabajadores industriales del mundo” (IWW por sus siglas en inglés) y en la Federación estadounidense de trabajadores. Por su militancia pasó tiempo en prisión. Estudió en la Universidad de Columbia y en la Brookings Institution. Colaboró en el periódico radical *The Masses* (en donde también escribía John Reed) A partir de 1922 comenzó a viajar a México. Recorrió el país de Sonora a Yucatán y conoció a la clase política. Escribió una serie de libros sobre los problemas sociales de Estados Unidos, México y América Latina y durante más de 30 años fue amigo de Lázaro Cárdenas. En 1944 fundó la cátedra “Seminario latinoamericano” en la Universidad de Columbia, entre cuyos alumnos estuvieron Daniel Cosío Villegas, Germán Arciniegas, Mariano Picón-Salas, Arturo Uslar Pietri, José Luis Romero, Eduardo Santos, Gilberto Freyre y Luis Alberto Sánchez.



No es posible escribir en esta época una apreciación completamente objetiva y definitiva acerca del papel que Cárdenas ha desempeñado en México. Para un amigo, resulta difícil el intento. El General Cárdenas no gusta de la lisonja. “No es bueno para las figuras políticas que las alaben”, dijo una vez, siendo todavía presidente; y no ha dejado de ser figura política a pesar de su deseo de evitar la política después que dejó su cargo.

En una ocasión afirmaba: El pueblo debe aprender que el presidente de México puede retirarse. –¿Cómo? –Iré a Jiquilpan y pondré un policía para que meta en la cárcel a todos los amigos que vayan a verme. –¿También a mí me mandará a la cárcel si voy a visitarlo a usted?

–Sí, a menos que usted me prometa hablar de los indios del Perú, y no de cuestiones mexicanas.

Este deseo de esquivar la política tras haber concluido su mandato ha sido difícil de satisfacer. ¿Por qué viaja usted tanto, en vez de estarse en su casa de México, DF? –Porque mi casa se llenará de políticos, creándonos al gobierno y a mí una situación embarazosa.

En parte esta huida del público, este esfuerzo por escapar a la publicidad, por mantenerse oculto a la vista, es una timidez natural. Su valentía política y sus actuaciones públicas se las impuso el deber. Prefiere la intimidad de unos pocos amigos personales y la charla acerca del mundo y sus problemas. Por otro lado, este afán por conservarse fuera del alcance de las candilejas es fruto de la sagacidad de un hombre con experiencia ganada en la política mexicana. El intento de retirarse, de esquivar la conciencia pública, es el deseo de romper con la acrisolada tradición del caudillo. “Este pueblo debe aprender la lección de la legalidad.” Para él, la única manera

de enseñar dicha lección fue hacerse inasequible a los que buscan un líder en la oposición contra el gobierno. “Antes apoyaré a un mal gobierno durante su período legal, que a una revolución para establecer un buen gobierno.” Así dijo estando aún en la presidencia; y ha cumplido su palabra. Seguramente las elecciones de Ávila Camacho, Miguel Alemán y Ruiz Cortines, no hubieran sido tan pacíficas y relativamente suaves como fueron, si se hubiese sabido que Cárdenas era partidario de una revolución contra el candidato oficialmente propuesto, o –si se prefiere– contra el candidato del partido político oficial.

Lo interesante aquí es que Cárdenas no dirige ningún partido político; no es cabeza del ejército; no se ocupa del mantenimiento de una maquinaria política. Y, sin embargo, su influencia en los asuntos nacionales de México ha sido grande desde que se retiró de su puesto, y a veces decisiva, como ocurrió con la conservación de la paz pública durante el régimen de Alemán.

Políticamente es este un fenómeno desacostumbrado. Pues su influencia deriva –por así decirlo– del individuo; no es que él la quiera. En este sentido Cárdenas nos recuerda a Ghandí. La comparación puede parecer extraña a los mexicanos que prefieren otros términos y solían gritar “¡Viva el Presidente macho!” cuando viajaba por el país provocando el entusiasmo popular

y la excitación pública. Pero el parangón tiene muchas cosas a su favor. Cárdenas es un ser humano complejo y polifacético, entre cuyos rasgos descuellan la sencillez, la amabilidad y los sentimientos compasivos.

Son innumerables los ejemplos que lo demuestran. Sólo puedo mencionar unos pocos. Un día, bajando por la carretera –aún en construcción– que va entre el Popocatépetl y el Ixtaccíhuatl,



descendió del cielo una de esas lluvias torrenciales que repentinamente suelen producirse en México. El Presidente vio a un indio descalzo caminar por la carretera, cubierto con un capote de paja para la lluvia. Detuvo el coche, ordenó a su ayudante que llamara al indio que, empapado, chorreó el automóvil, y lo llevó hasta donde él pensaba ir. Estoy seguro que el sorprendido peatón no supo de quién era el coche que lo había llevado y, como no hablaba español, sólo pudo expresar su agradecimiento con un gesto.

Todos los que han tenido la oportunidad de recorrer con él el país recordarán la absoluta sencillez y falta total de egoísmo en su devoción por el pueblo; lo habrán visto apoyado en la pared de una construcción a pleno sol, escuchando durante horas a hombres, mujeres y niños que se amontonaban para acercársele y pedirle favores, mientras escribía sus nombres y sus peticiones; después, hasta media noche, ordenaba aquellas notas para que la persona indicada en el gobierno pudiera satisfacer las concesiones que él había otorgado. Yo lo he visto poner en aprietos a un miembro de su gabinete al pedirle, meses después, cuenta de lo que había hecho con dichas órdenes. Su memoria, que se diría infalible, podía resultar embarazosa para un funcionario indolente.

En una ocasión –mucho tiempo después de haberse retirado de la presidencia– descendíamos por las escarpadas montañas de Michoacán hacia donde están situados los Azufres de San Andrés. Son numerosos manantiales sulfúricos de diversos tamaños, colores y temperaturas, que se esparcen por una vasta zona montañosa. Estaba lloviendo mucho y notamos que dos personas cargaban a un anciano por la escabrosa ladera. Lo habían llevado allí para curarlo, por inmersión en el lodo caliente. Su hija, de mediana edad, lo esperaba con una carreta para llevarlo otra vez a su casa. A despecho de

la lluvia, el General Cárdenas descendió de su coche, mandó a su asistente que ayudara a bajar la pendiente al anciano inválido y preguntó a la desamparada mujer qué médico tenía, en qué pueblo vivía, cuánto tiempo hacía que su padre estaba enfermo y, tomando nota de todo, le prometió enviarle a su propio médico para que lo

viera y tratara de arreglar el ingreso de la infortunada víctima en alguna institución pública donde pudiera recibir los cuidados que necesitaba.

Durante su presidencia se identificó totalmente con el pueblo y viajó por el país de aldea en aldea y de ciudad en ciudad como ningún presidente lo había hecho hasta entonces y sin que le preocupara lo más mínimo el peligro personal. Habiéndole hecho yo notar una vez que arriesgaba su vida sin necesidad, al olvidarse totalmente de su protección personal, me contestó políticamente algo que nunca he olvidado: “Es mejor morir haciendo el bien que mantenerse vivo haciendo el mal.”

Bastará un ejemplo más de sus características personales. Parece que no se cansa y que mantiene su actividad desde la madrugada hasta bien avanzada la noche, rodeado incesantemente de gente; su memoria, que jamás lo traiciona, fue siempre cosa digna de observarse con admiración. Un día, en plena excitación y delirio de las multitudes por la expropiación petrolera, visitábamos una ciudad de buen tamaño en Veracruz, donde miles se agolpaban en las calles y enronquecían aclamándolo en su recepción. Ese mismo día, ya bien entrada la tarde, escapamos por la puerta trasera del edificio donde estábamos y fuimos a visitar el hospital local, situado en un antiguo monasterio transformado. Dentro estaba oscuro, pues las ventanas eran estrechas y altas y, además, la hora era ya avanzada. El largo vestíbulo estaba ocupado por los enfermos encamados. Según lo recorríamos, el Presidente se detenía a hablar con cada uno



de los pacientes. Al llegar más o menos a la mitad de la sala dijo de pronto a uno que estaba tendido en cama: “¿No te vi entre la multitud cuando llegué esta mañana? Sí, señor Presidente. No estoy tan enfermo que no pueda salir de día un rato. Yo estaba con la muchedumbre que dio a usted la bienvenida a nuestra ciudad.” Más tarde, al salir del hospital, dije: Si no lo hubiese visto, no hubiera creído la historia de que usted reconoció con luz morecina a un paciente que había visto el día en que miles de personas se hacinaban en las calles. “–No tiene nada de extraño –me contestó–. Noté entre las turbas a un hombre pálido y pensé que si me pedía ayuda le daría veinte pesos. Pero no me la pidió.” Muchas horas después lo identifiqué con sus ropas de cama como paciente en un hospital.

Estas anécdotas personales son tan típicas que podría llenarse un libro de ellas pero el propósito de este breve ensayo es evaluar la función de Cárdenas en la historia mexicana. Me limitaré a una reducida parte de las cosas que hizo como Presidente: la reforma agraria, la expropiación petrolera y su esfuerzo por enseñar al pueblo mexicano que el Presidente puede retirarse.

Hablando en una ocasión de los fundamentos de la política mexicana, el Presidente Cárdenas observó: “Cuando toda la tierra pertenezca a los pueblos, el gobierno también les pertenecerá. Ahora se apoya en el ejército.” La reforma agraria estuvo motivada políticamente. El gobierno sólo pertenecerá a los pueblos cuando la tierra sea de estos. La democracia mexicana no podía llegar a cuajar en realidad hasta que no desapareciera el sistema de la hacienda. La redención económica y social de la población rural se expresaría en la transferencia del poder político a la masa campesina del pueblo. La ejecución de la reforma agraria, tantas veces prometida y tantas otras pospuesta, era, pues, más que una reivindicación de derechos o un acto de justicia social. No era una simple devolución de tierras

perdidas. Era una expresión de fe en el campesino y en el indio y en el pueblo rural. El pueblo del campo no solamente gobernaría su propia aldea, al entrar en posesión de su misma tierra, libre del dominio del hacendado, sino que también gobernaría colectivamente a la nación.

Algo hay en Cárdenas del antiguo demócrata jeffersoniano. La gran ciudad no le interesa en realidad. Recuerdo que un día, habiéndole hecho observar que los militares adjuntos a su servicio parecían tener mayor integridad y más exacto sentido de la nación que muchos de sus acompañantes civiles, me contestó: “Es completamente natural. El militar procede del campo, donde todo es sano, mientras que los civiles vienen de la ciudad, en la cual todo está corrompido.”

Su ideal era una nación mexicana basada en el gobierno autónomo e independiente de los pueblos, en la cual se asegurara a cada individuo su propio ejido, quedara libre de la explotación y participara activamente en los problemas de su comunidad. Los seis años de su mandato (1934-1940) no bastaron para organizar todos los aspectos de México con arreglo a aquella pauta: para distribuir toda la tierra; para asentar todos los pueblos sobre una base firme; para educar bastantes líderes; para poder financiar las necesidades de todos los pueblos y de sus habitantes, y para encontrar un número suficiente de colaboradores honestos, capaces, dedicados y altruistas que, como los misioneros de tiempos idos, se entregaran a la tarea de reconstruir México. Fue esto último, la falta de devoción en bastantes dirigentes jóvenes, la carencia de dedicación, el gusano del engrandecimiento de sí mismo y la ambición personal, lo que redujo la eficacia del esfuerzo por rehacer a México en el breve lapso de seis años. Algo hay, sin embargo, que resulta perfectamente



claro. México será siempre un país diferente, gracias a aquel heroico esfuerzo.

El sistema de la hacienda ha muerto; jamás revivirá, aunque los ejidos hayan tropezado con un cúmulo de dificultades imprevistas en su camino, y la perspectiva de un gobierno mexicano apoyado en el consentimiento de la masa del pueblo está más cercana hoy que en 1934. Ciertamente la industrialización y el crecimiento económico de México no hubieran sido posibles sin los profundos cambios que en la economía rural produjo el programa agrario de Cárdenas.

Si este tuvo una motivación política, lo mismo ocurrió con la expropiación del petróleo. La transferencia de los pozos petroleros de manos extranjeras a mexicanas no fue el objetivo primario de la expropiación, sino liberar a México de la amenaza de la interferencia política en el país por parte de las compañías petroleras; Cárdenas se decidió a expropiarlas para impedir “que decidieran quién iba a ser el próximo presidente de México”. Sabía por lo menos de un caso en el cual se había ofrecido a Saturnino Cedillo medio millón de dólares para que iniciara una revolución contra su gobierno, y este ofrecimiento no había partido, por cierto, de una compañía americana. Eso ocurrió muy al principio de su administración y antes de que los partidos interesados hubieran hecho creer a Cedillo que llegaría a ser presidente de México.

Son bien conocidos los detalles de las negociaciones sindicales que culminaron en el decreto de expropiación y, por lo tanto, no es necesario tratarlos aquí. El reto público de las compañías petroleras a la decisión de la Suprema Corte mexicana creó el problema de la dignidad nacional y la soberanía política. Cárdenas no tenía casi alternativa. Políticamente, las compañías aludidas habían colocado al gobierno en una postura sumamente difícil, poniéndose fuera del

seno de la ley. En esas circunstancias, el decreto expropiatorio fue la reacción lógica del gobierno.

Cualesquiera que hayan sido las consecuencias económicas de la acción emprendida por el presidente Cárdenas –y ciertamente son discutibles– no pueden ponerse en duda sus resultados políticos y psicológicos. Electrizó y unificó a México como nunca lo había estado, ni siquiera durante la Independencia. Le imbuyó la sensación de haberse liberado él mismo; de haber dejado de atemorizarse por los Estados Unidos. Había alcanzado de golpe la igualdad política con su vecino del norte y la experiencia fue estimulante.

El torrente de energía creadora y de confianza que ha llenado los años posteriores a la expropiación del petróleo ha sido consecuencia directa del despertar espiritual que precipitó. Por primera vez en su historia –al menos desde la Conquista– los mexicanos se miraron a sí mismos y aprobaron lo que vieron. No quisieron ser ya europeos ni norteamericanos. Les bastaba ser lo que eran y empaparse de sus propios valores. En esto se diferencian de los rusos. No desean imitar, rivalizar o superar a los americanos. Vencieron su complejo de inferioridad, cosa que no lograron los rusos. De hecho, ahora pueden estar en perfecta amistad con los Estados Unidos.

Es típico de Cárdenas el que, a través de todas aquellas conmociones, haya sabido conservar la cabeza. No profirió ninguna maldición contra el pueblo americano; no denunció todos los días al gobierno americano; no insultó al secretario de Estado; no ridiculizó al Presidente de los Estados Unidos. Muy al contrario, siguió siendo amigo de Josephus Daniels y una vez hizo notar: “Tuve mucha suerte en ser presidente de México cuando Roosevelt era presidente de los Estados Unidos.”



Durante el apogeo del nerviosismo diplomático, jamás perdió su sentido de la perspectiva, estuvo totalmente entregado a la defensa del Hemisferio occidental y se preparó para unirse en la política común contra la amenaza de la agresión alemana.

Su opinión de Roosevelt quedó insinuada en esta observación: “Si dos hombres de buena voluntad se sientan uno al lado del otro, podrán arreglar este problema.” Durante todo el período de ebullición, oposición y ataques aparecidos en la prensa americana, y durante el boicot declarado por las compañías petroleras, conservó su ecuanimidad, no hizo amenazas ni adoptó posturas heroicas. La dignidad, la sencillez, la voz tranquila y el gesto amistoso fueron distintivos de su modo de proceder a través de unos tiempos que pudieron haber desembocado en una experiencia enojosa y molesta.

Su afán por enseñar al pueblo de México “que puede ser gobernado sin la violencia” sigue en importancia a su política agraria y petrolera; su esfuerzo por hacerle comprender que la nación mexicana puede ser dirigida sin la Ley Fuga y sin brutalidad. Se empeñó en convertir a la nación al ideal de la legalidad, a la transmisión del poder sin el cuartelazo y hacerse cargo de él sin una revolución.

Hay que recordar siempre que esta insistencia en la transmisión pacífica de la presidencia es –por lo que se refiere a México– una innovación. Si Cárdenas ha conseguido suprimir la revolución como medio normal de transmitir el poder, el servicio que ha prestado a su patria es inmensurable. Mientras la posibilidad de la violencia esté presente en el cambio político, cualquier otra reforma será una simple tentativa y, en resumen, nadie podrá predecir con seguridad el curso de una revolución una vez desencadenada. En estos momentos no es en absoluto cierto que esta haya constituido la mayor esperanza para el pueblo mexicano.

Su simple presencia ha servido para mantener la paz y hacer posible las elecciones sin demasiada violencia y ciertamente sin revolución, pero ¿qué sucederá cuando él abandone la escena? Aquí está, en mi entender, la mayor falla de la Revolución Mexicana. No ha institucionalizado el proceso de transferencia del poder, porque no ha desarrollado un sistema político de partidos que deriven su poder efectivo de los miles de comunidades que constituyen la nación mexicana. El Partido Revolucionario Institucional, sea lo que sea, no es un partido político. Es un instrumento del gobierno; mejor dicho –acaso– un instrumento del poder ejecutivo. El mismo Cárdenas ha reconocido que, desde hace mucho, México puede tener un sistema efectivo de dos partidos. También ha reconocido que llegó la hora de que el gobierno mexicano intente descentralizar sus poderes y traspasar algunas de sus prerrogativas a los estados, y esta opinión hace ya por lo menos media docena de años que la sostuvo. Puede resultar imposible convertir en sólo el lapso de una vida a una nación impregnada de una tradición autoritaria y acostumbrada a la violencia como instrumento político, para que acepte en su lugar el proceso menos dramático, pero más pacífico, de la discusión política y la disidencia de partidos. Si efectivamente no es posible, Cárdenas habrá fracasado en su más importante afán. Un breve ensayo como este no permite estudiar plenamente ni al hombre ni a su política.

Debe, no obstante, mencionarse el apoyo que dio a Abisinia, España y Finlandia, al derecho de la nación pequeña para sobrevivir en este mundo nuestro; su admisión en México de tantos españoles exiliados de su patria; su oposición a la Alemania nazi y su apoyo a la política de Roosevelt contra Hitler mucho antes de que nos hubiéramos visto envueltos en la guerra; su apoyo al sindicalismo

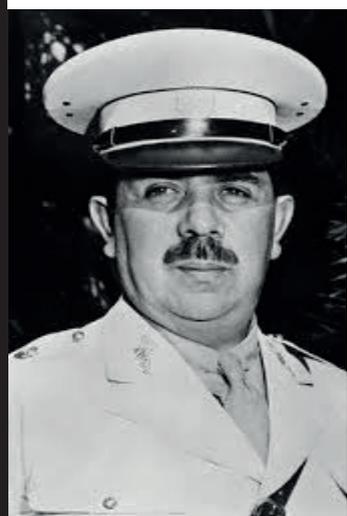


obrero –aunque yo creo que sin haber entendido completamente la naturaleza de esta institución en el mundo moderno–; su vasto programa de construcción de carreteras y su continuación de la política de irrigación.

Siempre me ha parecido que su principal flaqueza estuvo en la elección de algunos de sus colaboradores civiles. Tenía muchos hombres leales y competentes en torno suyo, pero no todos los que lo rodeaban eran acreedores a estos calificativos. Por último, posiblemente lo más importante fueron su singular paciencia, buen humor y compasión para la humana fragilidad.

Gobernó a México por seis años sin matar a nadie, sin llenar las cárceles de presos políticos, sin desterrar a ninguno, sin seguir la política de “liquidación” contra sus enemigos, sin negar al pueblo su derecho de petición, sin suprimir la libertad de expresión o reunión, sin fanfarronería, sin ademanes rimbombantes o histéricos. Durante los años que estuvo en el poder desapareció, por primera vez, el temor del pueblo mexicano y hasta el más humilde ser humano tuvo acceso al Presidente del país. Quería escuchar con paciencia al más insignificante de sus congéneres y – según decía una vez– aunque careciera de otras cosas, “al menos la paciencia tengo para darles”. Por eso aquellos siempre lo han amado y seguido.





FRONTE UNICO

PERIODICO OBRERO Y CAMPESINO

ORGANO CENTRAL DE LA CONFEDERACION REVOLUCIONARIA MICHOACANA DEL TRABAJO

EPOCA V. | Segunda Edición | LUNES 5 DE SEPTIEMBRE DE 1937

Morelia, Mich., 5 de Septiembre de 1937.

NUMERO 7

El C. Presidente de la República Rindió su Informe Anual ante el Congreso de la Unión

El C. Gobernador Visitó la Región de Uruapan

PERIODO DE FERIA LABOR CONSTRUCTIVA DENTRO DEL TERRENO MATERIAL E IDEOLOGICO

C. Presidente de la República, Gral. Lázaro Cárdenas

Lo acompañaron el Gral. I. Otero Pablos, el Srío. de Gobierno, Tesorero General y algunos Secretarios del Comité Central Confederacional

El ciudadano Presidente de la República, Gral. Lázaro Cárdenas, rindió ante la Cámara Nacional el día 10 del presente, su informe en el que expone toda su labor realizada durante el período comprendido en su año. Este informe ha sido un gran exponente de la cristalización de los ideales del pueblo mexicano, que ve en el Gral. Cárdenas al hombre que ha sabido encaminar al país por un sendero y nacer que lo lleve a la meta del progreso y bienestar.

Hemos visto los deseos y el interés que el Primer Magistrado tiene por cumplir con los postulados de la Revolución y por llevar a la efectividad cada uno de los puntos marcados en el Plan Sexenal, y nos sorprende en parte, ha rebasado sus límites, haciendo con esto toda una labor más meritoria y más justa.

Las declaraciones asentadas en este interesante documento, no son más que orientaciones y normas justas a las cuales se pueden ajustar todos aquellos que deseen hacer buen gobierno y colaborar en la obra reivindicadora y progresista de la Revolución. Son características que llaman a la acción de los factores laborantes, marcando el camino recto y seguro para su mejor actuación dentro de la lucha social que sostienen.

En lo relativo a las tierras de Morelia, propiedad eclesíastica del campesinado, vemos cómo el Gral. Cárdenas, pasando sobre todo prejuicio feudal, ha dado posesión de ellas a quienes de ellas las poseyeron y así tenemos el reparto de la región aludadora de la Laguna y la buena guerra de Yucatán, aparte de todos los que se han hecho en todas partes de la República, con otros repartos que garantizarán desde el momento de los explotadores de la economía nacional.

En resumen, las tierras repartidas durante los últimos meses de Gobierno del Gral. Cárdenas, ascienden a cuatro millones ochocientos mil hectáreas, beneficiando a 14,500 campesinos, o sea un total de 104,210 campesinos.

La importancia de estas cifras muestra, comprobando que todos los esfuerzos realizados en el año de 1936, desde el 1915 a 1937, representan ahora, una millonada de hectáreas más, para 2,270,000 personas con un total de 160,000 km. cuadrados.

La realización de los postulados de la constitución de la República, el Gral. Cárdenas, ha demostrado que...

industria y al comercio nacional; el estrechamiento de las relaciones internacionales; los ingresos y egresos equitativos del Estado; los derechos concedidos a la Prota y al estado un fondo de todos los problemas del país; todo esto en una visión clara y consciente del hombre que en estos momentos vive México.

En el informe presidencial, expresa su criterio el Ejecutivo sobre problemas de enorme trascendencia: derechos de la mujer en la vida política; vía de construcción, construcciones, irrigación, sobre el problema de la sucesión presidencial, lo que debe realizarse para que, a su tiempo oportuno, el pueblo pueda realizar su elección.

Todos estos hechos, revelan la marcha firme del Gobierno, hacia el objetivo fundamental: la liberación integral de el pueblo de México, permitiendo tener la confianza en esperar que al terminar el período marcado en el Plan Sexenal, México sea un país floreciente, un país que quede nivelado a todos los países democráticos y próspera, donde el pueblo sea libre tanto de sus prejuicios de antaño como de su economía y sistemas retrasados a los países de la actualidad.

La Diputación Michoacana se dirige al Comité Central

TELEGRAMA:

México, D.F., agosto de 1937. Compañero, José Carrillo Romero. Srío. Gral. de la C.R.M.D. Morelia, Mich.

Diputación Michoacana manifiesta por escrito horas de todo su valor declaración de adhesión al Programa acción revolucionaria persegue nuestra Confederación.

Fraternamente. Dip. Elias Miranda G. Respuesta del CCC.

C. Dip. Elias Miranda G. México, D. F. Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo, salud calurosamente a camaradas integrantes Diputación Michoacana, estimando de todo su valor declaración de adhesión al Programa acción revolucionaria persegue nuestra Confederación nacional, bajo dirección señor Presidente General Lázaro Cárdenas. Por Comité Central Confederacional. El Srío. Gral. José



"UNIDAD DE ACCION, UNIDAD DE PATRIOTISMO, UNIDAD REVOLUCIONARIA". - L. Cárdenas. (Del Informe Presidencial.)

Con esta fecha el Comité Central, por conducto de FRONTE UNICO, hace del conocimiento del público las siguientes declaraciones:

Este Comité Central de la CRIMDT, en vista de algunas opiniones que se han estado dando a conocer por parte de algunos miembros de este propio Comité en una forma aislada y a fin de orientar debidamente la opinión de los trabajadores de nuestra Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo y del país en general, y amplitud necesaria hacer las siguientes declaraciones:

Toda clase de informaciones o declaraciones que se expongan individualmente o por varios Secretarios y las cuales no se hayan debidamente autorizadas por la mayoría de este Comité Central, se considerarán como el criterio particular de quienes las expongan, pero no el sentir de esta Institución Unica de los Trabajadores Michoacanos, cuya disciplina y línea de conducta es única, apegada a los principios revolucionarios sustentados por la clase trabajadora de nuestro Estado.— UNION, FEIIRA Y TRABAJO.— Srío. Gral. José Garibay y Romero; Srío de Industria, Emigdio Ruiz; Srío. de Stud, Campesino, Pablo H. Salazar; Srío. Edos. Socialista, Francisco P. Rosales.

Continuando en la resolución de los problemas que se vienen presentando en las distintas regiones del Estado, el C. Gobernador del Estado, de acuerdo con la línea de tendencia que se ha trazado, en compañía del Gral. Ignacio Gilman Pallos, Jefe de las Operaciones Militares del Estado; Secretario General de Gobierno, Lic. José Mta. Mendoza Parde; Director General de Educación; Tesorero General del Estado; Diputados Hardman Lanza H. e Ismael Silva, Presidente y Secretario respectivamente de la H. Comisión Permanente del Congreso del Estado; Delegado del Departamento Agrario, así como los compañeros Francisco P. Rosales, Pablo Salazar y Pablo Barragán, Secretarios del Comité Central de la Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo, el 9 del mes próximo pasado, se trasladaron a la Ciudad de Uruapan, Mich., en donde numerosas comisiones estuvieron a tratar diversos asuntos de carácter general, educativo y sociales en general.

La Organización de los Trabajadores al Servicio del Estado

El Proyecto del Estatuto Jurídico presentado por el Ciudadano Presidente de la República, garantizando los derechos de los trabajadores y emancipando de diferentes oportunidades que prestan sus servicios en las diferentes dependencias del Ejecutivo Federal, en el sentido de impulsar para la organización y en su caso en Morelia, se encuentra en vías de organización el Sindicato de trabajadores al Servicio del Estado; la constitución de este nuevo sindicato, ha cumplido ciertos requisitos establecidos en la Federación Local del Trabajo.

El problema, parte de las siguientes cuestiones: desde hace años existen en Morelia, las siguientes organizaciones: Sindicato de Empleados del Hospital "Miguel Silva" y la Alianza de Empleados y Funcionarios de Dependencias del Ejecutivo del Estado y el Sindicato Sindicato está integrado por un gran número de trabajadores que habían permanecido ajenos del movimiento de los trabajadores, lo que ha determinado que se mantuviera esa permanencia en forma un sindicato autónomo fuera de la Confederación Revolucionaria Michoacana del Trabajo (C.R.M.D.).

Pasa a la 4.ª página.

TRASCENDENTAL DETERMINACION DEL GOBNO. FEDERAL

EXPROPIACION DE LA INDUSTRIA PETROLERA

MANIFIESTO DEL PRESIDENTE CARDENAS A LA NACION

LIBRETE DE
50 PAGOS
35 C.
Nº 5592
AZUL
EN ARTÍCULO PA-
RTICULAR
LA ECONOMIA

INFORMACION EN PAGINA 1088

LA PRENSA

Diario Ilustrado de la Mañana

LA MAS POPULAR
POR SU
PRECIO
Llega
Nº 5592
AZUL

AÑO II 2a. EPOCA NUM. 935

MEXICO, D. F., SABADO 19 DE MARZO DE 1938.

FUNDADOR: PABLO LANGARICA

SE PARALIZARON HOY LOS TRABAJOS EN TODOS LOS CAMPOS PETROLEROS



LA NOTA SENSACIONAL DEL AÑO Ningún suceso ha sido el podrá ser tan trascendental para la Nación Mexicana en muchos años, como el que tuvo lugar ayer noche cuando el ciudadano Presidente de la República lanzó personalmente a todo el país, valiéndose del radio, su sensacional manifiesto, anunciando la expropiación legal de las empresas petroleras que funcionan en territorio nacional.—En la fotografía que publicamos en esta plana aparece el Primer Mandatario en los momentos de leer el expresado manifiesto, desde su despacho privado del Palacio Nacional.

TEXTO INTEGRO DEL ACUERDO DE EXPROPIACION PETROLERA

La crisis del cardenismo*

Albert L. Michaels†

Michaels ofrece en este artículo una mirada crítica al sexenio cardenista. Desde su punto de vista los aspectos ideológicos, especialmente los relacionados con la justicia social como la reforma agraria que dio a los campesinos la tierra y el apoyo a la clase trabajadora, devinieron en el fracaso económico del cardenismo debido a la falta de organización del campesinado, las exigencias crecientes de la clase obrera y, sobre todo, a la corrupción incontenible de la burocracia que acompañó a Cárdenas y a los dirigentes obreros. El autor considera que la expropiación petrolera y la de los ferrocarriles no fueron un triunfo de la política cardenista sino parte de los desaciertos que precipitaron los problemas económicos hacia el fin de la administración por la falta de inversiones, con un empresariado que veía con alarma una inclinación hacia la instauración de un modelo socialista y una clase media descontenta estimulada por la iglesia católica que presentaba a un gobierno que combatía, con sus acciones, los valores de la iglesia y a la familia cristiana.

* Este artículo se publicó originalmente en el *Journal of Latin American Studies* en mayo de 1970. Con mi traducción y autorizado por el autor, la *Revista Mexicana de Cultura Política*, de donde lo recuperé, lo reimprimió en el número 11, segundo semestre de 2017.

† Michaels es doctor en Historia de América Latina e Historia de México por la Universidad de Pennsylvania y académico en la Universidad Estatal de Nueva York-Búfalo. Ha publicado numerosos artículos y libros sobre los problemas sociales de México y América Latina, entre otros *Revolution in Mexico: Years of Upheaval, 1910-1940*.



En abril de 1938 Lázaro Cárdenas había alterado el curso de la historia moderna de México. Las grandes propiedades agrícolas habían virtualmente desaparecido para ser sustituidas por pequeñas propiedades y ejidos colectivos y semicolectivos. El enfrentamiento entre la iglesia y el Estado, causa de gran derramamiento de sangre en los años 20, había casi cesado. La iglesia católica había apoyado al gobierno en contra de las petroleras extranjeras incluso ayudando a recabar dinero para pagar la nacionalización. Los trabajadores agrarios y urbanos del país habían integrado poderosos sindicatos bien organizados para defender las conquistas de sus agremiados. Pero más importante en términos históricos, fue la expropiación de las compañías petroleras extranjeras en marzo de 1938. Estas empresas habían desafiado a todos los gobiernos mexicanos del siglo XX. La nacionalización unió temporalmente a los mexicanos como nunca antes en la historia nacional. Aunque estos logros, particularmente la reforma agraria y la expropiación petrolera, establecieron las credenciales de Cárdenas como el más radical de los presidentes mexicanos modernos, sus acciones posteriores provocaron que muchos, especialmente en la extrema izquierda, cuestionaran su sinceridad.

La expropiación de la industria petrolera fue el clímax del programa radical cardenista. A partir de esto, el gobierno comenzó a seguir una ruta más moderada y a pesar de presiones de los trabajadores mineros y eléctricos, no hubo más expropiaciones. El gobierno buscó desalentar conflictos laborales. La reforma agraria se desaceleró de manera significativa y el gobierno creó una oficina de pequeños propietarios para defender a este sector de expropiaciones adicionales por parte de los campesinos. El más significativo desplazamiento a la derecha ocurrió cuando el PRM eligió al sucesor

de Cárdenas en 1939. Encabezado por el presidente, el partido oficial pasó por encima al distinguido general Francisco Múgica en favor del poco conocido secretario de Guerra general Manuel Ávila Camacho. Elegido en 1940, Ávila Camacho cerró la fase radical de la Revolución.

En 1939 la selección del partido provocó poca controversia, pero más tarde la desencantada izquierda acusó a Cárdenas de traicionar a la Revolución. El “Corrido de Francisco Múgica” recogió el resentimiento de los seguidores del general en contra de Cárdenas:

*Pronto llegó el treinta y nueve. La carrera presidencial
arrancó.
Y Múgica como candidato desde la izquierda salió.
Todo mundo creía, que sería el elegido, para mantener a la
izquierda en vilo. Pero al patrón le dio la temblorina y
quiso asegurar,
que su sucesor fuera un derechista declarado. Así que cam-
bió el rumbo.
Porque el patrón así lo quiso a Múgica lo eliminaron. Fue
sacrificado por un amigo.*

Los asistentes al funeral de Múgica en 1954 expresaron este mismo distanciamiento. No dejaron que Cárdenas hablara y le lanzaron expresiones de rechazo¹. Este resentimiento de la izquierda mexicana era ingenuo e injustificado. No había habido tal traición.

Cárdenas había operado no para destruir la Revolución sino para preservar los logros de su gobierno. Además no actuó por sí

¹ La más reciente persona en revivir el asunto del rechazo de la candidatura de Múgica en 1939 fue la novelista Magdalena Mondragón en su novela *Cuando la Revolución se cortó las alas*, México, D.F., 1966; el tema se alude en la entrevista de James y Edna Wilkie a José Muñoz Cota el 27 de enero de 1964 en la Ciudad de México.



mismo, sino bajo presión de sus amigos y aliados. Muchos cardenistas se habían enriquecido desde 1934. Decididos a conservar su poder, impusieron a Ávila Camacho a Cárdenas y al partido. Los cardenistas más acaudalados, incluyendo militares, gobernadores y amigos del presidente, no querían que la revolución gravitara hacia el socialismo. Sus intereses coincidían con los de su dirigente, de carácter más radical. Cárdenas había creado cientos de ejidos, una industria petrolera estatal, ferrocarriles nacionales, sindicatos obreros y campesinos, así como un nuevo partido político. Muchas de estas innovaciones seguían sin probarse y eran discutibles. Una guerra civil o una prolongada crisis financiera ocasionadas por reformas adicionales podrían arruinar todo. Las enmiendas de Cárdenas habían provocado odio y ansiedad entre pequeños propietarios y las clases medias urbanas en expansión. Un nuevo presidente se vería obligado a pacificar a estas facciones lo mismo que a los preocupados inversionistas extranjeros, o la economía podría colapsar totalmente. La confluencia de los intereses creados de los Beteta, los Ávila Camacho, los Padilla y la mayoría de la élite cardenista, además de los del propio Cárdenas, produjeron la candidatura de Ávila Camacho. Como general moderado, parecía el hombre apropiado para preservar los logros de los seis años previos.

La crisis económica

En 1940 la economía del país estaba prensada entre las exportaciones en declive y las importaciones en ascenso. Los salarios reales de los trabajadores habían declinado abruptamente, en demérito del gobierno cardenista, pero en años posteriores diversos expertos acreditaron las políticas del gobierno de Cárdenas como impulsoras del rápido crecimiento de la economía mexicana después de 1940.

La gran distribución de tierras y el amplio programa de obras públicas, condenados ambos por mucho como económicamente dañinos en la década de los 30, en realidad ayudaron a crear el mercado interno necesario para la industrialización². Sin embargo, en 1939 había poca o ninguna esperanza de convencer a algún inversionista local o extranjero que el gobierno de México no estaba destruyendo la economía y construyendo un Estado comunista. Los capitalistas mexicanos guardaban su riqueza celosamente. Eligieron invertir en el extranjero al punto de que la fuga de capitales llegó a proporciones gigantescas. Simultáneamente, la inversión extranjera directa disminuyó alarmantemente después de la expropiación petrolera³.

En gran medida la crisis fue provocada por la nacionalización de las empresas petroleras. Resultaron tantos problemas económicos que se hizo imperativo refundar los programas gubernamentales. La expropiación también precipitó una crisis financiera contemporánea que puso en el congelador a la reforma social en marcha. Antes de 1938, Cárdenas había podido llevar adelante un programa revolucionario sin prestar atención a los puntos finos de

2 Los beneficios de corto y largo plazo de las políticas económicas de Cárdenas están claramente expuestos en los textos de Raymond Vernon, *El dilema del desarrollo de México*, Cambridge, Mass, 1963, pp. 81-87 y el de Leopoldo Solís M., *Hacia una interpretación a largo plazo del desarrollo económico de México*, México, D.F., 1966. El primero argumenta que el ambiente bajo Cárdenas “tomado en su conjunto era más propicio al ejercicio de la habilidad empresarial latente”. Solís M. subraya el efecto positivo de las reformas agrarias de Cárdenas sobre el mercado interno, la educación rural y la movilidad de la fuerza de trabajo.

3 Sanford A. Mosk, *La revolución industrial en México*, Berkeley y Los Ángeles, 1954, p. 60. El doctor Mosk creía que “algunos de los fondos adicionales que salieron al extranjero o a depósitos privados, muy probablemente habrían ido a inversiones de largo plazo en la industria si no hubiera sido por las políticas cardenistas”. Véase también James W. Wilkie (1967, pp. 265-266). *La Revolución Mexicana: presupuesto federal y cambio social*, Berkeley y Los Ángeles, 1967, pp. 265-6.



las reglas monetarias internacionales. El gobierno mexicano había financiado sus reformas con préstamos del Banco de México, de tal suerte que la deuda externa del país no se incrementó de manera notable. Al mismo tiempo las necesidades de divisas del sector privado se redujeron por métodos tales como la devaluación, el abandono del patrón oro y tarifas. Ingresos crecientes de la minería, el petróleo y exportaciones menores proveyeron fondos más que suficientes para la economía, especialmente desde que Cárdenas de todos modos había aplicado impuestos a la mayoría de los nuevos ingresos (Bernstein, 1965, pp. 181, 183-187)⁴. La expropiación cambió todo. No sólo huyó el capital sino que los ingresos petroleros se desplomaron y el gobierno se encontró con una deuda desestabilizante que debía ser pagada con divisas extranjeras. El gobierno mexicano ya no podía ignorar los costos de las reformas internas. La confianza empresarial cayó, los ingresos federales disminuyeron y los enemigos del gobierno advirtieron de un próximo apocalipsis económico.

Carlos Díaz Dufoo, un economista conservador y devoto biógrafo de Limantour, el ministro de finanzas de Porfirio Díaz, era uno de los más articulados críticos de la política económica del gobierno. Publicados en *Excelsior*⁵, sus editoriales atacaban al gobierno por sus políticas monetarias inflacionarias y su tolerancia de la agitación laboral. Culpaba al gobierno por agitar a las masas a través de incrementos salariales que no elevaban su poder adquisitivo. Aunque los salarios en efecto se habían incrementado, la producción y el empleo estaban en declive; los inversionistas temían la orientación pro sindical tanto de la Suprema Corte como de las Juntas de Conciliación.

4 Marvin Bernstein, *La industria minera mexicana 1850-1890*, Albany, 1965, pp. 181, 183-187.

5 Véanse sus artículos publicados en *Excelsior* el 3, 11 y 25 de marzo de 1939.

Díaz Dufoo advirtió que muy pronto ningún negocio sería posible en México. Los fondos para el desarrollo industrial se habían contraído, causando el cierre de muchas empresas por falta de recursos para reinvertir. “De qué sirve”, se preguntó Dufoo, “que los trabajadores tengan más dinero mientras que la industria carece de los medios para consolidar un estado de cosas construido en el aire”⁶.

Las preocupaciones de la comunidad de negocios por las huelgas y las expropiaciones, y las inversiones en disminución se reflejaban casi a diario en los dos principales periódicos de la capital, *Excelsior* y *El Universal*. En un editorial de febrero de 1939, *El Universal* se quejó de que debido al antagonismo de los trabajadores hacia la administración empresarial, “nadie está dispuesto a trabajar”⁷. Durante la elección de 1940 los enemigos de Cárdenas buscaron hacer un problema del enojo de los inversionistas por las frecuentes huelgas y su falta de confianza en el gobierno. En 1939 un agitador anticardenista advirtió de los peligros en el ambiente:

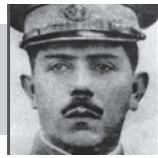
Donde no hay seguridad para la inversión, donde no hay garantías para el desarrollo de la industria, donde no hay suficientes fuentes de remuneración y en donde por el contrario hay grandes peligros de posibles expropiaciones y golpes y una caterva de sindicatos con oscuros intereses, no hay ni puede haber dinero para invertir⁸.

En 1939 Cárdenas se vio obligado a atender la desconfianza de la plutocracia ya que la Segunda Guerra Mundial estaba a la vuelta.

⁶ Carlos Díaz Dufoo, *Excelsior*, 3 de marzo de 1939.

⁷ Editorial de *El Universal*, 13 de febrero de 1939.

⁸ Benito X. Pérez Verdía, *Cárdenas frente al tinglado electoral*, México, D.F., 1939, p. 45.



En ese tiempo no existían ni la China roja ni la Rusia soviética para canalizar ayuda a un gobierno radical latinoamericano. Sin inversiones extranjeras o domésticas la economía mexicana y posiblemente la Revolución misma se podía desintegrar rápidamente. Además, un sector empresarial temeroso podría entonces financiar facciones antigubernamentales como el sinarquismo, con la esperanza de salvarse mediante una guerra civil semejante a la que acababa de terminar en España.

El gobierno hubiese sido mucho menos vulnerable a los ataques de los críticos de la economía si las industrias nacionalizadas hubiesen prosperado bajo la administración del gobierno y los sindicatos implementada después de la expropiación de 1938. Desafortunadamente para Cárdenas, tanto los ferrocarriles como la industria petrolera parecían estar en mucho peores problemas financieros que antes de la nacionalización.

La administración de los ferrocarriles nacionalizados el 23 de junio de 1937 había sido un desastre total. Inicialmente el gobierno entregó la administración de las líneas a un departamento autónomo del gobierno, pero esta nueva agencia de inmediato se enfrentó a duras demandas salariales de los trabajadores organizados. La incidencia de accidentes ferroviarios se elevó a una tasa alarmante. El equipo se descompuso y las ganancias cayeron. Con la esperanza de pacificar a los trabajadores, Cárdenas entregó los ferrocarriles al sindicato, integrado por 70 mil militantes, en mayo de 1938. Esta nueva administración no resultó mejor que el gobierno o la empresa privada para enfrentar los problemas de los ferrocarriles. En 1939 y 1940 los ferrocarriles cayeron en un estado de colapso sin paralelo. El 12 de abril de 1939 los trenes de Guadalajara y Laredo chocaron, ocasionando la muerte de 50 pasajeros e hiriendo a muchos más. Entre enero y abril del mismo año hubo ocho accidentes de conside-

ración. Simultáneamente, los trabajadores radicalizaron sus demandas de salarios más altos, parando incluso en contra de su propia administración. Los críticos de la política económica cardenista, que también cuestionaban al gobierno por sus concesiones a los sindicatos, no tuvieron mejor anuncio del colapso económico del país que el mal funcionamiento de los ferrocarriles nacionalizados⁹.

La expropiación de las empresas petroleras en marzo de 1938 sirvió para incrementar el prestigio del gobierno revolucionario. Muchos mexicanos, incluyendo al clero y a múltiples conservadores, aplaudieron la defensa del gobierno del honor nacional mexicano. Como resultado de esta acción el pueblo mexicano se había unido como tal vez nunca antes en su historia¹⁰.

Pero las buenas relaciones de Cárdenas con los conservadores y ciertos intereses plutócratas terminaron cuando se reveló la cruel realidad de la situación económica de México. El gobierno se enfrentó a la venganza de las empresas petroleras apoyadas por sus gobiernos. También tenía que lidiar con contratiempos de maquinaria vieja y anticuada. Peor aún, México estaba cortado de sus merca-

⁹ Todos los diarios de la Ciudad de México publicaron constantes informaciones de accidentes de ferrocarril hacia finales de la década de los 30. No existe un solo estudio adecuado de los problemas de los ferrocarriles en esos años, pero el lector interesado puede consultar el libro de Alfredo B. Cuéllar, *Expropiación y crisis en México*, México, D.F., 1940; el de Marcelo N. Rodea, *Historia del movimiento obrero ferrocarrilero mexicano*, México, D.F., 1944, y de Joe C. Ashby, *Trabajo organizado y la Revolución mexicana bajo Lázaro Cárdenas*, Chapel Hill, 1967, pp. 122-141. El doctor Ashby defiende la administración sindical de los ferrocarriles con el argumento de que no era peor que la administración previa, pero parece cierto que los contemporáneos que tenían que usar los trenes y se enteraban por la prensa de los constantes desastres estaban alarmados y disgustados.

¹⁰ Véase Albert L. Michaels, "Cárdenas y la lucha por la independencia económica de México", *Historia mexicana*, XVIII, I, 1968, para una discusión general sobre la política de Cárdenas en materia de nacionalización y sus efectos generales en México hacia fines de la década de los 30.



dos normales de petróleo por un boicot anglo-estadounidense y se vio obligado a comerciar con las potencias del Eje¹¹. Estos acuerdos debieron haber sido particularmente ofensivos para el gobierno de Cárdenas, que se había opuesto activamente a los países del Eje en España y había protestado en la Liga de las Naciones contra todos los actos de agresión de esos países¹². Pero este comercio no era suficiente para revitalizar la tambaleante industria petrolera mexicana. Además el bloqueo inglés organizado al inicio de la Segunda Guerra Mundial privó a México incluso de esta limitada salida europea para su petróleo. Con el incremento del costo de la mano de obra y la reducción de las ventas, la producción en abril de 1938 cayó 58 por ciento en comparación con el mes anterior. Mientras que las ganancias del petróleo en 1938 alcanzaron 15 millones de pesos, esta misma industria perdió más de 21 millones de pesos en 1939¹³. Para junio de 1940 los gastos anuales excedían a los ingresos por 68 mil pesos. En 1938, el costo de la mano de obra era el 35 por ciento de las ventas. En 1939 subió a 42 por ciento en contraste con 20 por ciento en 1936¹⁴. Constantemente Cárdenas solicitaba a los trabajadores hacer sacrificios por el bien de la nación, pero al igual que los mineros de estaño en Bolivia en la década de los 50, estos se negaron a ceder en sus nuevas percepciones.

11 Maurice Halperin, “México cambia su política exterior”, *Foreign Affairs*, 19, 1940, 216. Véase también el *New York Times* del 18 y 19 de enero y 25 de febrero de 1939 para informes sobre los acuerdos comerciales entre México y el Eje.

12 Para la política exterior mexicana durante el régimen de Cárdenas véase el texto de Isidro Fabela, *Neutralidad*, México, D.F., 1940 y del mismo autor “La política internacional del presidente Cárdenas”, *Problemas agrícolas e industriales de México*, VII, 3, 1955.

13 Ashby, Trabajo organizado y la Revolución mexicana bajo Lázaro Cárdenas, p. 268.

14 *Ibíd.*, pp. 258, 260-261. Ashby cree que el presidente Cárdenas “consideraba el costo de la mano de obra como el principal factor a la desbalanceada posición financiera de la industria petrolera”.

La intransigencia de los sindicatos y el temor de los inversionistas por una inminente expropiación también afectaron otro sector clave de la economía mexicana. La industria minera (acosada por problemas laborales, temor a la nacionalización y la disminución de las compras de plata por parte de Estados Unidos)¹⁵ también declinó. La inversión extranjera en la minería mexicana cayó de 1,001 millones de pesos en 1938, a 996 millones de pesos en 1939: “a pesar de los excelentes mercados las empresas más grandes limitaron sus operaciones para poner a salvo lo que pudiesen y no inyectaron capital de riesgo nuevo ni iniciaron programas de exploración”¹⁶. Los dueños de las minas culparon a los sindicatos por la crisis. Una convención de propietarios en la capital en enero de 1940 planteó la queja de que los trabajadores, ocupados en la militancia sindical, trabajaban con el 40 por ciento de eficacia que antes¹⁷.

Los inversionistas y los hombres de negocios criticaron particularmente la tolerancia del gobierno por la agitación laboral, pese a lo cual muchos trabajadores estaban lejos de sentirse satisfechos con los resultados de las concesiones laborales del gobierno. En una novela de la época, un ferrocarrilero que apoya al candidato de oposición Almazán, expresa su descontento con las condiciones de vida:

¿No es cierto, Campillo, que lo único que México tiene que agradecer a Cárdenas es que el costo de la vida es ahora cinco

¹⁵ En 1939 el gobierno de Estados Unidos trató de presionar al gobierno de México para que pagara “compensaciones prontas y adecuadas por las empresas petroleras expropiadas” y redujo las compras de plata mexicana.

¹⁶ Para un excelente resumen de los efectos de las reformas cardenistas en la industria minera mexicana, véase el texto de Bernstein, *La industria minera mexicana 1890-1950*. Para temores contemporáneos de una catástrofe en la industria minera véase el trabajo de Cuéllar, *Expropiación y crisis en México*. Ver también *El Universal* del 27 de junio de 1930 y *Excelsior* del 30 de enero de 1940.

¹⁷ Cuéllar, *Expropiación y crisis en México*, p.18.



veces más que cuando llegó al poder?... ¿Y cuántos más se están muriendo de hambre porque no hay trabajo?¹⁸

Incluso los amigos y seguidores reconocían que la inflación desbocada había borrado la mayor parte de los incrementos salariales del trabajador. *Futuro*, periódico oficial de Lombardo Toledano y la CTM, admitió que los salarios reales habían bajado 21.5 por ciento entre septiembre de 1936 y agosto de 1938¹⁹. En su muy favorable relato del gobierno de Cárdenas, Sylvia y Nathaniel Weyl admitieron la existencia de una grave inflación de la que culparon a una sequía de tres años, el alto endeudamiento de corto plazo del gobierno y la extendida especulación con productos agrícolas²⁰. En busca de poner un freno a la inflación, en 1938 el gobierno organizó una agencia oficial para regular el mercado de comestibles. Esta agencia fue autorizada para adquirir grandes cantidades de alimentos directamente de los productores para después venderlos directamente a los consumidores, evitando así que los intermediarios manipularan el abasto alimentario de México. Cárdenas había advertido que impediría las ganancias no razonables de la especulación²¹.

¹⁸ Mariano Azuela, “La nueva burguesía”, *Obras completas II. Novelas*, México, D.F., y Buenos Aires, 1958, p. 25. Esta novela, una de las mejores del autor, tiene como escenario la Ciudad de México durante la elección de 1940 y comprende unos pocos días en la vida de aquellos que alcanzaron movilidad social gracias a las reformas de Cárdenas, pero que no sentían ninguna gratitud hacia su gobierno. La novela fue publicada por primera vez al principio de la década de los 40.

¹⁹ *Futuro*, 31 de septiembre de 1938, 36. De acuerdo con cifras presentadas por el Banco de México el costo de vida se había elevado 56 por ciento entre 1935 y 1938. Véase *El Universal*, 14 de marzo de 1939.

²⁰ Nathaniel y Sylvia Weyl, *La reconquista de México: los años de Lázaro Cárdenas*, Nueva York y Londres, 1939, p. 232. La estimación de los Weyl fue que entre 1934 y 1938 el precio de los bienes de consumo se incrementó 48.7 por ciento mientras que los de la comida se elevaron 53.9 por ciento.

²¹ *Ibíd.*

Medidas como esta resultaron de poca eficacia y los precios continuaron elevándose. De acuerdo a datos oficiales, entre 1935 y 1940 el precio de los alimentos se incrementó 49.39 por ciento²². La inflación tuvo sus peores efectos en las zonas urbanas, en particular en la Ciudad de México. Datos oficiales publicados en el *Anuario estadístico* explican mucho del desencanto de la clase trabajadora con el cardenismo:

Índice del costo de la vida para los trabajadores en la Ciudad de México (1934 = 100)			
Incrementos			
Año	General	Alimentos	Vestido
1935	108	107	103
1936	114	114	118
1937	138	137	125
1938	153	158	146
1939	155	156	168
1940	157	154	186

Fuente: Secretaría de la Economía Nacional, *Anuario estadístico de los Estados Unidos Mexicanos 1940*, (México, D.F., 1941), pp. 783-4.

Aunque los sindicatos pudieron forzar a los empresarios a pagar salarios más altos mediante frecuentes huelgas, estos incrementos generalmente no mejoraron el estándar de vida del trabajador promedio. Las huelgas exitosas eran seguidas por incrementos de precios; la producción cayó cuando muchos hombres de negocios, temerosos de una expropiación, liquidaron sus empresas y se retiraron. Los tra-

²² Pedro Merla, *Estadística de salarios*, México, D.F., 1943, pp. 15-16..



bajadores estaban atrapados entre dirigentes sindicales ambiciosos y una plutocracia asustada. El gobierno de ninguna manera podía darse el lujo de inaugurar el socialismo y tampoco podía permitirse perder el importante apoyo de los trabajadores organizados. La retórica del presidente Cárdenas, de Lombardo Toledano y de sus aliados, había elevado las expectativas de los trabajadores urbanos que esperaban una mejora inmediata en sus condiciones de vida. El salario mínimo real se había elevado en 1934-1935 pero había declinado bruscamente en 1936-1937. En 1938-1939 había vuelto a subir pero estaba aún por debajo del alto nivel de 1934-1935²³. Desilusionados con los resultados del cardenismo, muchos proletarios urbanos, particularmente en la Ciudad de México, se inclinaron a escuchar el programa del candidato de oposición Juan Andreu Almazán en 1939.

Después de 1938 la mayoría de los índices económicos generales ilustraban el estado catastrófico de la economía nacional. El peso mexicano, que se había mantenido estable en 3.60 por dólar estadounidense hasta 1938, rápidamente perdió fuerza. El gobierno de Cárdenas continuó imprimiendo moneda conforme los capitales huían del país, lo que eventualmente llevó al peso a un nivel de 5 por un dólar estadounidense. Las inversiones extranjeras directas que entraban a México descendieron de 559 millones de dólares en 1938 a 480 millones de dólares en 1940²⁴. La reserva metálica del gobierno, que había sido de 51.2 millones de dólares en 1936, descendió a 21.4 millones de dólares en 1938 y no fue sino hasta 1940 que se elevó a 31 millones²⁵.

²³ Ver el cuadro en Wilkie, *La Revolución mexicana*, p. 187.

²⁴ Howard F. Cline, *Los Estados Unidos y México*, Cambridge, Mass., 1961, p. 422.

²⁵ "Mensaje del presidente de México", *Boletín de la Unión Pan Americana*, II, 1940, 782-788.

Cárdenas no había intentado inaugurar un sistema socialista. Había intentado fortalecer el trabajo organizado para darle poder de negociación frente a la industria. También había intentado cerrar empresas reaccionarias y antieconómicas. Su extenso programa de obras públicas, así como la Nacional Financiera, habían sido diseñados para apuntalar y no para destruir el capitalismo. El proyecto del gobierno era desarrollar un capitalismo de propiedad mexicana que pagara impuestos y que fuera benéfico para la nación. En particular había la necesidad de restaurar la confianza del sector financiero sin retroceder un solo paso en la controversia petrolera. El presidente mexicano después de 1940 debería ser capaz de tranquilizar el horror de la comunidad financiera por una inevitable expropiación. Simultáneamente debía atraer capitales extranjeros de regreso a México sin permitirles violar la soberanía nacional. Fracasar en esto significaría el regreso de México al nivel de un país pobre y quizá de autosuficiencia agraria.

Problemas agrícolas

En 1933 el campesinado mexicano sin tierra se creía traicionado y timado por un gobierno revolucionario que había dejado de aplicar la reforma agraria autorizada por la Constitución de 1917²⁶. Pero Cárdenas restituyó su fe en la Revolución de 1910 al redistribuir inmediatamente grandes extensiones de tierras. Aunque esto sirvió para aplacar el enojo de los campesinos, sus problemas y los del gobierno lejos estaban de ser resueltos.

²⁶ Para este problema véase el texto de Marte R. Gómez, *La reforma agraria de México: su crisis durante el periodo 1928-1934*, México, D.F., 1964. Gómez, secretario de Agricultura con Portes Gil, cree que las reformas del presidente Calles (1924-1928) y las de Portes Gil (1928-1929) crearon una revuelta de expectativas crecientes que no fue satisfecha a comienzos de la década de los 30 de donde se provocó una tremenda presión en el campo.



La principal dificultad tenía que ver con el rápido incremento demográfico que había elevado en tres millones la población del país entre 1930 y 1940. Durante el sexenio cardenista la población pasó de 17 millones 966 mil 869 a 19 millones 546 mil 135 habitantes²⁷. En 1940 el 78.1 por ciento de esos 19 y medio millones vivía aún en la zona rural²⁸. Cárdenas había intentado ayudar a los campesinos otorgando tierras a más de un millón²⁹. De esta forma distribuyó la mayoría de la tierra arable del país³⁰; las restantes grandes extensiones eran o áridas o subdesarrolladas o estaban divididas entre los extensos ranchos ganaderos del norte legalmente exentos de expropiación. La situación era tal que la creciente población rural podía fácilmente destruir el impacto de la reforma. Extralimitado y con pocos recursos, el gobierno de Cárdenas había descuidado completamente la mejora de los sistemas de riego³¹. El siguiente gobierno tendría la responsabilidad de encontrar los medios para extender las tierras irrigadas necesarias o llevar a los propietarios individuales a irrigar su propia tierra. Sin agua no tendrían sentido repartos agrarios adicionales.

El nuevo gobierno también tenía que enfrentar a los numerosos agraristas que no habían sido adecuadamente beneficiados por

²⁷ Secretaría de la Economía Nacional, *Anuario estadístico 1940*, p. 93.

²⁸ Nacional Financiera, *50 años de la Revolución Mexicana en cifras*, México, D.F., 1963, p. 22.

²⁹ Mensaje del presidente de México, p. 784.

³⁰ La población rural económicamente activa había pasado de 3.6 millones en 1930 a 4.2 millones en 1942. Véase Hernán Laborde, "Cárdenas, reformador agrario", *Problemas agrícolas e industriales de México*, IV, I, 1952, 60.

³¹ *Mexican-American Review*, 1931, p. 12. Frank Brandenburg en su artículo "La construcción del México moderno", Englewood, 1964, p. 20, cita cifras que demuestran que en 1938 había menos tierra cultivada que en 1933.

los regímenes anteriores. En 1940, el 60 por ciento de los agraristas mexicanos no tenía dotación adecuadas de tierra o carecía de ella, a pesar de los esfuerzos de Cárdenas³². En peores condiciones seguían 600 mil ejidatarios que carecían tanto de tierra como de créditos³³. El nuevo presidente debía encontrar tierras para este proletariado rural y también tenía que obtener el crédito necesario para las instalaciones de irrigación. Si el gobierno no podía encontrar tierras suficientes y adecuadas para satisfacer estas demandas, debería desarrollar la industria necesaria para llevar al proletariado urbano sin tierra hacia las zonas urbanas.

La misma falta de ingresos que había limitado los programas gubernamentales de obras públicas, educación e irrigación, también limitó su capacidad para otorgar crédito a los *ejidatarios*³⁴. Los gobiernos anteriores habían ignorado completamente sus necesidades y sólo habían prestado dinero a los propietarios privados individuales. En 1935 Cárdenas remedió esta falta al constituir el Banco de Crédito Ejidal, cuyo único propósito fue otorgar préstamos a sociedades ejidales organizadas. Sin embargo, los fondos del banco resultaron totalmente insuficientes para cumplir las demandas del creciente número de campesinos colectivizados. Para 1940 el banco había otorgado créditos a alrededor de 3 mil 493 sociedades ejidales que agrupaban a unos 234 mil 407 ejidatarios. Había 978 mil 804 que poseían tierras pero no lograban obtener créditos³⁵. Estos desafortunados estaban a merced de prestamistas y usureros. La distribución de los recursos del Banco Ejidal era una fuente de

32 Cline, *Los Estados Unidos y México*, p. 291.

33 Laborde, Cárdenas, reformador agrario.

34 En español en el original.

35 *Ibíd.*, p. 64.



controversia: un gran porcentaje se canalizó a ejidos cooperativos en la Laguna y Yucatán, en donde se creía que estaba en juego el prestigio de todo el programa agrario del gobierno. Y aunque estas zonas tenían crédito de todos modos estaban en grandes problemas. El banco no era una institución de caridad. Prestaba dinero a una tasa de interés que variaba entre 7 y 9 por ciento³⁶. Los ejidatarios, de por sí enfrentados a dificultades por el descenso de la producción ocasionada por los acelerados cambios, encontraron que mantenerse al día con los abonos al banco era casi imposible. La rapacidad de muchos funcionarios bancarios agravó considerablemente los problemas. Luis Cabrera llamó a estos funcionarios los “nuevos amos” de la tierra. Comparó su poder con el de los antiguos *terratenedores*³⁷, puesto que estos funcionarios elegían a los beneficiarios del crédito, pagaban el salario diario de los ejidatarios, regulaban la actividad agrícola y supervisaban la venta de la cosecha³⁸. El ejercicio de tales poderes se convirtió en una manera fácil de lucrar. Muchos funcionarios se quedaban con la mayor parte de las ganancias y con frecuencia pagaban a los trabajadores menos de lo que antes habían recibido. El Banco Ejidal del Bajío era un ejemplo sobresaliente de esta corrupción. En esta zona muchos trabajadores frustrados desertaron de los ejidos para buscar trabajo en otras comarcas. El antigubernamental Partido Sinarquista tuvo gran éxito reclutando elementos en la región³⁹. El campesino del occidente

³⁶ *Ibíd.*

³⁷ En español en el original.

³⁸ Blas Urrea (Luis Cabrera), *Veinte años después*, México, D.F., 1937, p. 275.

³⁹ Mario Gil (Mario Gil Velasco), *Sinarquismo*, México, D.F., 1963, pp. 43-46. Para una crítica al Banco Ejidal desde la derecha, véase Cuellar, *Expropiación y crisis en México*, pp. 500-501.

deseaba ser propietario de sus tierras. No quería vivir en un colectivo como víctima impotente de una burocracia estatal.

Lázaro Cárdenas llevó a cabo pocos cambios en las leyes agrarias mexicanas. Prefirió implementar el marco jurídico existente más que promulgar nuevas regulaciones. El código agrario de 1934 había dado la base legal para un nuevo tipo de tierra comunal para ser trabajada y poseída colectivamente. La ley permitía la explotación colectiva de productos como azúcar, algodón y henequén, casi imposibles de ser cultivados por campesinos individuales. El gobierno cardenista adecuó la ley en agosto de 1937 mediante la aportación de una firme base legal para las unidades colectivas:

El ejido será organizado por sistemas colectivos sólo en aquellos ejidos que requieran de un proceso industrial para preparar sus productos para el mercado, ya que tales unidades requieren recursos que exceden los que pueden ser aportados por las capacidades económicas individuales de los ejidatarios⁴⁰.

Los nuevos ejidos colectivos creados por estas reformas nunca serían subdivididos en pequeñas parcelas. Sus trabajadores constituirían un nuevo proletariado rural que nunca incrementaría las filas del capitalismo agrario. La comunidad de negocios vio en el crecimiento de los ejidos colectivos e industriales un paso hacia el comunismo⁴¹. Cuando los nuevos ejidos encontraron problemas organizacionales que desembocaron en bajas productivas, los críticos culparon de ese decremento a los métodos colectivos:

⁴⁰ Víctor Alba, *Las ideas sociales contemporáneas en México*, México, D.F., y Buenos Aires, 1960, p. 225.

⁴¹ Luis Cabrera, "La cruzada del Mayab", *Hombre Libre*, 1 de septiembre de 1937. Cabrera acusó al gobierno federal de operar mediante el Banco Ejidal para convertirse en un gran hacendado.



Ha sido imposible convertir a un peón carente de iniciativa en un ranchero progresista o inyectar sentido de responsabilidad en aquellos que trabajan colectivamente... el ejido no es una propiedad; el ejidatario no se ve a sí mismo como propietario puesto que tiene prohibido disponer libremente de su cosecha y por lo tanto trabaja poco y sin estímulo⁴².

Cárdenas había arriesgado el prestigio de su programa en estas granjas industriales colectivas. Muy pocos actos de su gobierno habían levantado tal vendaval de críticas. Las de por sí intranquilas clases medias vieron en estos experimentos un asalto a la propiedad privada. Las dos más espectaculares transformaciones de haciendas en unidades colectivas fueron las expropiaciones en La Laguna y en Yucatán. Para fines de 1938 ambas estaban con serios problemas.

La más antigua y más importante zona algodонера de México, La Laguna, fue repartida entre el campesinado en octubre de 1936. El gobierno dio a los 30 mil campesinos que habitaban esta cuenca del norte-centro la propiedad tanto de la tierra como de la maquinaria utilizada en los cultivos. Esta propiedad no fue entregada a campesinos individuales sino que se dispuso para el cultivo colectivo. El Banco Ejidal proporcionó de inmediato amplios créditos. Cárdenas hizo varias visitas a la zona, orientando a los campesinos sobre métodos de agricultura más eficientes⁴³. La Confederación de Trabajadores de México alabó este proyecto como “la más grande

⁴² Editorial en *Excelsior*, 2 de noviembre de 1938.

⁴³ William Cameron Townsend, *Lázaro Cárdenas, Mexican Democrat*, Ann Arbor 1952, p. 181. Para un estudio general de La Laguna y los resultados de la expropiación véase el texto de Clarece Senior, *Democracia Comes to A Cotton Kingdom*, México, D.F., 1939. Tanto Townsend como Senior muestran gran simpatía hacia Cárdenas y sus reformas. Véase también el texto de Ashby, *Organized Labor and the Mexican Revolution under Lázaro Cárdenas*, pp. 143-178.

victoria proletaria registrada a la fecha”⁴⁴. El ánimo y el nivel de vida de los campesinos mejoraron sustancialmente⁴⁵, pero la producción de algodón declinó. Las cantidades producidas cayeron de 36 mil 141 toneladas en 1936 a 28 mil 832 toneladas en 1938. Un crítico acusó a Cárdenas de arruinar las mejores tierras agrícolas en México⁴⁶.

Las plantaciones henequeneras de Yucatán estaban en problemas más serios. El 9 de agosto de 1937 Cárdenas había expropiado la mayoría de las grandes plantaciones yucatecas para entregarlas a los trabajadores mayas en la forma de ejidos colectivos. Como en La Laguna, Cárdenas y miembros de su gabinete se hicieron presentes para supervisar la distribución de la tierra. También como en La Laguna el gobierno destinó grandes sumas del banco Ejidal para ser prestadas a los nuevos ejidatarios. La expropiación salió mal tanto para los trabajadores, quienes padecieron una inflación que destruyó sus incrementos salariales⁴⁷, como para la producción de la fibra de henequén, que cayó de 102 mil 726 toneladas en 1936 a 57 mil

44 Confederación de Trabajadores de México, *Informe del Comité Nacional 1936-1937*, México, D. F., 1938, p.75.

45 Ashby, *Organized Labor and the Mexican Revolution under Lázaro Cárdenas*, p. 177. Ashby es en extremo comprensivo e intenta explicar los problemas a que se enfrentaron los nuevos ejidatarios.

46 Cuéllar, *Expropiación y crisis en México*, pp. 418-419. Virginia Prewett, *Reportage on México*, New York, 1941, pp. 147-148.

47 Wilberto Cantón, “Cárdenas en Yucatán”, *Problemas agrícolas e industriales de México*, VII, 4, 1955, 368-370. Cantón dice que Cárdenas dejó las plantas procesadoras en manos de los viejos hacendados, quienes así pudieron seguir en control de los campesinos. Acusa a Cárdenas de prestar atención a otros asuntos y dejar incompleta la reforma agraria en Yucatán. Véase Prewett, *Reportage on Mexico*, pp. 148-149.



915 toneladas en 1938⁴⁸. Los malquerientes del gobierno pusieron a Yucatán como otro ejemplo del fracaso de la colectivización.

La reforma agraria también impactó adversamente el cultivo de otros productos importantes. El alza del precio del maíz y la expropiación de extensos ranchos ganaderos ocasionó una disminución importante en la cría de cerdos. El azúcar, durante mucho tiempo uno de los productos más importantes del país, sufrió un retroceso debido en parte a disputas políticas al interior de los recién creados colectivos azucareros. Así para 1941 también se importaba azúcar.

La industria platanera de Tabasco, expropiada en 1936, también decayó debido a una desafortunada plaga y a disputas políticas locales. En Michoacán la industria arrocera colectivizada tampoco alcanzó las expectativas⁴⁹. Estos graves problemas fueron un gran desconcierto para el gobierno, que había apostado parte de su reputación al éxito de las agroindustrias colectivizadas, una de las principales innovaciones del cardenismo.

⁴⁸ Cuéllar, *Expropiación y crisis en México*, pp. 510-511.

⁴⁹ Prewett, *Reportage on Mexico*, pp. 148-151.

Disminución de la distribución agraria en México después de 1937

Dotaciones 1934-1940		
Año	Hectáreas entregadas	Campesinos beneficiados
1935	2,133,333	150,000
1936	3,500,000	225,000
1937	4,000,000	175,000
1938	2,500,000	125,000
1939	12,250,000	50,000
1935	75,000	2,000
1936	(sin datos)	
1937	437,500	1,000
1938	100,000	1,500
1939	6,000	750
1940	6,000	500

Fuente: Lázaro Cárdenas, *Seis años de gobierno al servicio de México, 1934-1940* (México, D.F., 1940).

El gobierno mexicano había actuado decididamente para colocar el sistema de propiedad de la tierra dentro de un marco más igualitario. Sin embargo, con sus reformas Cárdenas había creado una cantidad de nuevos problemas, tan graves como el descontento rural de 1933. Sobregirado en todas partes, el gobierno carecía de los fondos necesarios para proveer a los campesinos de créditos para adquirir las semillas, los animales, los fertilizantes y la maquinaria necesaria



para trabajar sus nuevas tierras. Incluso en Yucatán y La Laguna en donde esta ayuda había sido canalizada, las unidades colectivizadas parecían destinadas a la bancarrota. Peor aún, la disminución de la producción de alimentos básicos ocurrió en un tiempo en que la población seguía creciendo. Algo de la culpa podía atribuirse a las inevitables dificultades organizacionales aparejadas a las grandes transferencias de tierra y a la tendencia natural de los campesinos sin educación a regresar a los cultivos de subsistencia después de recibir su tierra, pero aun así la reforma agraria aún debía justificarse a sí misma con mejores condiciones de vida para el campesinado.

El gobierno buscó resolver la crisis frenando la reforma agraria después de 1937. Esperaba que esta desaceleración pudiera dar seguridad al aún numeroso sector de terratenientes privados que regresarían a desarrollar sus tierras. La entrega de tierras llegó a su culminación en 1937 y después declinó abruptamente. Tanto las dotaciones (entregas directas a campesinos sin tierra) como las restituciones (tierras regresadas a aquellos que fueron defraudados en regímenes previos) reflejaron la nueva política.

La declinación en la distribución reflejó tanto la carencia de tierra cultivable para expropiar como el deseo del gobierno de aplacar a los pequeños y medianos propietarios. Los primeros habían temido desarrollar y mejorar sus tierras al comprender que las tierras mejoradas representaban una especial tentación para las masas rurales desposeídas. En el periodo 1935-1937 con frecuencia habían sido expropiadas tierras inmediatamente después de la cosecha. El cambio de actitud del gobierno se reflejó en la apertura de la *Oficina de la Pequeña Propiedad*⁵⁰ en mayo de 1938. La nueva institución representó a los propietarios privados enfrentados a las demandas

⁵⁰ En español en el original.

campesinas para la expropiación de sus tierras. Autorizada para expedir certificados de exención a la expropiación, podía también restituir tierras ejidales que habían sido legalmente expropiadas⁵¹.

Problemas con el trabajo organizado

En 1934 el movimiento laboral mexicano estaba gravemente fragmentado. Durante la década de los 20 Luis Morones, un talentoso electricista del Distrito Federal, había organizado una poderosa unión, la Confederación Regional Obrera de México⁵² (CROM), a partir de distintos sectores. Esta organización estaba estrechamente aliada con los regímenes de Obregón y de Calles y se convirtió en un factor importante en su coalición gobernante. Dirigentes de la CROM tuvieron gubernaturas, curules senatoriales e incluso un puesto en el gabinete nacional. A principios de los 30 la CROM se desplomó por dos razones: primero, fue incapaz de mantener su alianza con los cada vez más conservadores gobiernos nacionales; y segundo, la clase obrera mexicana ya no aprobaba sus políticas de cooperación con el gobierno, nacionalismo y freno a la acción directa. Durante los años en que la CROM estuvo en el poder entre 1924 y 1933 las huelgas habían virtualmente desaparecido como armas del movimiento obrero mexicano. Para 1933 tanto militantes de a pie como muchos combativos dirigentes se habían retirado de la CROM, dejando sólo el cascarón de lo que la organización había sido durante

⁵¹ Para información sobre la Oficina de Pequeña Propiedad, véase: Lázaro Cárdenas, *Seis años de gobierno al servicio de México 1934-1940*, México, D.F., 1940, p. 334. Hernán Laborde, *Cárdenas, reformador agrario*. Marte R. Gómez proporcionó información adicional sobre el funcionamiento de la oficina en una entrevista con Albert L. Michaels en la Ciudad de México el 12 de enero de 1965.

⁵² En español en el original.



la presidencia de Calles. Sin embargo, el derrumbe de la CROM no benefició de inmediato a trabajadores individuales. Cada grupo se dividió en facciones y gran parte de la energía del movimiento obrero se gastó en agrias disputas por el control local o regional⁵³.

Durante su campaña, Cárdenas había urgido a los trabajadores de hacer algo para solucionar su desunión y desorganización. En un discurso en Campeche el 9 de marzo de 1934 aconsejó a los trabajadores organizarse y olvidar sus disputas internas:

Uno de mis más caros deseos es que la clases trabajadoras tengan libre acceso a las instancias de poder, pero si esto va a ocurrir deben organizarse, disciplinarse e intensificar su acción social, no dentro de una esfera limitada, sino abarcando todas las áreas de la colectividad incluyendo la cooperación de las mujeres y de la juventud⁵⁴.

Este mensaje, repetido una y otra vez a lo largo de la campaña estaba dirigido a convencer al trabajador mexicano de que tendría de nuevo a un amigo y a un aliado en la presidencia pero que debería organizarse para aprovechar la oportunidad que se le abriría en los años siguientes.

Después de 1934 los hechos se sucedieron rápidamente. Una nueva organización laboral nacional, la Confederación de Trabajadores de México⁵⁵ fue fundada por opositores a la vieja dirección de la CROM. Un joven intelectual poblano, Vicente Lombardo

53 Para el movimiento obrero mexicano entre 1930 y 1934 véase Marjorie Clark, *Trabajo organizado en México*, Chapel Hill, 1934 y Rosendo Salazar, *Historia de las luchas proletarias de México*, México, D.F., 1938.

54 Partido Nacional Revolucionario, *Las giras del general Lázaro Cárdenas*, México, D.F., 1934, p.156. Este es un registro abreviado de los discursos de campaña de Cárdenas.

55 En español en el original.

Toledano, organizó y asumió la dirigencia de la nueva unión. En 1935 Lombardo Toledano apoyó a Cárdenas en contra del general Calles y sus seguidores. El gobierno recíprocó alentando un número de conflictos laborales sin precedente después de que Cárdenas asumió al poder, la mayoría de los cuales fueron resueltos a favor de los trabajadores. Una vez más el Estado estuvo firmemente alineado con el movimiento obrero organizado y la CTM se convirtió tal vez en el más fuerte apoyo del gobierno cardenista⁵⁶. Esta estrecha alianza entre el gobierno y el movimiento obrero llevó a la expropiación petrolera. Después de marzo de 1938 surgieron los problemas. Los trabajadores de muchas industrias, animados por sus fáciles victorias, ahora perseguían logros adicionales.

Dirigentes ambiciosos querían aliviar el sufrimiento ocasionado a sus seguidores por la rampante inflación de la época. Cárdenas sabía que la actividad de los dirigentes sindicales había parcialmente causado la inflación, pero no lograba que los trabajadores atendieran sus llamados al patriotismo. Eventualmente tomó medidas contra la CTM y frenó las huelgas⁵⁷.

Cárdenas había prometido dar a los trabajadores una porción del poder en el gobierno de la nación. Había entregado las fábricas a los trabajadores sólo cuando los administradores manifestaron

56 Para las relaciones entre la CTM y el gobierno de Cárdenas véase Ashby, *Organized Labor and the Mexican Revolution under Lázaro Cárdenas*, y Albert L. Michaels, "Nacionalismo e internacionalismo, movimiento laboral organizado bajo Lázaro Cárdenas", University of Buffalo Studies, agosto de 1968. Para un recuento casi día a día del periodo hasta y durante 1938 véase la continuación del anterior libro de Rosendo Salazar, *Historia de las luchas proletarias de México*, México, D.F., 1956.

57 Cárdenas no siempre había dado al movimiento obrero manos libres. En marzo de 1936, con el presidente del PNR Emilio Portes Gil, impidió que la CTM organizara a los trabajadores rurales a quienes el gobierno agrupó en la *Confederación Nacional Campesina* (en español en el original). Para la disputa de 1936, véase Michaels, "Nacionalismo e internacionalismo", pp. 71-72.



que los incrementos salariales los obligarían a cerrar. Los problemas económicos que surgieron de la expropiación petrolera clarificaron esta distinción. Cárdenas permitiría a los trabajadores hostigar a los arrogantes intereses extranjeros o a los reaccionarios capitalistas domésticos, pero no toleraría huelgas en contra de la nación y de su gobierno revolucionario.

Con la expropiación, el gobierno revolucionario descendió de sus alturas olímpicas para arbitrar los asuntos sociales. Los dirigentes mexicanos ya no se podían permitir ocuparse sólo de la justicia social mientras ignoraban las consecuencias económicas inmediatas de sus acciones. México se había convertido en un productor cuyos intereses se veían profundamente afectados por los cambios sociales. Muchos trabajadores y sus dirigentes no entendían los cambios.

Los dirigentes obreros tendían a ver en la expropiación petrolera un paso importante hacia la nacionalización total de toda la industria mexicana. Abrigaban esperanzas de que las industrias expropiadas serían entregadas para la administración de los propios trabajadores, como había sucedido en la industria petrolera y en los ferrocarriles. A fines de 1938 el sindicato minero presentó una relación de demandas a las empresas del ramo para forzarlas a una situación similar a la de las petroleras con la esperanza de que el gobierno las expropiara. Cárdenas dudó y ordenó a los sindicatos hacer la paz al tiempo que daba seguridades a las empresas de que no se llevarían a cabo más expropiaciones⁵⁸. Este sería un patrón

⁵⁸ Bernstein, *La industria minera mexicana*, p.184. La huelga de los mineros de cobre de 1938 fue característica de los problemas del gobierno. El gobierno obligó al sindicato a aceptar una solución de compromiso, por lo que los trabajadores intentaron entonces sabotear las minas propiedad de la Anaconda Copper Company; la producción cayó en un 50 por ciento. Para detalles véase el *New York Times* del 20 de noviembre de 1938.

que se repetiría muchas veces durante los dos últimos años del gobierno de Cárdenas.

Las huelgas no eran la única dificultad. Los trabajadores aún estaban lejos de la unidad. Las rivalidades sindicales, los asesinatos y los conflictos de liderazgo fueron muy frecuentes en el periodo posterior a 1937. La dominante CTM enfrentaba el reto de los anarquistas agrupados en la Confederación General de Trabajadores⁵⁹ (CGT) y de la disminuida CROM encabezada por Luis Morones⁶⁰. Esta situación preocupó enormemente a Cárdenas, quien deseaba por encima de todas las cosas la unidad de los obreros. Su disgusto con los dirigentes obreros se hizo patente en el desaliento oficial de las huelgas y en la creciente seriedad de sus reclamos a los obreros.

El número de huelgas y de trabajadores que se involucraron en ellas llegó a la cima en 1935, pero los informes oficiales demuestran que después de 1937 hubo una gran disminución. En 1935 más de 145 mil trabajadores habían participado en 642 huelgas; en 1938 este número descendió a 13 mil 435 obreros en 319 huelgas; incluso en 1940, año de gran descontento laboral, sólo 14 mil 784 trabajadores montaron 357 huelgas⁶¹. Los trabajadores ferrocarrileros y los del petróleo, hasta entonces altamente favorecidos por Cárdenas, demostraron ser los más obstinados. Ignorando peticiones oficiales, continuaron demandando rentas más bajas, salarios más altos, jornadas laborales más breves y vacaciones más extendidas. En

⁵⁹ En español en el original.

⁶⁰ La prensa de la Ciudad de México está repleta de relatos sobre los conflictos inter-sindicales e intrasindicales que ocurrieron durante estos años. Véase por ejemplo *Novedades* del 6 de agosto de 1939, *El Universal*, del 12 de agosto de 1939 y *Novedades*, del 31 de octubre de 1939.

⁶¹ Guadalupe Rivera Marín, *El mercado de trabajo*, México, D.F., y Buenos Aires, 1955, p. 226 y Secretaría de Economía Nacional, *Anuario estadístico*, 1940, p. 376. Ver también Wilkie, *La Revolución Mexicana*, p. 184.



1940 los trabajadores petroleros rechazaron el plan de Cárdenas para reorganizar la industria y se retiraron de la CTM, organización que había continuado con su apoyo al gobierno. De hecho, un enfadado Cárdenas envió tropas federales para romper una huelga en la refinería de Azcapotzalco⁶². Esta acción habría sido inconcebible durante los primeros años de su gobierno.

Obviamente Cárdenas estaba molesto por los paros de estas dos poderosas uniones. Había expropiado ambas industrias y había dado la administración a los propios trabajadores y aun así los obreros no estaban satisfechos. Durante los años de 1938 a 1940, los discursos de Cárdenas reflejaron esta molestia. En febrero de 1939 advirtió a la CTM no limitar sus objetivos a sus propios intereses sino recordar que sus problemas estaban íntimamente relacionados con los de la nación entera⁶³. Una y otra vez el presidente urgió a los trabajadores a posponer beneficios inmediatos en aras del futuro de México. En febrero de 1940, en un discurso sobre los problemas de la industria petrolera, Cárdenas recordó al sindicato que eran los trabajadores mejor pagados del país. Sugirió que los ataques al gobierno estaban dañando el interés de todos los trabajadores del país. El sindicato debía demostrar su patriotismo y ayudar al gobierno a “consolidar la independencia económica de México”⁶⁴.

En julio de su último año del sexenio, la CTM ofreció un banquete en honor del presidente saliente. De nuevo Cárdenas lanzó un

⁶² Para los problemas de Cárdenas con los trabajadores del petróleo en 1939 y 1940 véase Betty Kirk, *Cubriendo el frente mexicano*, Norman, 1942, pp. 64-65, 71, Archivo Casasola, *Historia gráfica de la Revolución*, IV, 2333-4, Carlos Díaz Dufoo, *Comunismo contra capitalismo*, México, D.F., 1943, p. 374.

⁶³ *El Nacional*, 25 de febrero de 1939.

⁶⁴ *El Universal*, 21 de febrero de 1940.

llamado al patriotismo junto con una advertencia. Si las industrias nacionalizadas como el petróleo y los ferrocarriles colapsaran, los reaccionarios usarían estos fracasos como argumentos en contra de la viabilidad de reformas adicionales⁶⁵. En junio de 1940 en Querétaro, Cárdenas de nuevo reclamó a los sindicatos tanto de los ferrocarriles como del petróleo. Fustigó a los petroleros por su falta de disciplina e incapacidad de hacer sacrificios por una industria que pertenecía a todo México y condenó a los trabajadores ferrocarrileros por crear un gran aumento de accidentes. El presidente concluyó con un llamado a la moderación:

En el caso de los trabajadores ferrocarrileros y del petróleo estos no están involucrados en conflictos entre el trabajo y la administración; los primeros debieran resolver sus problemas mediante el cumplimiento de las obligaciones que adquirieron al tomar la administración de las líneas y lo últimos debieran aceptar el deber moral y social que tienen con la revolución y el país todo⁶⁶.

Esta petición fue inútil. Los trabajadores ferrocarrileros y petroleros se negaron a cooperar y los problemas laborales continuaron plagando ambas industrias.

Hacia el final de su gobierno Cárdenas lo intentó una vez más. Se dirigió a un congreso nacional de la CTM y lanzó lo que fue tal vez su más elocuente súplica por el nacionalismo encima de la guerra de clases⁶⁷. Una vez más recordó a los obreros que su gobierno había

⁶⁵ *El Nacional*, 25 de julio de 1940.

⁶⁶ *Ibíd.*, 29 de julio de 1940.

⁶⁷ Lázaro Cárdenas, Palabras del C. Presidente de la República en el homenaje, que le rindió el Décimo Sexto Congreso Nacional de la Federación de Trabajadores de México, México, D. F., 25 de noviembre de 1940.



dado al proletariado mexicano ventajas económicas, políticas y culturales sin precedente. Pero esas mismas ventajas a su vez imponían nuevas responsabilidades; los trabajadores ahora tenían la “obligación de hacer su parte para incrementar la producción”. Cárdenas señaló que México era un país retrasado y rural cuya mayoría vivía aún en la pobreza abyecta. Puntualmente equiparó el patriotismo con el incremento de la producción y aconsejó a los trabajadores unirse no contra el capital sino para el desarrollo económico:

Todo trabajador con la oportunidad de producir que no aplica todo su esfuerzo y capacidad a su trabajo o que se entrega al vicio o a las prácticas parasitarias, está evadiendo su responsabilidad. Es un traidor a su clase y un enemigo del programa reivindicativo de México.

Cárdenas entonces abordó la situación del mundo e intentó demostrar a la CTM cómo los eventos internacionales impactaban sus propios intereses. La Revolución mexicana y sus reformas sociales estaban amenazadas por el movimiento fascista mundial. El proletariado de todos los países debía permanecer en alerta. Si los trabajadores mexicanos seguían siendo indisciplinados, entonces el fruto de 30 años de trabajo podría fácilmente perderse. Cárdenas entonces expuso claramente sus razones para desacelerar el paso de la reforma social: “estamos entrando a un momento de intensa lucha de naturaleza extraordinariamente polémica que nos enfrenta a la necesidad de terminar con situaciones extremas que podrían poner en peligro los intereses colectivos”⁶⁸.

⁶⁸ *Ibíd.*, pp. 4, 6-7.

Durante sus últimos años de gobierno Cárdenas hizo más que moderar sus tempranas políticas prosindicales. Había descubierto que los dirigentes obreros sólo eran humanos y que un “jefe obrero” podía ser tan predatorio como un capitalista⁶⁹. También había descubierto que la reforma social sin desarrollo económico podía ocasionar una inflación que eliminaría las ganancias de la misma reforma. Durante el periodo 1934-1937 había colaborado con los trabajadores industriales para formar una organización proletaria fuerte y unida. En el periodo 1938-1940 luchó para convertir al nacionalismo a las clases trabajadoras y evitar que sus dirigentes más irresponsables destruyeran la infraestructura de la economía mexicana.

La desilusión de la clase media

De 1930 a 1940 hubo un significativo aumento de las clases urbanas y medias. Los pequeños propietarios agrarios crecieron 10 por ciento y llegaron a 78 mil, mientras que en las ciudades, particularmente en la capital, la burocracia y las clases profesionales instruidas se expandieron con demasiada rapidez para ser incorporadas a la economía. La migración de las clases acaudaladas desde sus haciendas amenazadas a la ciudad incrementó la presión para trabajos de oficina. Tan sólo la burocracia gubernamental ascendía a 191 mil 587, un incremento de 48 mil desde 1935. La recuperación de la economía de la depresión de 1935 a 1936, llevó a mayores oportunidades industriales y comerciales. Para 1940 el 10.9 por ciento de la población económicamente activa estaba en la industria en tanto que los

⁶⁹ Townsend, *Lázaro Cárdenas*, p. 88. Townsend, ferviente admirador de Cárdenas, culpa a su ingenuidad hacia los dirigentes obreros por muchos de los problemas de su gobierno.



trabajadores de cuello blanco eran más de medio millón en el sector comercio⁷⁰. Todos estos sectores de la clase media sufrieron durante la crisis económica de finales de la década de los 30.

Cárdenas llegó a la presidencia en un tiempo de gran descontento popular. La depresión mundial había provocado directa o indirectamente cambios en los gobiernos en todo el mundo. En México había gobernado desde 1920 la misma facción política. Adicionalmente, la depresión había arruinado a muchos pequeños empresarios sin afectar a muchas de las grandes empresas propiedad de extranjeros o de pro-gobiernistas⁷¹. Para 1935 muchos ambiciosos jóvenes políticos, hombres de negocios, católicos, trabajadores, maestros y agraristas se habían unido al gobierno en contra de Calles y se inclinaban a aclamar aquellas reformas iniciales de Cárdenas, como el programa de obras públicas y la ayuda directa a la industria que favoreció a las clases medias urbanas.

Muchos observadores no se dan cuenta del impulso que el gobierno de Cárdenas dio a la industria privada. Para 1936 el gobierno tenía un virtual monopolio de las inversiones agrícolas ya que la reforma agraria había dejado a los inversionistas privados inseguros para incursionar en este ramo. El gobierno buscó desviar el capital nacional, que hasta entonces se canalizaba a lo agrícola, hacia el desarrollo interno. Para impedir el acaparamiento de los ahorros y la fuga de capitales, Cárdenas sabía que el gobierno debía asegurar a los inversionistas privados que sus capitales estarían relativamente a salvo. Para esto el banco central amplió sus funciones para

⁷⁰ Todos estos datos están tomados de Nathaniel C. Whetten, “El surgimiento de una clase media en México”, en Miguel Othón de Mendizábal (editor), *Las clases sociales en México*, México, D.F., sin fecha, pp. 53-60.

⁷¹ Valentín Campa, “El Cardenismo en la Revolución Mexicana”, *Problemas agrícolas e industriales de México*, VII, 3, 1955, 227-30.

garantizar la liquidez de las inversiones privadas. Adicionalmente, para impulsar la expansión industrial, la Nacional Financiera -establecida en 1933 para crear un mercado para bonos del gobierno- reorientó sus prioridades para alentar a la industria. Ofreció suscribir inversiones privadas y además ofreció capital semilla para proyectos industriales. Para facilitar sus actividades Nacional Financiera comenzó a tomar prestado del banco central en 1938⁷². Estos esfuerzos eventualmente llevaron a nuevas inversiones, desarrollo industrial y empleos ejecutivos pero los desastrosos efectos de la expropiación petrolera ensombrecieron los buenos resultados de la Nacional Financiera.

En 1938, ya que la crisis petrolera había engendrado tanto inflación como una desaceleración económica nacional, estos grupos se tornaron cada vez más hostiles hacia Cárdenas. La extensa reforma agraria obviamente impactó la producción agrícola, agravando seriamente la inflación. El aumento en la necesidad de importar alimentos eventualmente disminuiría más el flujo de divisas extranjeras requerido para la industrialización. El Banco Ejidal estaba absorbiendo fondos requeridos para el apoyo público de la industria. Las clases medias se irritaron más por otras medidas de Cárdenas no relacionadas con la economía: el asilo a León Trotsky, la entrega de los ferrocarriles y los pozos petroleros a los trabajadores, la libre inmigración de republicanos españoles, la sindicalización de burócratas y la anticlerical ley de educación de 1940, convencieron a muchos de que México se encaminaba al socialismo

⁷² Para los esfuerzos de Cárdenas por estimular a la industria privada véase David Shelton, "El sistema bancario", Raymond Vernon (editor), *Políticas públicas y empresa privada en México*, Cambridge, Mass., 1964, pp. 138-141 y Calvin Blair, "Nacional Financiera", *Ibid.*, pp. 206-209. Véase también Robert T. Aubey, *La Nacional Financiera y la industria mexicana*, Los Ángeles, 1966, pp. 36-38.



ateo, un sistema que significaría el posible fin de las esperanzas de mejora económica de la clase media. Temían su propia extinción y estaban preparados para defender su posición.

Harold Laski había descrito el fascismo como la defensa de las clases medias contra el asalto de las masas y esta observación explica el crecimiento de las ideologías fascistas en la Europa de los años 20 como respuesta al comunismo. También aplica a México. Aunque en México nunca había surgido un partido fascista significativo, en el país sí aparecieron los violentamente anticomunistas y altamente organizados sinarquistas, que a muchos pareció el comienzo de un fascismo vernáculo. Menos significativos, pero típicos de la época, fueron las intentonas de la comunidad española para integrar una Falange y los esfuerzos de ciertos viejos revolucionarios para crear un partido llamado Camisas Doradas. En 1964 Manuel Gómez Morín describió el ambiente de la época:

En esos años muchos jóvenes se sintieron atraídos a las marchas rítmicas de las multitudes desfilando en las calles... un fenómeno mundial. En ese tiempo parecía ser muy romántico, había fascismos rojos y negros, pero casi todo mundo pensaba en términos de organizar a la humanidad dentro de formaciones militares⁷³.

En México, los sectores medios sufrían de los mismos temores y aspiraban a un orden por las mismas razones que las burguesías europeas. Su horror al socialismo llegó a un clímax durante el periodo 1934-1940 puesto que entonces, como nunca antes en la historia de México, la clase media vio al gobierno tan devotamente inclinado a la causa del proletariado por encima de las necesidades de todas las

⁷³ Manuel Gómez Morín, entrevista con James y Edna Wilkie, Ciudad de México, 11 de diciembre de 1964.

demás clases. Sus temores por el futuro y sus ansiedades contemporáneas fueron resumidas cuando dos almazanistas, el general Jacinto Treviño y Emilio Madero, le preguntaron al general Cárdenas:

Señor presidente usted ha dicho que la República debería ser gobernada por los trabajadores y los campesinos. Señor presidente ¿qué México está sólo integrado por trabajadores y campesinos? ¿Es que no hay una clase media? ¿Es que no hay hombres de negocios? ¿Es que no hay empresarios? Díganos señor presidente, ¿es nuestra culpa que no hayamos nacido campesinos o trabajadores?⁷⁴

El mexicano de clase media promedio, alarmado por el crecimiento de organizaciones como la CTM y la CNC y frustrado por la desarticulación económica ocasionada por la expropiación petrolera, ansiaba orden y estabilidad. Quería el fin de la corrupción oficial, de las huelgas, de la reforma agraria, de la inflación, de las expropiaciones y de la enseñanza del socialismo en las escuelas, pero, sobre todo, quería seguridad respecto a la amenaza de que reformas adicionales podrían reducirlo al nivel económico y social del proletariado levantisco.

El historiador Daniel Cosío Villegas ha descrito a los colaboradores de Cárdenas como “los peores que ha tenido cualquier presidente revolucionario”⁷⁵. Hacia fines de los 30 la prensa de la

⁷⁴ Una comisión de almazanistas fue con Cárdenas y le pidió reconocer a su candidato quien, sostenían, había ganado las elecciones. Cárdenas desde luego los desestimó, pero durante la entrevista lograron articular claramente muchas de las causas del extendido descontento con el cardenismo. El texto de esta interesante confrontación fue publicado en la revista *Hoy* del 7 de septiembre de 1940.

⁷⁵ En “La izquierda mexicana”, Joshep Maier y Richard Weatherhead, *Políticas de cambio en América Latina*, Nueva York, 1964, p. 136. Ernest Gruening en *México y su herencia*, Nueva York, 1928, p. 427, ataca a Silvano Barba González y Agustín Arroyo Ch., más adelante prominentes cardenistas, por sus prácticas corruptas en los años 20.



Ciudad de México constantemente acusó de corrupción al gobierno en particular tratándose de los ejidos. El novelista Mariano Azuela durante mucho tiempo un crítico de la Revolución desde la clase media, describió a los burócratas cardenistas, en una amarga novela antigubernamental:

Viajan en Pullman ya que no hay aviones para transportarlos. Nunca nuestros antiguos hacendados comieron, se vistieron o vivieron de manera tan principesca como ellos... las masas sólo han cambiado de amos⁷⁶.

Estos ataques no se circunscribían a la prensa conservadora de la capital o a los críticos de la derecha. En 1940 la crítica izquierdista Concha de Villarreal escribió un largo folleto señalando muchos ejemplos de la explotación del campesinado por los burócratas⁷⁷. En lenguaje semejante al que habían empleado tanto Cabrera como Azuela atacó lo mismo a los dirigentes obreros como a los funcionarios ejidales:

La burocracia se ha apoderado del gobierno. Esto no es la dictadura del proletariado sino de los empleados y sus jefes. Han tomado el control de la economía nacional y el destino tanto de los campesinos como de los trabajadores de la ciudad⁷⁸.

Estos ataques públicos a la corrupción oficial ocurrieron con mayor frecuencia según se aproximaba la elección. En México el presidente tradicionalmente había sido inmune a los ataques personales y por

⁷⁶ Mariano Azuela, *Avanzada*, México, D.F., 1940, p.162. La novela describe el trágico fin de un joven idealista que intenta implantar una reforma tecnológica en el campo. Es perseguido y finalmente asesinado.

⁷⁷ Concha de Villarreal, *México busca un hombre*, México, D.F., 1940.

⁷⁸ *Ibid.*; p.31.

lo tanto Cárdenas no fue aludido personalmente. Muchos mexicanos probablemente creían en su honestidad y sinceridad, pero no había duda de que la venalidad de muchos de sus seguidores había manchado la reputación de su gobierno.

Cárdenas nunca criticó públicamente ni recriminó abiertamente a ningún colaborador cercano por corrupción. Aparentemente las ligas tradicionales, personales, de la política mexicana tuvieron precedencia sobre la indudable moralidad del presidente. Pero hay alguna evidencia de que Cárdenas reconocía el problema y por lo menos intentó limitarlo. En septiembre de 1939 pidió al Congreso expedir una ley que requería a todos los funcionarios catalogar sus bienes personales en una declaración al momento de asumir un cargo⁷⁹. El sacerdote jesuita Joseph Ledit narra en su libro una anécdota sobre el problema Estado-Iglesia⁸⁰ que de ser cierta muestra la creciente alerta de Cárdenas sobre las debilidades de sus seguidores. En julio de 1939 en Celaya, Guanajuato, guardias agraristas mataron a varios sinarquistas opositores. Después de una gran manifestación fúnebre, Cárdenas se trasladó a la zona para investigar personalmente los asesinatos. Los sinarquistas locales organizaron demostraciones masivas a la llegada de los dignatarios visitantes. El presidente, obviamente desconcertado por la fuerza de los opositores entre los pobres, se dirigió a su séquito con disgusto para culpar a sus

⁷⁹ Townsend, *Lázaro Cárdenas*, p. 335. Townsend cita a Cárdenas declarando que “cualquier persona que ingresa al servicio público y lo deja rico exhibe su venalidad”. Entre aquellos acusados de corrupción estaban el hermano de Cárdenas, Dámaso y sus cercanos colaboradores, el general Henríquez Guzmán y Ernesto Soto Reyes, de tal suerte que consideraciones familiares y amistosas pudieron haber limitado la respuesta del presidente.

⁸⁰ *Le Front des Pauvres*, Montreal, 1954.



colaboradores por el crecimiento del sinarquismo⁸¹. Cárdenas había llevado a cabo muchos cambios pero no había solucionado el problema de la moralidad política⁸². Este fracaso pudiera no haber debilitado su popularidad personal pero ciertamente ayudó a desacreditar a su gobierno. Tal vez la corrupción no haya sido peor en el gobierno de Cárdenas que en anteriores administraciones pero el pueblo ciertamente esperaba algo mejor de un dirigente tan idealista.

En 1939, después de varios años de paz, el problema religioso de nuevo amenazó la tranquilidad de México. El gobierno estaba irritado por la satisfacción con que la iglesia mexicana saludó la victoria de Franco en la guerra civil española y el surgimiento del partido Sinarquista de orientación católica. Tomó medidas para implementar la ley de educación socialista de 1934 con la que se había reformado la Constitución para proveer una educación socialista. La promulgación de esta ley en 1933 en principio había establecido la educación socialista como la base de la pedagogía mexicana, pero el gobierno en realidad nunca había aterrizado los cambios. En diciembre de 1939 el gobierno procedió a poner en marcha esta medida. Vicente Lombardo Toledano, dirigente de la CTM, presidió un encuentro de la Confederación Nacional de Educación y este grupo, entre discursos anticlericales, redactó una ley para inculcar el materialismo histórico en el sistema educativo mexicano. Esta ley fue aprobada por ambas cámaras del congreso mexicano el 31 de diciembre. Por primera vez habría un control

⁸¹ *Ibid.*, pp. 239-41.

⁸² Para una excelente descripción del problema de la corrupción política en México véase Manuel Moreno Sánchez, "Un estudio norteamericano sobre Cárdenas", *Problemas agrícolas e industriales de México*, 1955. Moreno culpa a las actitudes tradicionales por gran parte del problema.

estatal detallado sobre la educación mexicana desde la preprimaria hasta la secundaria. Todas las escuelas debían cumplir con la Constitución de 1917 y la nueva ley⁸³. La promulgación de esta ley de inmediato amenazó con reabrir el conflicto entre la iglesia y el Estado que había disminuido después de 1936. Los católicos vieron en esta legislación pergeñada por los seguidores del archisocialista Lombardo Toledano el comienzo de un nuevo ataque a la iglesia. El primero de enero el cabezal del periódico conservador *Hombre Libre* llamó a resistir la nueva legislación⁸³. Los católicos renovaron todas las viejas objeciones que habían levantado en contra del programa de educación sexual de 1933⁸⁵. Un crítico vio en esta ley un nuevo mecanismo para dividir a la familia mexicana⁸⁶. Los obispos denunciaron el peligro a las almas de los jóvenes, mas prometieron trabajar dentro de la ley para modificar la Constitución⁸⁷. Otro revivió el fantasma de la degeneración sexual:

Bajo el pretexto de dar a los estudiantes explicaciones precisas y racionales del universo como proclaman los directores de la educación socialista los estudiantes están siendo prostituidos mediante la enseñanza criminal, imprudente y tendenciosa de las intimidades reproductivas⁸⁸.

⁸³ El texto de la ley fue publicado en *El Universal* el 28 de diciembre de 1939.

⁸⁴ “Es el momento de reconquistar plenamente nuestros derechos como padres de familia”, *Hombre Libre*, 1 de enero de 1940.

⁸⁵ Véase James W. Wilkie, *Conflicto ideológico en el tiempo de Lázaro Cárdenas*, Tesis de maestría inédita, Universidad de California en Berkeley, 1959.

⁸⁶ Correa, *El balance del cardenismo*, p. 320.

⁸⁷ *New York Times*, 20 de enero de 1940.

⁸⁸ Pedro Urdavina, *La situación de México y la sucesión presidencial*, México, D.F., 1940, p. 42.



En un editorial titulado “irresponsables y criminales”, *Excelsior* describió una conferencia magisterial en términos no precisamente calculados para aplacar las crecientes inquietudes católicas. El periódico narró cómo los maestros comunistas habían insultado la bandera y se habían burlado del himno nacional. La nación lo mismo que las almas de su juventud estaban claramente amenazados⁸⁹. El 9 de marzo los renacidos grupos antisocialistas conocidos como “padres de familia” se reunieron y votaron para boicotear la aplicación de educación in-moral a las escuelas⁹⁰. Pero a diferencia de la oposición católica en 1933 no hubo amenazas de revueltas armadas.

Evidentemente Cárdenas había fallado en sus cálculos. La población católica devota había apoyado al gobierno a lo largo de la controversia petrolera y se había negado a agruparse en torno al supuestamente proclerical general Zedillo cuando se rebeló en mayo de 1938, pero en 1940 se había alejado peligrosamente del gobierno. Las mujeres de clase media -en términos generales muy devotas- en particular temían que México se estuviese moviendo hacia el socialismo. No sólo se fortaleció la oposición sino que volvió a surgir una peligrosa polarización entre católicos devotos y ciudadanos anticlericales. Tal polarización podía alimentar la rebelión armada. Muchos católicos mexicanos se habían alzado en 1926; un número menor había tomado las armas en 1933. Con una fuerza de alrededor de medio millón de militantes, los sinarquistas podrían ser el núcleo de un ejército fascistoide católico semejante a los carlistas españoles.

Muchos mexicanos de clase media también se inquietaron con el ferviente apoyo de Cárdenas a la España republicana. El gobierno abrió las puertas del país a la inmigración de refugiados españoles. La oposición mexicana a esta política estaba basada en el temor de

89 *Excelsior*, 1 de marzo de 1940.

90 *El Universal*, 10 de marzo de 1940.

una contaminación de México por ideas comunistas: los veteranos españoles fácilmente podrían mostrarse de utilidad para la izquierda en una guerra civil⁹¹. Algunos trabajadores temían que los españoles vendrían a competir por empleos, particularmente en los ferrocarriles⁹². Uno de los muchos panfletistas antigubernamentales mostró la profundidad de los sentimientos sobre este asunto:

El gobierno del general Cárdenas no ha cometido otro error de tanta trascendencia para el futuro de nuestro país que el de abrir nuestras puertas al enjambre de inmigrantes que traen con ellos... el deseo de trasplantar a nuestro suelo los gérmenes de la desolación que provocaron la catástrofe española⁹³.

El 7 de mayo de 1940 el gobierno cardenista ordenó la suspensión temporal de admisión de refugiados españoles.

Muchos protestaron vehementemente contra el estatuto de los burócratas que permitía la formación de un sindicato de empleados del gobierno. Aunque Cárdenas impidió que este nuevo sindicato se adhiriera a la CTM, de todas maneras sus críticos anticiparon la posibilidad de una huelga que podría paralizar al gobierno federal⁹⁴. Un grupo de veteranos de la Revolución encabezado por Enrique Estrada, Bolívar Sierra y Ramón Iturbe se opuso a la medida en la Cámara de Diputados. Iturbe equiparó la sindicalización de empleados públicos con el comunismo. Sostuvo que tales acciones

91 *El Universal*, 7 de enero de 1939. Un grupo opositor protesta por la admisión de milicianos republicanos españoles a quienes llama mercenarios “que alterarían la paz de la nación”.

92 *New York Times*, 8 de agosto de 1939. Un grupo de ferrocarrileros se retiró de la CTM en protesta por la contratación de refugiados españoles como maquinistas y fogoneros.

93 Benito X. Pérez Verdía, Cárdenas frente al tinglado electoral, p. 66.

94 Benito X. Pérez Verdía, *Cárdenas apóstol v.s. Cárdenas estadista*, México, D.F., 1939, p. 85.



formaban parte de la conspiración roja para socializar la industria e implantar la dictadura del proletariado. En México tal sindicato promovería la división entre las clases más que fortalecer la democracia⁹⁵. El Partido Nacional Revolucionario expulsó a Iturbe y a Sierra por su oposición, entonces formaron su propio partido político, el Frente Democrático Constitucional Mexicano⁹⁶, para combatir el supuesto intento de Lombardo Toledano para convertir a México en un Estado comunista⁹⁷.

Aunque otras medidas como la reforma agraria crearon más controversia, la inmigración española y el estatuto de la burocracia poblaron los temores de las clases medias. Los inconformes interpretaron estas acciones como parte de la conspiración comunista cuyo objetivo final era un México socialista sin la iglesia católica, la familia cristiana o la propiedad privada. A finales de 1939 recibieron otro golpe cuando Cárdenas concedió asilo a León Trotsky. Si el siguiente gobierno quería evitar una guerra civil de alguna manera debería aplacar los miedos de la clase media. No hacerlo podía empujar a los aterrorizados trabajadores de cuello blanco y a los profesionistas a las filas de un movimiento fascista vernáculo. Con el apoyo de muchos oficiales del ejército tal fuerza sería enfrentada a las organizaciones obreras y agraristas. Una vez que este resquebrajamiento tuviera lugar sería muy difícil que México evitara un destino como el de España.

95 Para este debate véase *Diario de los debates*, Cámara de diputados, 12 de julio de 1938, p. 42.

96 Ambos nombres en español en el original.

97 Para ejemplos de los manifiestos expedidos por el Frente Democrático Constitucional Mexicano véase *El Universal*, del 18 de enero de 1939 y el *New York Times* del 12 de febrero de 1939.

El fin del cardenismo

A lo largo de su presidencia Lázaro Cárdenas había perseguido incansablemente tres metas: justicia social para el proletariado, el fin de la violencia política y el estímulo de una identidad nacional entre la heterogénea población mexicana. Conforme se acercó el fin de su sexenio en 1940, Cárdenas podía ver que había hecho muchos avances hacia los dos primeros objetivos. El tercero, a pesar de la extendida euforia provocada por la expropiación petrolera, estaba lejos de ser alcanzado. En realidad, en muchos sentidos México estaba tan desunido en 1940 como en 1933. Organizaciones como la CNC y la CTM habían fortalecido internamente al proletariado mexicano, pero habían alentado una lealtad institucional más que nacional. Mediante sus continuadas huelgas durante 1939-1940, los trabajadores petroleros y ferrocarrileros habían demostrado que no siempre se podía confiar en que una poderosa organización laboral antepusiera siempre la lealtad a la nación a la lealtad de clase. Aunque la CNC siempre fue leal a Cárdenas, no mostraba señales de madurez política. Los sectores medios habían sido al mismo tiempo intranquilos y peligrosamente alienados del gobierno. La posibilidad de conflictos intraclasisistas o intrainstitucionales, o ambos, tenía peligrosas implicaciones. Tal conflicto podía llevar a la guerra civil y por lo tanto reinstalar la violencia como un medio para saldar disputas políticas. Si como al igual que en España una guerra civil fuese ganada por los conservadores, entonces mucho de los avances del cardenismo hacia la justicia social quedarían arruinados. El tiempo se acababa y Cárdenas lo sabía.

La crisis internacional se agregó a la complejidad de los problemas de México. Cárdenas siempre había condenado toda agresión internacional como en los casos de España y Finlandia. Había



observado la opresión de los sindicatos y la liquidación de las libertades democráticas en Italia, Alemania y España. Sin embargo, se vio obligado a mandar petróleo mexicano a Alemania e Italia a causa de las sanciones tomadas por las empresas petroleras en los países aliados. A principios de 1939 los acuerdos de intercambio entre México y el Eje habían incrementado la porción germano-italiana del mercado de importación mexicano a 22 por ciento⁹⁸. Este comercio adicional con las potencias del Eje trajo consigo una inundación de propaganda fascista y rumores de apoyo alemán para los sinarquistas y otras facciones antigubernamentales. Por fortuna para México, el comienzo de la Segunda Guerra Mundial y la entrada en vigor del bloqueo británico pronto redujeron el comercio germano-italiano con México al 6.4 por ciento⁹⁹. Más tarde el arranque de la guerra entre Estados Unidos y Alemania restableció los patrones normales de comercio entre México y Estados Unidos. Para 1940 el 87 por ciento del comercio mexicano era con su vecino del norte¹⁰⁰. Cárdenas no encontró una alternativa en la política exterior de la Unión Soviética. La invasión de Finlandia y el asesinato de Trotsky habían evidenciado que el imperialismo soviético también podía amenazar a países pequeños. México no tuvo más opción que convertirse en aliado de Estados Unidos. El 11 de junio de 1940 México abandonó su neutralidad y externó su simpatía con Francia en momentos del traicionero ataque italiano¹⁰¹. La Segunda Guerra Mundial y la creciente adhesión a la causa aliada incrementó la necesidad de la unidad nacional en México.

⁹⁸ Prewett, *Reportage on Mexico*, p. 208.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 209.

¹⁰⁰ Maurice Halperin, "México cambia su política exterior", *Foreign Affairs*, 19 de octubre de 1940, p. 220.

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 225.

A lo largo de su último año en el gobierno, Cárdenas se esforzó por completar importantes reformas sociales. En Chiapas distribuyó plantaciones cafetaleras propiedad de alemanes entre cooperativas obreras. Aunque la ley que hubiese otorgado el voto a las mujeres no alcanzó a ser promulgada, Cárdenas persistió con notables esfuerzos en su apoyo a esta legislación. Hubo desde luego muchos éxitos para Cárdenas, incluyendo una ley que gravó con un alto impuesto las ganancias excesivas y otra que implementó la enmienda constitucional de 1934 que aplicaba la educación socialista. Hasta el final de su periodo presidencial Cárdenas continuó visitando a sus electores en diversas zonas del México rural¹⁰². Para algunos parecía que estaba decidido a escuchar los problemas de cada uno de los mexicanos antes de concluir su encargo. A donde quiera que iba una y otra vez lanzó su llamado a la paz y a la unidad.

En febrero de 1940 resumió el espíritu de sus últimos años en un importante discurso ante la legislatura estatal de Guerrero en Chilpancingo¹⁰³. El mayor énfasis de este discurso fue para asegurar a las clases medias y a los católicos que su gobierno no era comunista, sino representativo de la Revolución mexicana. Además buscó convencerlos de que veía el desarrollo de un México “democrático y liberal” a través de la unidad y no del conflicto de clases. Urgió a todos los sectores a olvidarse de intereses egoístas y trabajar por el bien de la nación entera.

¹⁰² Salvador Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas*, México, D.F., 1964, pp. 492-493. Durante su sexenio Cárdenas pasó 16 meses fuera de la capital.

¹⁰³ El texto completo de este discurso se encuentra en Partido de la Revolución Mexicana, *Cárdenas habla*, México, D.F., 1940, pp. 248-256.



En México no hay un gobierno comunista. Nuestra Constitución es democrática y liberal. Cierto que tiene algunas características moderadamente socialistas como aquellas relativas al territorio nacional y a las relaciones entre el capital y el trabajo, pero no son más radicales que aquellas de otros países democráticos y de algunos que conservan instituciones monárquicas. No es necesario que nosotros dependamos de ideologías o ideales de otros países sino más bien adherirnos más cercanamente y con un mayor sentido de justicia y libertad a nuestros propios principios y a las necesidades vitales de México en este momento¹⁰⁴.

Además, defendió al ejido colectivo contra las acusaciones de que estaba basado en un modelo ruso, puesto que sólo se había integrado en donde había habido la imperiosa necesidad de cultivos masivos, irrigación, nuevas tecnologías y créditos. La única alternativa al ejido hubiese sido la anarquía y la pérdida de energía humana ocasionada por conflictos entre los trabajadores. Lejos de ser comunista, el ejido colectivo representaba el esfuerzo del gobierno para trabajar dentro del *ambiente*¹⁰⁵ mexicano. Los católicos fueron tranquilizados de que el gobierno no buscaba atacar el sentimiento religioso o la devoción de los hijos hacia sus padres. Negó que su gobierno fuese una dictadura, mas enfatizó el concepto moderno del Estado como un agente activo de la justicia social. El Estado, prometió, no sería un observador pasivo ante la desleal agitación de la empresa privada. Una y otra vez enfatizó el nacionalismo de su gobierno. La organización futura de México descansaría en sus peculiares condiciones territoriales, espirituales y étnicas, incluyendo las influencias

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 252.

¹⁰⁵ En español en el original.

precortesianas españolas y occidentales. México tenía que recapitular la experiencia de grandes naciones en la conquista de tecnología contemporánea para crear una nación mexicana confiada en su personalidad y segura de su destino¹⁰⁶.

Siguió con el tema de la modernización en sus últimos discursos. El 15 de septiembre de 1940 fue a Dolores Hidalgo para la tradicional celebración de la Independencia. Esta fue la primera ocasión que un presidente mexicano celebraba estos ritos en la cuna de la Independencia mexicana. Al concluir, una vez más llamó elocuentemente a la paz y la unidad:

La Revolución mexicana quiere unir a todos los mexicanos. Quiere integrar a todos en su generoso programa de justicia social. Sobre todo quiere evitar el peligro que amenaza a un país cuando sus hijos se dejan desbocar por la ambición y la pasión política. Creemos que la mejor forma de conmemorar esta fecha que marca 130 años de nuestra independencia es no sólo honrar la inmortal figura de Hidalgo en la tierra donde vivió, militó y sufrió por la independencia...sino que además debemos tomar en cuenta, así sea brevemente, la situación mundial. De nuevo reiteramos a todos los mexicanos nuestro llamado a la unidad, la paz y el trabajo¹⁰⁷.

Estas fueron las últimas frases oficiales de un hombre que había logrado concretar casi todo lo que se había propuesto seis años antes. En el futuro, un México crecientemente próspero, unificado, pacífico y trabajador, construiría sobre las reformas que él había iniciado. Con esto en mente, había seleccionado a su sucesor en 1939.

¹⁰⁶ *Ibíd.*

¹⁰⁷ Casasola, *Historia gráfica de la revolución*, V, 2365-6.



Referencias

- Bernstein, Marvin (1965). *La industria minera mexicana 1890-1850*, Albany.
- Mosk, Sanford. (1954). *La revolución industrial en México*, Berkeley y Los Ángeles, 1954.
- Solís, Leopoldo. (1966). *Hacia una interpretación a largo plazo del desarrollo económico de México*, México, D.F.
- Vernon, Raymond. (1963). *El dilema del desarrollo de México*, Cambridge, Mass.
- Wilkie, James. (1967). *La Revolución Mexicana: presupuesto federal y cambio social*, Berkeley y Los Ángeles.





Con Cárdenas en el camino*

Waldo Frank

Este periodista, autor, historiador y activista de izquierda estadounidense, fue tenido en su día como un “puente cultural” entre Estados Unidos y América Latina. De una próspera familia judía, fue un niño inteligente y muy precoz. Completó estudios en Lausana (Suiza) y se licenció en la Universidad de Yale en 1911. Su primera novela, The Unwelcome Man (1917), fue influida por el psicoanálisis y el trascendentalismo de Emerson y Walt Whitman. En 1914 fue editor asociado de la revista The Seven Arts y a partir de 1925 contribuyó regularmente al New Yorker bajo el pseudónimo “Search-light”. Fue antimilitarista y al igual que sus contemporáneos Jack London y John Reed, salió en defensa del movimiento sindical de su país. Fue cercano al Partido Comunista y viajó extensamente por las Américas y la Unión Soviética. Presidió el Primer Congreso de Escritores Estadounidenses en 1935 y fue designado primer presidente de la Liga de Escritores de Estados Unidos. En 1937 participó en el congreso de la Liga de Escritores y Artistas y Revolucionarios (LEAR) en México y entrevistó a León Trotsky. Sus reflexiones sobre la fuerza espiritual de la América Latina, reflejadas en el presente texto publicado en 1939, le trajeron gran prestigio. La Universidad de México le organizó una gira de conferencias por el país.

* Este artículo se publicó originalmente en *Foreign Affairs*, vol. 18 no. 1 octubre de 1939, con el título “Cárdenas de México”. Lo reproduzco en traducción mía con este nuevo nombre para diferenciarlo del texto homónimo de H. Herring que se incluye en esta misma edición.



Si la prensa estadounidense está llena de dudas sobre la valía y sabiduría de Lázaro Cárdenas, apenas podemos culparnos nosotros. El presidente de México tiene peor prensa en su propio país. En círculos de la clase media allá, incluso aquellos bien intencionados, una rara vez escucha que sea alabado excepto levemente o con solemnes reservas. Es cierto que los campesinos (que no leen) lo aman y que los obreros lo siguen. Pero el intelectual mexicano promedio cree saber más. Los periodistas de mentalidad fascista explican con gran detalle que Cárdenas es uno de los astutos servidores del “judaísmo internacional comunista”. Activistas sinceros de pensamiento revolucionario como el gran pintor Alfaro Siqueiros, intentan demostrar cómo el “ingenuo” Cárdenas se deja manipular por los fascistas y corre el peligro de convertirse en un segundo Madero¹. Es una paradoja sabida que las clases con voz de cualquier era raramente comprenden al hombre –profeta o poeta– que mejor representa esa era. Lo superficial y lo profundo parecen estar siempre en oposición dialéctica. Y la mayoría de los políticos, como la mayoría de los escritores, expresan la superficie.

No es frecuente que la naturaleza más profunda de un pueblo se exprese en un estadista. El amor de los estadounidenses por Lincoln, mucho más profundo que el que tenemos para los más brillantes dirigentes de nuestra revolución, sugiere que él era de esa especie: un político que articuló cualidades de nuestra idiosincracia más generalmente expresadas en el folclor y en el arte nacionales. Recientemente, los europeos han producido dirigentes políticos que

¹ El afable inspirador de la revolución de 1910 que llegó a presidente y fue asesinado por el reaccionario Victoriano Huerta en 1913.

expresaron no un espíritu creativo sino sus patologías: Hitler, por ejemplo, que encarna la morbilidad de una Alemania que ha sido consistentemente maltratada desde la Guerra de los 30 Años; o Mussolini quien representa los vicios italianos que en otra crisis Cicerón atribuyó a Catilina y que sus más sensatos contemporáneos supieron limpiar. El octubre bolchevique produjo grandes hombres, pero nadie que tenga claras las dimensiones del linaje de Tolstoi, Dostoyevsky, Kropotkin o Moussorgski podría sugerir que Lenin o Stalin encarnaron algo más que urgencias temporales del genio ruso. En estos tiempos sólo dos dirigentes políticos parecen dignos de compararse con la sustancia, el origen y esperanzas de su pueblo: uno es Gandhi en la India; el otro el mucho menos comprendido Lázaro Cárdenas de México. Ambos han adaptado por primera vez a los problemas específicos de sus pueblos métodos inherentes a sus propias culturas. Ambos diseñan la independencia para naciones aún muy lejos de ella. Ambos son políticos pragmáticos cuyo trabajo, siendo profundo, está pobremente reflejado en la superficie y debe ser examinado en términos de la ética y de la cultura.

México ha tenido otros eminentes hombres de acción. Fueron los dirigentes de la Guerra de Independencia en contra de España: Hidalgo, Morelos, Guerrero, etcétera. Estuvo el indio zapoteco devenido presidente, Benito Juárez, quien organizó la “Reforma” que rompió el monopolio económico de la Iglesia. Hubo diversos dirigentes de 1910 y posteriores: Madero, el liberal e ingenuo idealista; Zapata, el sangriento agrarista; Carranza, Obregón, Vasconcelos.

Algunos de estos hombres eran mexicanos en ideología (no Juárez); ninguno representó más que una necesidad parcial del pueblo y ninguno desarrolló un método peculiar y profundamente mexicano. Sospecho que lo mismo se pudo haber dicho de los dirigentes anteriores a Gandhi en ese caos de razas y religiones llamado



India. México también ha sido un caos. Pero promete una síntesis cultural profundamente original y de importancia suprema para el destino político de América Latina y para nuestras relaciones en el continente americano.

El punto que debo plantear es que ningún mexicano y ninguna época del pasado de México puede decirse que representa enteramente a México. En México ha habido grandes expresiones culturales. Los mayas de Yucatán y sus regiones al norte y al sur, los zapotecos y mixtecos de Tehuantepec y Oaxaca, los toltecas del desolado altiplano mexicano, produjeron nobles estructuras, grandes esculturas, alcanzaron cimas en los misterios de las matemáticas, astronomía y religión. Los aztecas fracasaron en sintetizar esto en una cultura mexicana; al contrario, debilitaron, corrompieron y fracturaron, y estaban en declive cuando Cortés se aprovechó de su guerra intestina para imponerse a ellos. México propiamente comienza con Cortés –en el acto simbólico de su matrimonio con la india Malintzin– pero arranca con el trauma y la convulsión que la conquista española produjo en el alma mexicana. Cuatro siglos no la han curado. Antes de 1600, edificaciones y pinturas desde el desierto de Chihuahua hasta la jungla chiapaneca, inigualadas en España o en otras colonias españolas, revelaron que el genio plástico mexicano estaba vigente. Sin embargo, esta cultura colonial descansaba en un pueblo herido y sonámbulo; era mexicano en sus raíces y en su influencia telúrica, no en la flor.

La guerra de Independencia (1810) únicamente liberó el caos hacia la superficie. En su revuelta en contra de España, los *hacendados** (que pusieron a sus peones a pelear las batallas) concibieron una República sobre ideas y líneas franco-americanas que no tenían

* En español en el original.

ninguna relación con la economía y la cultura de México. Fue un periodo desastroso por no-mexicano: su símbolo fue la pérdida de casi la mitad del territorio de la nación frente a Estados Unidos, país que con una problemática étnica más sencilla y mayor talento político (heredado de Inglaterra) sabía lo que quería y cómo conseguirlo. España nunca ha demostrado capacidad para la organización social (de donde su prolongada necesidad de la Roma católica); su genio está en otros territorios. Y de todos los pueblos amerindios sólo los Quechua-Kolya de Perú y Bolivia produjeron una gran estructura política. (Su dominio bajo los incas era comparable en eficacia con el de Roma y en ética con el de Judea). Las naciones mexicanas no crearon nada de esta naturaleza. Dos humanidades distintivas, ambas culturalmente fuertes pero ambas débiles en las técnicas de justicia social, se encontraron en México y crearon el caos. Incluso Juárez no tuvo mejor cura para este caos que las ideas racionalistas importadas de Francia. Porfirio Díaz estratificó el caos atándolo a una dictadura militar que trajo la paz al hipotecar la riqueza del país a bajas tasas de interés al capital extranjero.

La revolución que comenzó en 1910 fue en realidad un regreso a la guerra de Independencia: un nuevo comienzo, fresco y correcto. Incluso hoy el proceso es confuso; el trazo correcto es intuitivo, careciendo de la forma final que trae consigo la conciencia. Pero hay razones para creer que el comienzo es orgánico. El genio artístico de México renace con una vitalidad y alcance que nunca antes tuvo: veamos a sus pintores, a sus músicos, a sus arquitectos y a sus poetas. La escuela pública se ha convertido en un evangelio apasionadamente llevado al pueblo desposeído (al que la iglesia dejó en la indigencia e ignorancia) por 70 mil maestros apóstoles. Y ahora aparece el dirigente político para expresar las enormes necesidades de este pueblo caótico y enormemente bendecido, a través de un método que es una forma de vida mexicana.



En Cárdenas la idiosincracia y la acción política son una. No quiero decir que ahora, como en los cuentos de hadas, México “vivirá por siempre feliz”. Hay tiempos oscuros en el futuro; tiempos de amenaza a lo poco que trágicamente se ha avanzado: en el mejor de los casos un tiempo de pausa. Pero en la vida mexicana hay el comienzo orgánico de una nueva tradición mexicana. “Mi trabajo”, me dijo Cárdenas –y espero que disculpe esta indiscreción puesto que es modesto, discreto y reticente como sus antepasados tarascos– “mi trabajo es principalmente crear una nueva tradición”.

II

Veamos al hombre. La última vez que vi a Lázaro Cárdenas en acción fue recientemente en Sonora, el árido estado norteño que presas, ahora en construcción o proyectadas, harán inmensamente rico (se dice que su tierra es mejor que la de California). Manejamos desde Vícam al suroeste de Guaymas entre oleadas de polvo caliente como carbón encendido, a Jori, uno de ocho pueblos yaquis.

Los yaquis, un pueblo pobre en las artes y sin música cuya vitalidad parece haberse invertido en la resistencia, nunca ha sido realmente pacificado. Los aztecas fracasaron en hacerlos tributarios. Los españoles los replegaron a las montañas rocosas y estratificaron la rebelión que han mantenido durante 400 años. Díaz intentó destacarlos enviando a sus guerreros –regimientos enteros– al sur. Pero cada hijo recién nacido se convirtió en un nuevo guerrero en contra de los federales. Ahora, el método es ganarlos mediante la generosidad. Sus inmemorables pueblos del valle, tomados por españoles y retenidos por *hacendados**, son de nuevo de ellos

* En español en el original.

—aunque muchas familias todavía se esconden en las altas montañas—. Los gobiernos locales son reconocidos. Se han establecido escuelas; se han introducido irrigación y nuevos sistemas agrícolas para las tierras comunales. Ahora los yaquis cultivan trigo en lugar de sólo maíz (observé a las mujeres extender sobre sus brazos color miel la delicada y transparente masa para convertirla en tortillas). El resultado es que durante 10 años los yaquis, con más pan y menos hijos muertos, no han emprendido ninguna incursión contra los “mexicanos”. Pero el resentimiento, la desconfianza y un feroz amor por la independencia están cincelados en sus facciones pétreas.

Todo había sido cuidadosamente arreglado: los ocho gobernadores de los ocho pueblos yaquis debían reunirse y conferenciar con el presidente de México en Jori. ¡Un hecho inusitado! La estrategia de guerra yaqui consiste en ataques sorpresa a pueblos y ranchos desprotegidos. Los hombres son castrados y fusilados; acuchilladas las mujeres embarazadas, las casas arrasadas. Es así como responde el encono. El presidente Cárdenas arribó sin guardias entre una nube de polvo; sus ayudantes militares se quedaron en Vícam. Los yaquis atisbaron en silencio desde sus chozas techadas de adobe. En el patio de la “casa grande” un tambor murmuró una lacónica bienvenida. El presidente llegó con sólo una hora y media de retraso, equivalente a presentarse un poco antes de lo programado. El jefe “de contacto”, Pluma Blanca*, con dos pistolas al cinto, avanzó y dio un saludo brusco al visitante. Sus facciones nudosas no ofrecían ninguna blandura, pero en contraste con el rostro del verdadero jefe, a quien conocí después, su expresión era amable. Sólo un par de los gobernadores había llegado, explicó en español balbuceante. Dos veces, mientras Cárdenas permanecía tranquilamente con

* En español en el original.



nosotros bajo la sombra de un ancho ahuehuete, el tambor repitió su anuncio: dos gobernadores más se presentaban. El significado era claro: un presidente de 20 millones de mexicanos equivale a un gobernador de menos de mil yaquis.

Mientras el sol se columpiaba hacia el oeste, el presidente aguardó platicando sobre fonética con sus amigos (sólo Pluma Blanca, como anfitrión oficial, se había unido al grupo). Finalmente, explicó que en el grupo de hombres en el patio de la “casa grande” estaban cuatro de los ocho gobernadores y que los otros no iban a presentarse. Los otros cuatro se rehusaron a viajar a Jori. Estaba demasiado lejos; era por debajo de su dignidad.

“Bueno, aquí estamos”, dijo Cárdenas. “Platiquemos con los que vinieron”. Caminó a la casa. Los yaquis le dieron la mano en silencio, el presidente murmuró el equivalente a “gusto en conocerlo”. Todos tomaron asiento en el pórtico, el presidente frente a ellos.

En un estadista prudente pero convencional hubiera sido posible detectar un esfuerzo para evitar –quizá exitosamente– cualquier signo de irritación o condescendencia. Hubiera quizá trascendido una actitud como: “miren, yo soy el jefe de una nación de 20 millones; podría eliminar o ignorar a este grupo, reducido por su terquedad a meros seis mil. En vez de eso, les doy agua, pueblos, trigo. Vengo a verlos ¡y tienen la imprudencia de tratar de hacerme menos!

¡Por buena persona no digo lo que estoy pensando!” En Cárdenas no había ningún intento de disfraz. El hombre sentía el mal yaqui porque estaba dentro del corazón yaqui. Intuitivamente. Como representante de un gobierno con una larga tradición de opresión, debía todo a los yaquis; y si ellos aceptaban *cualquiecrosa*, les daría las gracias.

Habló. Había venido a conocer las necesidades de la nación yaqui: agua, tierra, herramientas, educación, salud; y para discutir con los jefes yaquis los problemas que ellos mismos eligieran presentar. El intérprete a su lado tradujo esto al yaqui y las respuestas al español. Los hombres votaron: asentimientos casi inarticulados y algunos “no” más audibles. Pronto salió el problema: *questo* y *que aquello*, no podían decidir sin la participación de los ocho pueblos. Como quien no quiere la cosa, Cárdenas sugirió: “¿por qué no nos vemos mañana a las once?” Y propuso que el encuentro fuera en el mayor de los cuatro pueblos no representados. Los orgullosos gobernadores asintieron. Cárdenas había ganado no tanto por predicar ni por exhortar con una amenaza velada, sino por mantenerse por encima de la animosidad. El férreo orgullo de los yaquis fue anulado por la ausencia de orgullo en Cárdenas.

Ahora bien, esta escena, ya que es arquetípica, revela una paradoja. Cárdenas maneja a México; de hecho, ha comenzado a transformarlo. Y los 20 millones de mexicanos –pueblos y climas diversos, tierras hostiles en su mayoría, intrincada su economía y agudos problemas psicológicos después de 600 años de explotación (los aztecas, los españoles, la iglesia, los capitalistas y el político endémico)– constituyen un país difícil de manejar y mucho menos de transformar. Sin embargo, Cárdenas ha pasado más de la mitad de sus 54 meses de gobierno fuera de la capital atendiendo a los detalles –24 horas al día siete días a la semana sin fatigarse y sin impaciencia– más “triviales” que los problemas de orgullo de las reliquias yaquis. ¿Cómo es que encuentra el tiempo para las grandes tareas? ¿Las descarga en sus secretarios? ¿O quizá en sus ministros?

Pospongamos la respuesta. Una vez lo acompañé en una “campaña” de 10 días a la sierra de Oaxaca, el desolado y pobre territorio en donde la gente muere de hambre mientras que las



raíces de su maíz tocan fabulosas riquezas. Dejamos los camiones en la cabeza de un camino y tomamos caballos. Pasamos por más de un caserío después de una hora en una brecha demasiado estrecha para los caballos. Nos acostamos y nos congelamos envueltos en *ponchos** en chozas de adobe a tres mil metros de altura. (una noche la pasamos en Guelatao, en donde el pastor zapoteco Benito Juárez nació y a donde nunca regreso para honrar su hogar: Cárdenas lo hizo por él). Esta es una tierra atrasada saturada con disputas de caciquillos. Día tras día el presidente de la República escuchó a los hombres, a las madres, incluso a los niños, a los maestros... siempre a los maestros. Detalle tras detalle. Y día tras día, su visita abrió una brecha de claridad y buenos sentimientos entre los escombros emocionales de la zona. Detalle tras detalle: una nueva escuela, un nuevo canal de irrigación, una nueva alianza política. ¡Y la vida de toda la sierra cambiando!

Recuerdo un día en una granja colectiva en La Laguna. Este es un rico valle a horcajadas entre dos estados, Durango y Coahuila, en donde se cultivan buen algodón y trigo. Antes pertenecía a un puñado de latifundistas; hoy 40 mil antiguos peones son los propietarios y lo cultivan. Una nueva presa, El Palmito, estará lista en 1940 para captar el caudal del Río Nazas en la época de lluvia y así convertir a la región en un nuevo Egipto. Cárdenas ama esa presa: cuando fue a supervisar el avance de la construcción, sus manos se agitaron como si quisiera acariciarla. Pero tuvo horas interminables para los humildes ejidos, para escuchar los pequeños problemas de las mujeres; para contemplar cómo los hombres, muchos de ellos veteranos del ejército de Pancho Villa, levantaban enormes nubes de polvo al rayar frente a él sus monturas, luciendo viejos fusiles.

* En español en el original.

Detalles. Para las minucias tiene la paciencia de un político en campaña y el entusiasmo de un pregonero del mercado. Mientras discute acerca de una escuela, de un canal, de un tractor, de una injusticia personal, ¡es México el que se transforma!

Sobrecarga a sus secretarios trabajando más que ellos, 18 horas al día. Una vez escuché a su antiguo ayudante, el coronel Ignacio Beteta (hermano del brillante subsecretario de Relaciones Exteriores, Ramón Beteta) quejarse: “¡si sólo tuviéramos un buen alzamiento!; aplacarlo sería tener paz en comparación”. Vive en campaña perpetua; es un presidente en pie de guerra intentando ganar paz para su pueblo. Fue simbólico el despliegue de los veteranos de la revolución entre la polvareda levantada por sus monturas. Al viajar de un lado a otro del país, Cárdenas ha recuperado la revolución, la ha convertido en “revolución perpetua” en términos de mejor comida y agua... y mejor música.

III

¿Qué clase de constructor aparentemente agota su atención en detalles, y cuando la labor está completa y todos los materiales se han transmutado, el todo esplende? He nombrado al artista. Desde tiempo inmemorial México ha sido una tierra de artistas. Ahora México ha producido a un estadista cuyo método es el del artista. Más de una vez, observando a Cárdenas trabajar, he pensado en el escultor modelando amorosamente el barro. El artista tiene una visión; sabe más o menos qué es lo que busca aunque el producto final seguramente será diferente a su concepción original. Pero en el proceso, su visión parece apagarse: punto por punto debe ceder con humildad a los problemas particulares, debe impregnar inconscientemente la parte individual con la universal. Cárdenas sabe a lo que está



dedicado. Puede probarlo inteligentemente a sus amigos. Pero más profundo que sus palabras es su conocimiento de México. Más profundo que su conocimiento es su intuición del destino de México. Y más inmediato que su conocimiento y su intuición es su compromiso con el hecho particular ante él. Nunca antes ningún presidente ha conocido tan bien tantas regiones de México. Ningún presidente de manera tan evidente ha empeñado su tiempo y su atención durante cinco años al detalle de los acontecimientos. *Y así México cambia* .

El más célebre evento de su gobierno, desde luego, ha sido la expulsión de las empresas petroleras extranjeras de la tierra que, por ley constitucional, fue y será mexicana. Para Cárdenas y para México esta fue una escaramuza en la guerra: una acción forzada, indeseable en ese momento pero necesaria y hoy inserta y organizada (con menores problemas a los anticipados) dentro del todo político. El verdadero centro de la reconstrucción del presidente es la construcción de la granja colectiva, el *ejido**. Ha elevado el ritmo de la expropiación de grandes extensiones de tierras, reparto que se desaceleró y disminuyó durante los regímenes de sus predecesores. (A los propietarios siempre se les queda un lote lo suficientemente extenso como para mantenerlos en un nivel de vida mejor que el de los *ejidatarios***). Ha dado un gran impulso al mejoramiento de esas tierras mediante la construcción de presas, canales, redes de irrigación, caminos, ingenios, etc. Los millones de hombres y mujeres desposeídos que ahora han sido restituidos a su propia tierra en comunidades organizadas y autónomas servidas por bancos federales, son para Cárdenas el centro del sistema mexicano. Se espera que alrededor del ejido graviten, cual planetas, todos los demás sectores productivos y funcionales, en órbitas determinada

* En español en el original.

** En español en el original.

por el sol... es decir, el *ejido*. La vida constelada de la República, por ley económica y por psicología nacional, debe obedecer la “ley natural” del *ejido*².

Esto es el por qué Cárdenas no temió al boicot petrolero; por qué se enfrentará, si así debe ser, a la pérdida del mercado de la plata; por qué no teme a las industrias privadas y, lejos de intentar expropiar las minas, está dispuesto a dar la bienvenida a México a nuevas y amplias colonias industriales de españoles o judíos apoyadas por capital extranjero. Está confiado en que el *ejido* existe. Cree que ya ha establecido un campo gravitacional lo suficientemente fuerte para absorber a empresas legítimas y para resistir a los enemigos larvados y complotistas. Sus discursos tranquilizadores ante las cámaras de comercio son sinceros. Pero por otra parte, en donde la lógica de los hechos ya nacionalizó a industrias como la

² La gran mayoría de los mexicanos vive en el campo, pero es un conjunto terriblemente golpeado, con escasas capacidades productivas debido a pobres estándares agrícolas e hidráulicos y una miserable capacidad de consumo. Por lo tanto, han subsistido en una economía arcaica y aislada en tanto que la minoría de trabajadores industriales y de la clase media soportan lo que de economía moderna e internacional posee México, proveyendo los impuestos y determinando el presupuesto nacional. Por lo tanto, el programa para transformar a esta mayoría agraria en un sector altamente productivo y gran consumidor industrial, es muy sano. Más que cualquier otro país de América Latina, salvo Brasil, México –más que Argentina– puede establecer, como sucede en Estados Unidos, Rusia y Francia, una economía montada en un sistema autosuficiente (lo cual no significa autarquía, desde luego). México incluso podrá producir acero, aunque sus depósitos carboníferos son pobres, cuando se perfeccione el ciclo de producción petróleo-acero. Para arrancar en firme ese plan, México requiere inversiones de capital. Si Estados Unidos ayudara a estabilizar la actual revolución liberal rehusándose a permitir que los intereses petroleros indirectamente condicionen sus políticas y a la opinión pública; si abandonara la vieja costumbre del “arrebato” que los intereses petroleros representaron, a favor de un sistema de cooperación legítima y ganancias moderadas, una nueva era de cooperación entre los países podría comenzar. Sus repercusiones en el resto de América Latina serían enormes.



petrolera y los ferrocarriles, no dará un paso atrás y da la bienvenida a la propaganda obrera que afirma que no habrá retroceso. Cárdenas favorece la autonomía en donde quiera que sea posible; y frecuentemente en donde es imprudente. Así la administración de *Petromex* trabaja bien; los ferrocarriles operan por lo menos no peor que bajo Díaz. Pero la Universidad Autónoma de México ha caído en manos de muchachos de clase media con peligrosas tendencias estériles y fascistas. El ejército, que ha comenzado a reconstruir desde la raíz como un movimiento popular; la escuela pública; la Secretaría de Comunicaciones; las asociaciones de abogados, médicos, ingenieros; los pequeños negocios; incluso la *Casa de España** cuya misión es colocar a los intelectuales españoles exiliados en las escuelas de la República, todos ellos, desde su punto de vista, son típicas entidades capaces de operar por sí mismas, para bien o para mal, dentro de la órbita gravitacional del “sol” *ejido* . Cárdenas sabe que fuerzas adentro y en el exterior traman la contrarrevolución. Sabe que muchos de los viejos generales lo odian a él y a su obra. Tiene fe en la intuición de su pueblo; pero tiene confianza en el *ejido* . Quizá, si la República española realmente hubiera distribuido las tierras..., el tiempo dirá.

Pero por lo menos debe quedar claro qué tan lejos este hombre y este país están de los prevalecientes colectivismos europeos. El comunismo está tan lejos como el fascismo de este relajado sistema liberal en el que las industrias estatales y privadas y muchos partidos se desplazan al unísono dentro de una constelación. Cada valor, cada acto del México cardenista clama en contra de los fascistas a quienes de mala gana se les vende el petróleo ya que hay tan pocos

* En español en el original.

otros mercados³. En la fe política México es una democracia militante. Su ley constitucional impide la reelección del presidente, y ese estatuto tiene un nivel casi religioso. En materia económica, México no tiende al capitalismo de Estado de las naciones totalitarias, sino a un holgado sindicalismo agrario espiritualizado por valores de la idiosincracia mexicana con sus raíces indias y cristianas: raíces que ninguna escuela anarcosindicalista o socialista posee.

Esta es la esencia de la cuestión: la motivación ética de Lázaro Cárdenas que empieza a articular –a tientas, con peligros– el espíritu de su pueblo. Cárdenas dejó la parcela de maíz de su madre a los 16 años para unirse a la Revolución. Se convirtió en un general de caballería. Toda su vida ha transcurrido entre militares y se ha rodeado con lo mejor del ejército. Sin embargo, es ajeno a la violencia. Se dice que desde que es presidente sólo una vez ha sido presa de la ira, cuando se enteró de la muerte de Cedillo. Ese general rebelde había estado en su gobierno tres años. Y puesto que todos sabíamos que estaba conspirando, y ya que Cárdenas no es ningún tonto, presumiblemente Cárdenas lo sabía también. No lo removió de su puesto. Dejó que la conspiración de Cedillo madurara hasta que Cedillo se removió a sí mismo. Pero no lo quería muerto, ni siquiera, como fue, en combate abierto en contra de la república. La “nueva tradición” es en contra del derramamiento de sangre incluso cuando es justificado.

La misma desconfianza de la violencia, incluso de la violencia de la “razón” aislada, guía a Cárdenas en todos sus actos. La prensa de México se le opone violentamente. Cada semana se publican en la capital artículos cuya virulencia no avergonzaría a *Der Stürmer*.*

3 Se han comenzado a abrir nuevos mercados en América del Sur, notablemente en Brasil.



Cárdenas no suprime ningún periódico, grande o pequeño. Responde con trabajo a los peligrosos ataques. Ha levantado el agresivo cierre de las iglesias. Prefiere que se viole la ley y que un número ilegal de sacerdotes oficie en los templos. Incluso su actitud hacia sus propios errores es la de la menor resistencia. Muchos de sus nombramientos no han sido buenos; pero prefiere permitir que los funcionarios equivocados renuncien voluntariamente al puesto. Pareciera valorar la estabilidad más que la eficacia inmediata. Si esto es la medida profunda de lo que México necesita o un error fatal, el tiempo lo dirá. Pareciera controlarlo un sentido orgánico del crecimiento de México, no del simple “progreso” de la intrincada dialéctica de la vida, frecuentemente opuesto a los obvios preceptos de la razón.

Así, su extraordinaria actitud hacia la sucesión presidencial. Aunque el actual mandato no llega a su fin sino hasta diciembre de 1940**, la disputa se ha abierto. Cárdenas sopesa el peligro de no apoyar activamente a un candidato propio, un hombre como el general Francisco Mújica, quien como secretario de Comunicaciones le ha servido lealmente. Si no lo apoya, un hombre como el general Almazán podría ser llevado al poder por la inconforme clase media, los callistas y los generales conservadores y fascistas. Cárdenas sopesa este peligro en contra de la resolución de no influenciar de ninguna manera la sucesión a la presidencia, y elige este último camino.

Me dijo: “confío en la intuición del pueblo”. Añadió: “porque nuestro pueblo siempre ha sabido que sus jefes fueron impuestos desde arriba, el resentimiento, el cinismo sobre el gobierno, la

* *El atacante* en español. Tabloide nazi antisemita publicado en Alemania entre 1923 y 1945; se distinguió por lo agresivo de sus notas. N del t.

** Frank escribe en el primer semestre de 1939. N del t.

corrupción y la violencia, viven en todos los pueblos.” México tendrá finalmente un primer magistrado que no impondrá a su sucesor. Esto sobrepasa las ventajas políticas para México si Cárdenas mantuviera el control en esta peligrosa época. Está creando una tradición; dentro de ella la política será transformada.

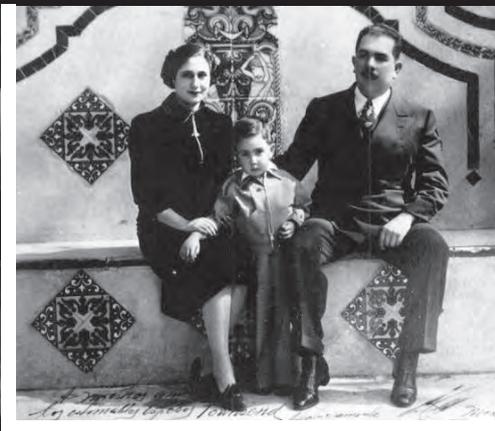
Estas cualidades del hombre tienen sus defectos y sus peligros. He dicho que el método cardenista es muy parecido al del artista. Gobierna como el escultor modela, con tacto íntimo. Pero la buena administración es en gran medida *delegar*. Con frecuencia, parece que Cárdenas encuentra a muy pocos buenos hombres para continuar su tarea y sostener y apuntalar su “nueva tradición”. Más de un amigo de México duda si la organización administrativa que Cárdenas ha construido será lo suficientemente fuerte para resistir la reacción –o la pausa– que los eventos mundiales significan para México. Hay muchos buenos jóvenes en el gobierno: hombres como Ramón Beteta, Gabino Vázquez, Chávez Orozco, etc. Pero entre sus jefes más antiguos, en quienes normalmente caerá la continuidad, muchos son menores e incluso ajenos a la revolución. El principal defecto del gobierno de Cárdenas es, quizá, que no ha inspirado entre la intelectualidad a suficientes dirigentes entusiastas para insuflar conciencia a la devoción masiva que ha despertado. En ausencia de un liderazgo consciente, la intuición puede descarriarse.

Otro peligro. El artista trabaja con un medio y dentro de un ambiente que puede, más o menos, delimitar. Cárdenas trabaja con un país lleno de fuerzas subversivas e inserto en un mundo hostil al que su país está peligrosamente expuesto. La reacción interna está engarzada a la reacción externa. ¿Podrá el agudo sentido de este hombre acerca de lo que México es, compensar su desamparo ante fuerzas mundiales y guiar esta frágil juventud? Una pausa inmediata, incluso un revés temporal, no necesariamente confirmarán el



caso en su contra. Tal vez su método, que ha recurrido a la dignidad latente de su pueblo y la ha reforzado, probará ser al final la más sabia de las políticas puesto que de hecho creará una nueva tradición. Tal vez su negativa a imponer sus programas sociales en contra de la resistencia natural sea el más hábil seguro en contra de la violenta contrarrespuesta que las tácticas revolucionarias “frontales” de Mujica pudieran provocar.

Es un camino peligroso el que Cárdenas ha tomado. Pero es un mundo peligroso en el que vive. Y aunque sus valores son de paz, Cárdenas no es ajeno a las estrategias de la batalla.





Adiós, mi General, adiós

*Daniel Cosío Villegas**

El gran economista, historiador y constructor de instituciones publicó esta elegía a la muerte del expresidente en octubre de 1970. Un adiós personal, ingenioso y creativo, lleno de admiración y particularmente interesante si se toma en cuenta que Cosío fue un crítico del cardenismo.

Es sabido que la historia de cualquier país y de toda época se hace lenta, perezosamente; pero en el caso de la nuestra contemporánea, de lo que se llama la Revolución Mexicana, sigue inédita toda ella. Hay aquí una explicación peculiar: los escritores “revolucionarios” se acobardan ante la necesidad de calificar, de juzgar, aun de comparar; entonces, optan por treparse, no a la montaña o a la sierra, sino a un montículo cualquiera, digamos el Peñón de los Baños, para rasguear desde allí la lira ditirámica.

Esto es bien comprensible; pero no lo es que los historiadores jóvenes se desinteresen por ella. Lejos de ser “revolucionarios”, son ácidamente críticos de cuanto se etiqueta como “revolucionario”. Al parecer la única explicación a este hecho desconcertante es que sobre la Revolución Mexicana han caído tantas y tan gruesas capas de mentiras, que el historiador joven duda de si tendrá fuerzas para horadarlas y extraer así los pedacitos de verdad con que se levanta una historia valedera.

* Publicado el 23 de octubre de 1970 en *Excélsior*



Por lo pronto, pues, mi amado general, tendrás que conformarte con los malos estudios sobre tu gobierno hechos por escritores norteamericanos, y con el diluvio de lugares comunes y de dolor fingido que ha caído sobre ti en estos primeros días de tu nueva jornada.

Sabes que nuestro trato personal fue, en realidad, inexistente. En dos únicas ocasiones hablé contigo, y eso durante cinco minutos escasos. Más todavía: en la primera, me limité a tomar nota de tus instrucciones para hacer un estudio de economía yucateca. En la segunda, separada de la anterior por el largo trecho de 28 años, el asunto de nuestra conversación nada tuvo que ver con los grandes o pequeños problemas nacionales.

No cabe presumir, ni pudiendo lo haría, de fundar mis impresiones en una observación directa y menos sostenida. A pesar de ello, permíteme que usando, y quizás abusando, de la paciencia que impone la soledad en que moras hoy, te confíe lo que más me admiró de ti.

Desde luego, siempre tuve la impresión de que toda tu vida pública estaba montada, no sobre el diamante de la inteligencia, sino en el macizo pilote del instinto. La causa de mi asombro es que se entiende que el instinto es una prenda predominantemente animal y la inteligencia predominantemente humana. Entonces ¿cómo gobernar instintiva, *animalmente* una sociedad inteligente, *humana*?

La verdad es que estos aspavientos eran tan solo teóricos o especulativos, porque la historia mexicana registra varios gobernantes, buenos unos, malos otros, cuya vida pública se apoya, no en la inteligencia, sino en una virtud distinta. Quizás el jefe de Estado más puramente inteligente que ha tenido México es Sebastián Lerdo de Tejada, y, sin embargo, fue un gobernante desafortunado. La

prenda sobresaliente de Juárez no era la inteligencia, sino el carácter; no obstante, llegó a ser la figura más encumbrada de nuestra historia. Y Próspero Cahuantzi, para no citar ejemplos más próximos a nuestros días, fue un mandatario puramente instintivo, a pesar de lo cual resultó eficaz, al menos si por gobernar se entiende el arte de dominar a los tlaxcaltecas.

Mi asombro, sin embargo, subió de punto al considerar que en nuestra vida nacional hay otro gran gobernante cuya prenda principal era el instinto: fue, mi querido general, otro general, y se llamó Porfirio Díaz.

Es hora de reposar, de modo que no te agites por este paralelo, pues aquí viene mi segundo motivo de admiración exaltada por ti: tu instinto apuntó siempre, con firmeza infalible, hacia el pueblo, mientras que el de Porfirio Díaz no. Y como antes, aquí hay algo notable: en tanto que a justo título puede decirse que Porfirio Díaz fue hijo del pueblo, con una fuerte dosis de sangre indígena, por añadidura, tú mismo, y por lo menos tres generaciones anteriores a la tuya, fueron criollos, ese hermoso producto humano que nuestra nación ha venido destilando lentamente desde hace cinco siglos.

Jamás fue la lectura tu fuerte, y menos la de esos tomazos que componen la *Historia moderna de México*. Pero ahora, que dejará de cortejarte tanto necio, tal vez tengas tiempo de repasar siquiera ese capitulillo en que se relata la primera revuelta cristera de nuestra vida nacional. Verás allí que la organizaron y la sostuvieron los Cárdenas de Jiquilpan, rancheros criollos y católicos a quienes ofendía la política liberal del presidente Lerdo. Y no dejará de enorgulle-

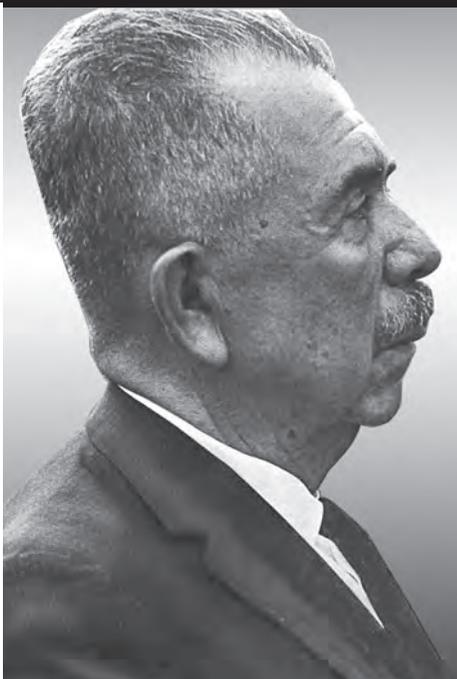


certe advertir que para apagarla hubo necesidad de acudir nada menos que al vencedor del Imperio, al general Mariano Escobedo.

Es, pues, notable, tu apego a las causas populares.

Mi tercer resorte admirativo es éste: de todos los gobernantes revolucionarios, eres el único cuyos bonos han subido desde que dejaste el poder, en tanto que los de todos tus antecesores y sucesores, o se han desplomado en picada, o se mantienen en niveles modestísimos. Dejaste la presidencia hace la enorme suma de 30 años, tiempo sobradísimo para que un pueblo tan veleta como el mexicano te hubiera sepultado en el olvido. Y sin embargo, puedes tener la certeza de que cada día transcurrido desde entonces, se ha sentido más cerca de ti. ¿Por qué?

Por instinto, por convicción, pero asimismo por habilidad política, te convertiste en la conciencia de la Revolución Mexicana. Y como todo se paga en esta y en la otra vida, prepárate a la primera consecuencia de tu alejamiento: libres ya de tus reproches, los mexicanos nos dedicaremos, alegres, gozosos, a terminar esta soberbia sociedad porfiriana que sale de las finas manos de nuestros artífices públicos y privados.



Lazaro Carrizosa es una figura histórica muy importante para el municipio de Hidalgo. Su hijo Luis, está en un momento de participación en la formación de la cooperativa de Cementos Hidalgo, para la industrialización de este municipio.

Ante la ciudad de México se desfiló, rodeado por cientos, en la calle de San Andrés Bello. Entre ellos, los señores cooperativistas. De izquierda a derecha: el señor y Padra Ignacio Carrizosa, José Pío Carrizosa, María Elena, Rosalva Velasco Estrada, Jorge García Hernández, Magdalena

Carrizosa, Juan, Ignacio Martínez, Desiderio Villanueva, Pablo Meléndez, Francisco Martínez y Juanito Villanueva. Esta fotografía fue proporcionada por el señor José Carrizosa, con el fin de que sea parte de nuestra galería de los héroes, en su centenario.

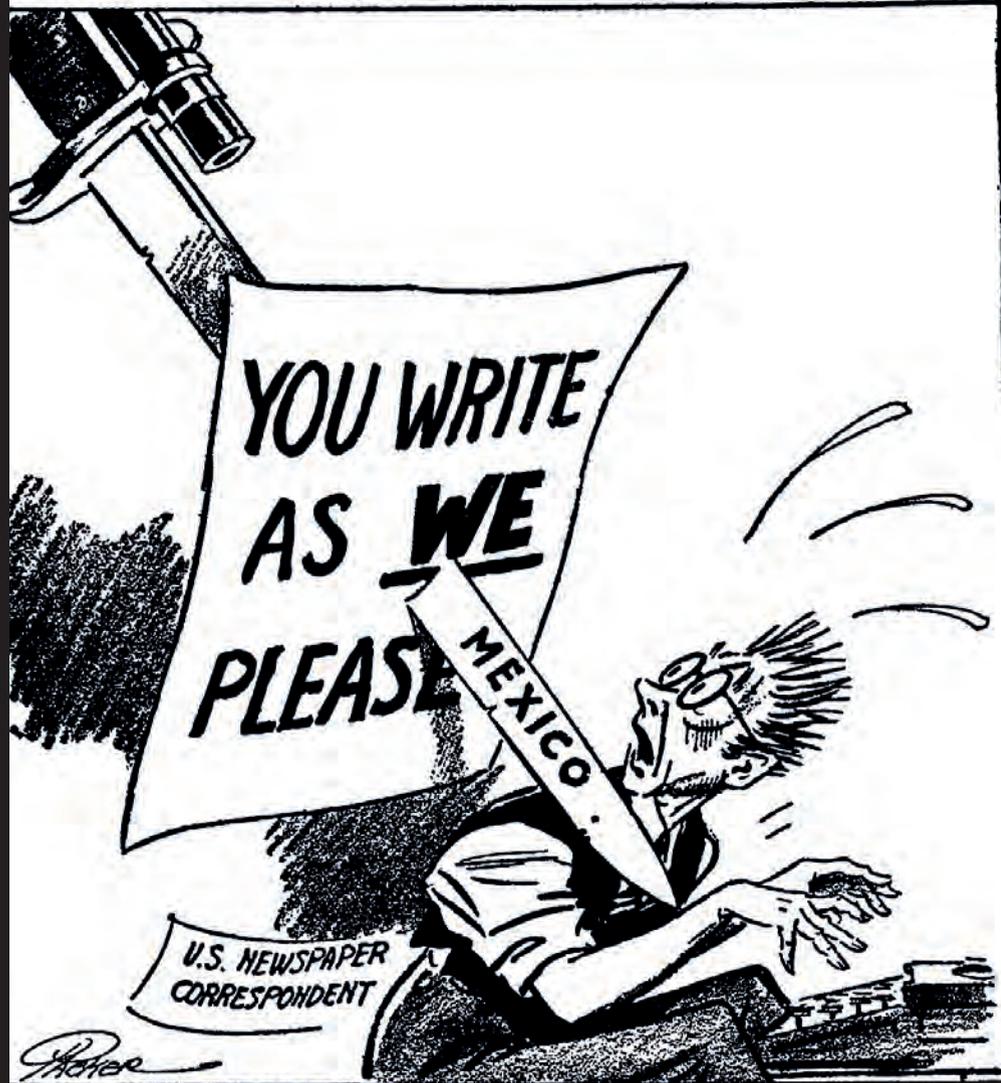


The Monkey Wrench Thrower



—Reprinted from the Boston Post.

Our "Good Neighbor"



—Reprinted from the *New York Mirror*.

Retrato del General

se publicó digitalmente en marzo de 2018,
como edición no venal. Prohibida su venta.

Se autoriza compartirla para fines educativos y culturales.

Igual que otras grandes figuras de la historia, Cárdenas tuvo y tiene adeptos y detractores. Hubo quienes lo aclamaron hasta colocarlo en un nivel casi mítico, mientras que otros juzgaron su gobierno y su liderazgo un fracaso completo. Veo en Cárdenas a un hombre genial y primigenio cuya vida pública estuvo montada, como agudamente observó Cosío Villegas, “en el macizo pilote del instinto”. En su trayectoria ascendió desde los orígenes más humildes hasta el pináculo del poder político y después de dejar la Presidencia su prestigio fue en ascenso como conciencia de la Revolución.

Retrato del General es mi homenaje personal a esta figura tutelar, quizá la más historiada en el México contemporáneo. Al estudiar la trayectoria de este hombre singular, no deja de asaltarme la sensación de que el General fue fundido en bronce por generaciones políticas que se apresuraron a transformarlo en reliquia para el museo de la Revolución, deslavando la sustancia de un modelo de gobierno y una conducta política que, con todas las críticas que se le puedan o quieran hacer, tuvo siempre como principios el bien común y no el provecho personal; el interés de la nación y su defensa inteligente y no el entreguismo; la justicia para las mayorías y no el favor a los pocos. ¿De cuántos gobiernos desde 1940 se puede decir lo mismo?

Miguel Ángel Sánchez de Armas

